

Hermann Hesse

Peter Camenzind

PETER CAMENZIND

I

EN un principio fue el mito. Así como el gran Dios inspiraba las almas de los indios, griegos y germanos, anhelantes de expresión, vuelve también a inspirar diariamente el alma de cada niño.

Yo no sabía aún cómo se llamaban los lagos, las montañas y los arroyos de mi tierra natal, pero contemplaba ya ensimismado la superficie de las aguas, de un color azul verdoso donde reverberaba a trechos un rayo tembloroso de sol. Las montañas se extendían como una majestuosa corona en torno al lago, con nieve en sus cumbres, arroyos deslizándose entre los peñascales y formando pequeñas cascadas, y prados verdes, ligeramente ondulados, con árboles frutales, chozas y ganado paciendo en sus pastos. Y mi pequeña alma contemplaba todo aquello en silencio, vacía y esperanzada; escuchando tan sólo las voces de los espíritus del lago y de las montañas, que hablaban sin cesar de sus bellas y osadas acciones. Las costumbres, los desfiladeros y los precipicios repetían respetuosos las alusiones a aquellos primeros tiempos de su nacimiento. Mostraban sus cicatrices, entreabrían sus grietas y hablaban y hablaban sin cesar de entonces, cuando la tierra temblorosa se movía convulsivamente y su superficie se contraía haciendo surgir cimas y cráteres. Las rocas se embestían unas a otras y los montes pugnaban por abrirse paso entre ellos. Las luchas eran horribles y sólo vencía el que destruía a su hermano y ocupaba su lugar. Aún quedaban huellas de aquellos tiempos lejanos. Eran visibles en las cumbres bravas o las rocas abruptas y a cada deshielo cedían algunos resquebrajados bloques de granito que acababan de romperse como cristal contra las orillas o eran arrastrados por la corriente, montaña abajo hasta las mismas lindes de la pradera.

Pasaban los años, pero las montañas seguían diciendo siempre lo mismo. Y era fácil comprender su lenguaje. Basta una sola mirada a las paredes abruptas, a los desfiladeros recónditos, a las rocas resquebrajadas. Todas ellas estaban llenas de espantosas cicatrices.

—Hicimos algo horrible —repelían sin cesar— y todavía lo estamos pagando.

Pero aun cuando las palabras sonaban a lamentación, su tono era orgulloso, sereno y obstinado, como el de un viejo guerrero nunca vencido.

Y guerreros seguían siendo. Yo contemplaba siempre sus luchas con la tempestad de aire y agua, en aquellas horrorosas noches que precedían a la primavera. El irascible «*Föhn*»^[2] rugía en torno a sus cumbres y los torrentes desatados arrastraban rocas y por sus vertientes arrancaban la tierra de sus faldas. Como las tempestades menudeaban en la estación, los montes se aferraban a la madre tierra y oponían sus paredes graníticas a la violencia de los elementos, haciendo acopio de todas sus fuerzas en unidad obstinada y difícil. Y a cada herida tronaban temerosos y llenos de

ira, llegando su entrecortado y confuso gemido hasta los más apartados parajes.

Pero mis ojos no sólo estaban acostumbrados a estos espectáculos. Contemplaban también praderas y laderas cubiertas de hierba, de flores y de helechos vegetales a los que el dialecto del pueblo había dado nombres pintorescos y llenos de significado. Eran hijos y nietos del monte y yo podía tocarlos, aspirar su aroma y aprender su nombre. La vista de los árboles causaba, en cambio, una impresión mucho más honda y grave en mi ánimo. Mis ojos trataban de escrutar la vida en cada uno de ellos, la forma peculiar de su copa y de su tronco y también la propia manera de proyectar su sombra. Me parecían ermitaños y guerreros, emparentados de cerca con las montañas e identificados con ellas, pues todos y especialmente los que crecían en las alturas, tenían también su propia lucha por la existencia; pugna constante con el viento, el tiempo y las rocas. Cada cual llevaba su cruz y por eso tenía sus propias conformaciones y sus heridas especiales. Había pinos a los que las tempestades habían respetado tan sólo las ramas de un lado, y otros que crecían retorcidos como serpientes en torno a las rocas desprendidas de las cumbres, de tal modo que ambos se confundían sosteniéndose mutuamente y semejando un solo cuerpo. Ésos aparecían a mis ojos como los más belicosos de todos los guerreros y en tal condición despertaban en mí respeto y temor al mismo tiempo.

Nuestros hombres y mujeres se parecían también a los árboles. Eran duros como ellos, además de severos y poco habladores. Los mejores eran los más parcios en palabras. Y con su ejemplo aprendí yo a considerar a los hombres como si fuesen árboles, sin reverenciarlos ni amarlos más que a los pinos silenciosos.

Nimikon, nuestro pueblecillo, se elevaba en una pradera, lindante al Norte con las faldas de los montes y al Sur con el lago. Estaba comprimido entre las cumbres y el agua y sólo un camino estrecho conducía hasta un monasterio cercano y otro más estrecho todavía hasta una aldea vecina, a la que se tardaba unos tres cuartos de hora en llegar. Los restantes pueblerinos del lago sólo eran asequibles por el agua. Nuestras casas estaban construidas de madera según el estilo antiguo y casi nunca se edificaba ninguna nueva. Las vetustas viviendas eran reparadas según las necesidades y no era raro que un año se arreglara el entarimado del vestíbulo y el siguiente la mitad de las vigas. Algunas veces se utilizaban los arrimaderos procedentes de la pared de la estancia como vigas y cuando pasaba el tiempo y quedaban también inservibles para ese menester, iban a parar al establo como remiendos en los pesebres, como techo del granero o refuerzos para la puerta de la casa. Exactamente igual sucedía con los habitantes. Cada cual hacía su papel durante el tiempo que le era posible, se retiraba a engrosar los que eran ya inútiles y luego desaparecía sin que su ausencia se notara demasiado. Los que regresaban a la aldea tras largos años de ausencia no hallarán más cambio que un par de tejados renovados y otro par mucho más viejos que cuando se marcharon. Los ancianos de entonces también habían

desaparecido para dejar paso a otros ancianos que habitaban las mismas chozas, llevaban iguales nombres, cuidaban de un parecido regimiento de chiquillos y apenas se diferenciaban en el rostro o la apariencia de los que ya habían muerto.

Nuestra comunidad carecía de una oleada de sangre fresca y de vicia nueva que le llegara del exterior. Sus habitantes, de casta vigorosa y robusta, estaban emparentados estrechamente los unos a los otros y casi unas tres cuartas partes llevábamos el apellido de Camenzind. Éste llenaba las páginas del libro parroquial, se veía repetido con mucha frecuencia en las cruces del cementerio, campaba en las fachadas de las casas pintado al aceite sobre los portalones o tallado primorosamente en las puertas y podía leerse sobre el carruaje del correo, en los cubos de los establos y en las barcas que surcaban las aguas del lago. También sobre el portalón de mi casa paterna era visible la siguiente inscripción:

ESTA CASA FUE CONSTRUIDA POR JOST Y FRANCISCA CAMENZIND

Pero la leyenda no aludía a mi padre, sino a un antepasado nuestro que era, según creo, mi bisabuelo. Y yo podía tener la completa seguridad de que si moría sin dejar descendencia, otro Camenzind ocuparía mi lugar en el viejo nido y el apellido se prolongaría hasta que el tejado se sostuviera sobre las cabezas de los moradores.

A despecho de aquella paciente monotonía, existía también en nuestra aldea lo bueno y lo malo, lo distinguido y lo inferior, lo poderoso y lo débil y algunos listos al lado de un deleitoso número de insensatos. Como todo lugar, era aquél una reproducción en pequeño del ancho mundo, con la particularidad de que se conocían o estaban estrechamente emparentados pequeños y grandes, cuerdos y locos hasta el punto de darse el caso de albergar un mismo techo a la más absurda arrogancia y la más estúpida ligereza. Lo hondo y lo cómico del ser humano estaba patente siempre en los habitantes de la aldea y sólo un eterno rebozo o una misteriosa opresión estorbaba la libre expansión de los caracteres. La dependencia de los hombres a las fuerzas de la Naturaleza y la miseria de un destino lleno de trabajo y penalidades habían ido limando toda alegría y dando a aquella vieja casta una inclinación a la melancolía. Pero a pesar de la austeridad, se acostumbraba a prestar atención al par de locos que no faltaban y que si la mayoría de veces se mostraban reservados y graves, no dejaban de suministrar ocasiones y lances para risa y burla de sus convecinos. Una ráfaga regocijante y gozosa atravesaba los adustos semblantes de los hijos de Nimikon cuando alguno de ellos daba que hablar a causa de una nueva jugarreta. Y a la alegría de la burla se añadía la propia superioridad y la complacencia de creerse a cubierto de tales tropezones y locuras. A aquella mayoría situada en el término medio entre los justes y los pecadores, participando de ambos sin llegar a ser ninguno, pertenecía también mi padre. No había tenido lugar en la aldea ninguna locura que no hubiera llenado su alma de inquietud y su espíritu vacilante nunca supo

si inclinarse por la admiración incondicional hacia el que la había hecho o el reconocimiento de la propia pureza de intenciones que le había impedido tomar parte en ella.

Mi tío Konrad pertenecía, en cambio, al partido de los locos. Pero no por ello se sentía empequeñecido en presencia de mi padre o de otros héroes de la razón. Antes podía asegurarse que se creía mucho más listo que ellos, pues su espíritu inquieto, tocado siempre de fiebre inventiva, lo elevaba a mucha altura sobre la realidad circundante. Aquel que buscara algo nuevo en vez de conformarse con la melancolía perenne de la aldea estaba llamado a obtener la gloria. Eso pensaba mi tío, sin que los demás habitantes del lugar compartieran tales ideas. Las relaciones entre mi padre y su cuñado no eran más que un constante oscilar entre el menosprecio y la admiración. Cada nuevo proyecto de mi tío despertaba en mi padre una poderosa curiosidad y una gran agitación, que siempre trataba de ocultar con frases irónicas y alusiones de doble sentido. Cuando mi tío creía seguro el triunfo, comenzaba a representar su regio papel. Éste no tardaba en obrar sus efectos y a los pocos días mi padre se dejaba arrastrar por el entusiasmo y cercaba a su cuñado con requerimientos fraternos hasta que el fracaso le abría los ojos de nuevo. Mi tío acogía la desventura con un encogimiento de hombros, un gesto de indiferencia, mientras que mi padre no podía reprimir las expresiones de mal humor y durante meses enteros no cruzaba palabra ni saludo con su cuñado.

Nuestra aldea debe a Konrad la aparición de las primeras velas sobre las aguas del lago. Mi tío las hizo pacientemente, así como el cordaje necesario y luego las montó sobre un primitivo aparejo en la barca de mi padre. Claro que no fue suya la culpa si ésta resultó demasiado estrecha para navegar a vela. Los preparativos duraron semanas enteras. Los días que precedieron a la prueba estuvieron llenos de esperanzas y de temor para mi padre y de cierto apasionado interés para mi tío. Tampoco en el pueblo se hablaba de otra cosa más que del nuevo intento de Konrad Camenzind. Y por fin, un día memorable para nosotros se deslizó el bote hasta las aguas azules del lago. Era una mañana de verano y hacía mucho calor. Mi padre parecía sospechar la catástrofe y se mantenía algo alejado del grupo de vecinos, después de haberme prohibido una vez más y con la mayor severidad, que acompañara a mi tío. Fuesli, el hijo del panadero, era el segundo tripulante de la embarcación. Todo el pueblo estaba en nuestro embarcadero, pues nadie quería perderse el comienzo de la temeraria proeza.

Un viento procedente del Este rizaba la superficie de las aguas. Los de la barca tuvieron que remar al principio, hasta entrar en la corriente de aire que hinchó las velas y empujó la embarcación delante de nuestros ojos asombrados. Salió una exclamación de todos los labios y en todas las mentes apuntó la idea de felicitar al inteligente Camenzind a su regreso. Y volvió efectivamente, bien entrada ya la noche,

pero con el aparejo roto y sin vela y sus tripulantes más muertos que vivos. Mi padre tuvo que poner dos tablas nuevas a la barca y desde entonces no ha vuelto a Manquear una vela en la tersa superficie del lago.

Fueron tantas las burlas de los habitantes de la aldea, que mi padre tuvo que tragarse su ira y adoptar su única solución: desviar la mirada y escupir despectivamente al suelo tantas veces como tropezó con mi pobre tío. Aquello duró hasta el día en que su cuñado le expuso el proyecto de horno para cocer pan que tantas burlas reportó a su inventor y que costó cuatro táleros a mi padre. ¡Pobre de aquel que se atreviera a recordarle la historia de aquel dinero! Mucho tiempo después, cuando la miseria había vuelto a enseñorearse de nuestra casa, se atrevió mi madre a aludir a los cuatro táleros. Mi padre enrojeció hasta las orejas, pero se contuvo y dijo tan sólo:

—Lo habría gastado en vino en un solo domingo.

Al finalizar cada invierno nos llegaba el viento del Sur con su zumbido hondo y grave, que los habitantes de las montañas escuchan con tanto temor y por el que sienten, sin embargo, tanta nostalgia cuando están lejos del terruño.

La proximidad del viento la advertían muchas horas antes de su llegada los hombres y las mujeres, las montañas, los venados y el ganado. Su aparición iba precedida por otros vientos tibios y de menor intensidad. Las aguas del lago, de un habitual azul verdoso, tomaban un tinte sombrío y en pocos instantes blancas coronas de espuma cubrían las crestas del oleaje. La quieta superficie se encrespaba y al silencio solemne sucedían los bramidos amenazadores, iguales a los que se escuchaban a la orilla del mar. Toda la campiña parecía entonces replegarse sobre sí misma y los contornos se destacaban claros y rotundos sobre el cielo. En las cumbres que antes sobresalían confusas entre la niebla, se podían contar las rocas y se distinguían también con claridad los tejados y ventanas de los pueblos que momentos antes no eran más que manchas oscuras en la distancia. Todo parecía replegarse sobre sí mismo. Las montañas, los prados y las casas, el paisaje entero, semejaba un ejército que huyera del enemigo. Y luego daba comienzo un horroroso zumbido acompañado de un gran temblor en la atmósfera. Las olas del lago se estrellaban contra la orilla con el golpe seco de un latigazo y muy a menudo, sobre todo durante la noche, se escuchaba el fragor de la lucha que mantenían las montañas con la tempestad. Al día siguiente llegaban a la aldea las nuevas que hablaban de arroyos desbordados, de casas derrumbadas, de barcas hundidas y hombres desaparecidos.

En los años de mi infancia temí tanto al viento del Sur que casi llegué a odiarlo. Pero los violentos impulsos de la mocedad y el despertar de la adolescencia cambiaron por completo mis sentimientos y llegué a amarlo. Se convirtió a mis ojos en un rebelde eternamente joven y pendenciero, que arrastraba consigo a la primavera. Era impresionante y magnífico verle comenzar la lucha lleno de vida, de

energía y de esperanza, escuchar sus rugidos a través de las cañadas y de los precipicios, ver cómo acababa con la nieve de las montañas y arrancaba los pinos que crecían retorcidos en las laderas. Pasaron los años y mi cariño por el viento del Sur se fue haciendo cada vez más hondo. En él adiviné el saludo de tierras lejanas que nos enviaban torrentes de calor y de belleza. Pues nada era tan deliciosamente turbador como la fiebre dulce que despertaba en la sangre el cálido viento. Sus ráfagas hacían perder el sueño a los habitantes de la altura y todos, en especial las mujeres, se sentían inquietos, con la mente presta a la fantasía o la ensoñación. Y en el fondo no era aquello más que el Sur, avasallando acometedor al Norte áspero y adusto, trastornándolo y turbándolo. Era el Sur, proclamando por los agrestes lugares de las montañas la llegada de la buena estación a los lagos azules, cercanos y lejanos al mismo tiempo, denunciando la floración de sus orillas en una espléndida abundancia de primulas, de narcisos y de flores de azahar.

Luego que el viento cedía en sus violencias y los últimos aludes se deslizaban por las laderas, llegaba lo más hermoso. Los prados florecidos extendían por doquier su magnificencia, mientras los picos novados, los glaciares centelleantes se destacaban sobre el cielo purísimo y se reflejaban en las aguas mansas y verdosas del lago.

Todo aquello llenó mi infancia y pudo también llenar mi vida entera. El lenguaje de Dios suena fuerte en la majestuosidad de la Naturaleza y quien lo ha escuchado en su niñez, sigue oyéndolo durante toda su existencia aunque quiera taparse los oídos. El nativo de las montañas puede estudiar filosofía o *historia naturalis* durante años enteros, sin llegar a compenetrarse hondamente con la verdad de Dios. Pero cuando presiente de nuevo el inquieto viento del Sur o escucha los crujidos del alud al desplomarse por su cauce, siente temblarle el corazón en el pecho y piensa en Dios y en la muerte.

La casa paterna estaba construida a orillas del lago. Un esmirriado jardín la precedía por su parte delantera. En él crecían unas ásperas lechugas, algunas plantas de nabos y varias coles, aparte del cuadro que mi madre reservaba a las flores y en el que lucían esplendorosos dos rosales, una mata de dalias y un puñado de resedas. En la parte trasera existía un pequeño embarcadero en el que se amontonaban dos toneles vacíos y algunas estacas. En el agua cabeceaba amarrada nuestra barquichuela, que se calafateaba, reparaba y pintaba cada año. Han permanecido fieles en mi memoria los recuerdos de cuando esto sucedía. Acostumbraba a ser en una tarde cálida del mediado verano, cuando las mariposas jugueteaban al sol sobre las tablas del embarcadero. Las aguas del lago estaban mansas como el aceite y el aire apestaba a pez y a pintura, olores que la barca seguiría teniendo durante todo el verano. Muchos años después, durante mis travesías marítimas, me bastaba oler de nuevo la apestosa mezcla de brea y humedad para que volvieran a mi memoria los recuerdos de nuestro embarcadero. Y entonces me parecía ver de nuevo a mi padre, en mangas de camisa,

con la brocha en la mano, como lo había visto tantas veces. También veía las nubecillas azules de su pipa ascendiendo pesadamente en la atmósfera sofocante de la tarde y los rápidos revoloteos de las mariposas amarillas por encima de nuestras cabezas. Aquellas tardes daban a mi padre un buen humor desacostumbrado. Garganteaba a media voz y sólo de cuando en cuando se aventuraba a alzarla para que el eco resonara contra las montañas vecinas. Entretanto mi madre se encerraba en la cocina haciendo algo apetitoso para la noche. Ahora me imagino que mientras cocinaba debía abrigar la ilusión de que Camenzind no fuera a la taberna, como era su costumbre. Pero llegada la hora, él se marchaba como siempre.

No puedo decir, sin riesgo a incurrir en falsedad, que mis padres intervinieran excesivamente en mis cosas o me educaran arbitrariamente según su propio capricho. Mi madre tenía siempre las manos ocupadas y mi padre distaba mucho por aquel entonces de ocuparse del problema de mi educación. Le bastaba el cuidado del par de árboles frutales de su propiedad, la roturación de la tierra destinada a la siembra de patatas y la siega del heno necesario para el invierno. Pero aunque aquellos trabajos absorbían todo su tiempo, aún le quedaba el suficiente para cogerme de la mano cada dos semanas, antes de marcharse por la noche a la taberna y llevarme hasta las profundidades del establo. Allí tenía lugar el extraño castigo, especie de acto expiatorio ejecutado con el rigor y la solemnidad de un rito y que consistía en administrarme una soberbia paliza. Ni él ni yo sabíamos la razón del castigo. Eran silenciosas ofrendas en el altar de Némesis y se llevaban a cabo sin reprimendas ni gritos por su parte y sin lamentos ni gemidos por la mía. Años después oí hablar a alguien del «ciego destino» y me imaginé inmediatamente aquellas misteriosas escenas como plásticas representaciones de la idea. De modo que, sin saberlo siquiera, siguió mi padre el camino que la simple pedagogía de la vida acostumbra enseñarnos cuando somos mayores. Pero por desgracia no me fue dado hacer entonces estas reflexiones y bastantes veces acepté el castigo de mala gana y con la única alegría de saberlo alejado, lo menos por espacio de dos semanas.

No de mucho mejor talante acogí los intentos de mi padre para obligarme a trabajar. La caprichosa madre Naturaleza había unido en mí dos dones extraordinarios: una desacostumbrada fuerza y una pereza no menor. Fue inútil que mi padre se esforzara en querer transformarme en una ayuda para su trabajo. Yo me valía de todas las trapacerías y todos los engaños para evitar aquel empeño suyo, y siendo ya bachiller, no sentí por ningún héroe griego tanta compasión como por Hércules forzado a sus célebres trabajos cuando tan hermoso era vagar por los prados y las montañas y nadar en las aguas quietas del lago.

Mis únicas amistades fueron, en aquellos tiempos, el sol, el lago y las tempestades. Hablaban conmigo y me deslumbraban con sus magnificencias, siendo para mí mucho más queridas que cualquier amistad humana. Pero mis favoritas eran

las nubes, antepuestas en los favores de mi admiración al brillante lago, a los melancólicos pinos o a las rocas bañadas por el sol.

¡Mostradme un solo hombre que conozca mejor las nubes y las ame más que yo!
¡O indicadme algo que sea en este mundo más hermoso que ellas! Son recreo y consuelo de la vista, bendición y regalo de Dios. Son blandas y tranquilas como las almas de los recién nacidos; son bellas, poderosas y espléndidas como ángeles buenos. Y algunas veces pueden también transformarse y volverse oscuras, amenazadoras y crueles, como unas mensajeras de la muerte. Se deslizan suavemente por el cielo, adquieren tonalidades rosadas con la media luz del crepúsculo y de la aurora y en otras ocasiones semejan almas fugitivas, huyendo sigilosamente de algún invisible enemigo. Unas tienen formas de flotantes islas o de ángeles etéreos, otras semejan puños cerrados y amenazadores, o velas hinchadas por el viento, o grullas lanzadas al vuelo. Están suspendidas entre el cielo divino y la mísera tierra, como ejemplo hermoso de todas las ansias y todos los anhelos humanos. Son eterna pauta del inquieto caminar, del incesante rebuscar, del deseo y del desespero de los hombres. Y así como ellas están suspendidas, tímidas y anhelantes, entre cielo y tierra, penden asimismo, anhelantes y tímidas, entre tiempo y eternidad, las almas humanas.

¡Oh, las nubes hermosas y eternamente cambiantes! Yo era un niño ignorante y las amaba ya, sintiendo acaso la atracción de nuestra semejanza. También yo sería una nube más, atravesando, rauda, el cielo de la vida. Yo sería también un eterno caminante, forastero en cualquier parte y suspendido siempre entre el tiempo y la eternidad. Quizá por eso han sido las nubes unas buenas amigas, unas verdaderas hermanas mías. No podía salir a la calle sin cambiar con ellas un saludo, sin que me hicieran señas con sus algodones hinchados por el viento y yo correspondiera con una sonrisa a su amabilidad, Y nunca he olvidado sus formas, sus suaves tonalidades, sus juegos, sus danzas, sus bailes y descansos. Su realidad, celeste y terrena al mismo tiempo. Y sus cuentos llenos de fantasía.

Recuerdo aún el de la princesa de las nieves. Eran los montes sus atalayas y sus castillos en los días tempranos del invierno. La princesa de las nieves aparecía con su pequeño séquito, procedente de las escarpadas alturas y buscaba un lugar de descanso en los desfiladeros agrestes o en las amplias cimas. El cierzo falaz contemplaba envidioso el asentamiento de la princesa y no tardaba en precipitarse sobre ella, derribándola, tapándola con oscuras nubes, haciendo escarnio de ella y queriendo ahuyentarla. La princesa quedaba sorprendida ante el ataque y algunas veces emprendía el regreso a sus alturas, pero otras, en cambio, reunía en torno suyo a su séquito atemorizado, descubría su rostro fascinador y arrogante y repelía con mano helada el embate traicionero del viento. Éste retrocedía aullando y por fin abandonaba el campo. La princesa podía entonces sentarse de nuevo en su trono de niebla y cubrir

las montañas y los valles con un manto de nieve nueva. Era su triunfo.

Había en este cuento algo noble y generoso, algo triunfante y bello que hacía latir mi corazón con fogoso misterio. Las nubes me lo contaban y yo lo escuchaba, silencioso y lleno de fervor, transido en un éxtasis.

Transcurrieron los años primeros de mi infancia y llegó por fin el instante de acercarme a las nubes, de tenerlas al alcance de la mano y aun verme más alto que ellas. No había cumplido aún los diez años, cuando hice mi primera ascensión. La cumbre de Sennalpstock fue la elegida y por vez primera tuve ocasión de comprobar el horror y la belleza de las montañas. Angostas torrenteras con los cauces llenos de hielo y agua de nieve, ventisqueros centelleantes, rocas cortadas a pico, y abarcándolo todo, alto y redondo como una campana, el cielo azul. Tras diez años de existencia diaria encerrado entre las altas montañas y las orillas del lago, tuvo lugar ese milagro que aún recuerdo muy bien. Contemplé por vez primera el cielo abierto sobre mi cabeza y abarqué con la mirada todo el horizonte. Fue al doblar un recodo, mediada la ascensión, cuando apareció ante mí con toda su inmensidad. Sentí una gozosa sorpresa. ¿Tan grande era el mundo? Nuestra aldea estaba recostada en la hondonada, casi perdida a nuestros ojos, como una mancha insignificante a orillas del lago. Y las cumbres que desde el valle parecían muy juntas se veían separadas desde la altura por muchas leguas de camino.

Entonces comencé a presentir la inmensidad del mundo y tuve la intuición de que allá lejos, detrás de las montañas, existían grandes cosas de las que yo no tenía ni idea. Y al solo pensamiento noté que temblaba en mi interior algo semejante a la aguja de una brújula y me sentí atraído por la nostalgia de lejanía. Y aquello me hizo comprender una vez más la belleza y el melancólico encanto de las nubes, acuciadas siempre, empujadas por el viento hacia horizontes infinitos.

Mis dos acompañantes adultos alabaron mi perfecto escalar y en el breve descanso en la cima helada del monte, se burlaron un poco de mis ruidosas manifestaciones de alegría. Pero yo no les hice caso y seguí gritando jubiloso y excitado. Y aquellos gritos fueron mi primer canto, inarticulado aún, a la belleza. Mis balbuceantes garganteos sonaron en la majestuosidad de las alturas como el trino entrecortado de un pajarillo y al escucharlos me llenó un sentimiento de vergüenza. Sólo entonces contuve mi entusiasmo y procuré mantenerme en silencio.

Pero a partir de entonces pareció romperse el hielo que pesaba sobre mi vida. A un suceso venturoso siguió otro y fui admitido en todas las ascensiones a la montaña, incluso en las más difíciles. Poco a poco fui desentrañando el misterio de las cumbres y entregándome por completo a la fascinación de la altura. Posteriormente me hice pastor de cabras y tuve ocasión de recorrer todas las cañadas y los vericuetos de los montes. En uno de los declives, donde llevaba a pastar con frecuencia a mis animales, había un recodo protegido del viento de las cumbres y cubierto de gencianas azul

cobalto y saxífraga encarnada, que era mi lugar favorito. El pueblo resultaba invisible desde allá y tampoco del lago veía más que una franja brillante que se destacaba entre las rocas. Las flores crecían con generosidad, salpicando el césped con sus colores vivos y el cielo se destacaba azul tras los picachos blancos. El murmullo del agua se confundía con el tintineo de las esquilas, componiendo un arrullo que me adormecía cuando, tendido al sol, contemplaba las blancas nubecillas que cruzaban el cielo. Las cabras se apercebían entonces de mi indolencia y comenzaban a retozar y luchar entre sí y yo me tenía que levantar para imponer la paz. Pero aquella plácida dicha no duró mucho, pues a la primera semana me caí en un barranco con una cabra huida del rebaño. El animal se mató y yo me di un golpe muy fuerte en la cabeza. Pero eso no fue obstáculo para que mi padre me moliera a palos al regresar a casa con una cabra menos.

Ahora veo con cuánta facilidad podían haber sido aquéllas mis primeras y últimas aventuras. No estaría entonces escrito este libro, ni tampoco habría cometido unas cuantas locuras. Es probable que me hubiera helado en el fondo de un ventisquero o, de quedarme en el pueblo, me hubiera casado con alguna prima. Pero nada sucedió así, y no es cosa de lamentarlo, ni de hacer comparaciones entre lo que ocurrió y lo que podía haber ocurrido.

Por aquella época, mi padre efectuaba de cuando en cuando algunos pequeños servicios en el convento de Welsdorf. Un día cayó enfermo y me ordenó que fuera a excusar su falta. En vez de ello, pedí papel y pluma a un vecino y escribí una respetuosa carta al hermano superior del convento. Se la entregué a la mandadera y me marché luego a efectuar mis acostumbrados trabajos.

A la semana siguiente, al regresar un día a casa, encontré a un monje que estaba aguardando al que había escrito la hermosa carta. Me sorprendí al escuchar sus alabanzas y mi sorpresa llegó al límite al ver que trataba de convencer a mi padre para que autorizara mis estudios. Tío Konrad, que disfrutaba también aquella temporada de los favores de mi progenitor, fue llamado también a formar parte de las deliberaciones. Como es natural, acogió con entusiasmo la idea de tener un sobrino culto y apoyó con todas sus fuerzas las pretensiones del monje. Mi padre se dejó convencer y así pasó mi porvenir a ser una fantasía más de mi peligroso tío pese a sus estrepitosos fracasos anteriores con la barca de vela, con el horno de cocer pan y otros proyectos semejantes.

A las palabras siguieron los hechos. Comenzaron mis estudios de latín, historia bíblica, botánica y geografía, y a mí me hizo mucha gracia todo aquello, sin que llegara a pensar que podría hacerme perder los años mejores de mi vida. Claro está que la culpa de todo no la tuvo el latín. Mi padre estaba decidido a que yo fuera un labrador y lo habría sido, aun sabiendo de pies a cabeza, al derecho y al revés, todo el *viri illustres*. Pero el buen hombre había descubierto mi pecado capital y sabía que mi

punto flaco era aquella invencible pereza que me tenía sometido. Yo huía aterrorizado de todo trabajo y corría a refugiarme en las montañas, permaneciendo escondido en los barrancos o tendiéndome a orillas del lago donde soñaba y holgazaneaba a mi placer. El conocimiento de aquella dolorosa verdad acabó de alejarle de mi lado, y dejó que estudiara a mi placer.

Creo llegado ya el momento de decir unas pocas palabras sobre mi padre. Mi madre había sido hermosa antes de casarse, pero de aquel pasado esplendor le quedaba tan sólo la buena talla y los ojos oscuros y grandes. Era alta, fornida, laboriosa y callada. A pesar de ser más lista que mi padre y de sobrepasarte en fuerza, no dominaba en nuestra casa, sino que había resignado en él todo mando. Mi padre era de estatura mediana, tema miembros delgados y casi delicados, poseía una mente bastante turbia y un rostro colorado lleno de pequeñas arrugas casi imperceptibles. Cuando se irritaba, se le marcaba un profundo surco en la frente y sus pobladas cejas se unían en línea casi recta. Frecuentemente parecía su rostro estar impregnado de una vaga melancolía, pero nadie se apercibía de ello, ya que los que habitaban en nuestra vecindad, tenían también casi, todos el alma turbia y tocada por aquel oscuro sentimiento cuya causa había que buscarla en el largo invierno, en los peligros de la montaña y en el aislamiento casi absoluto con que estaban respecto al resto del mundo.

Mis padres influyeron ampliamente en la formación de mi ser. Mi madre me dio la inteligencia aplicada a la vida, un poco de confianza en Dios y un natural callado y taciturno. De mi padre heredé un temor a las súbitas resoluciones, la incapacidad de economizar dinero y el arte de beber sin descanso, aunque esto último no lo demostrara todavía en aquella tierna edad. Aparte de los vicios y las cualidades de mis progenitores, tenía los ojos y la boca de mi padre, y de mi madre la conformación robusta de mi cuerpo, la fuerza física y el andar lento y pesado. De nuestra raza en general heredé una cazurrería campesina bastante desarrollada, pero también el turbulento ser y la inclinación a la melancolía de los habitantes de las montañas.

Pertrechado con ese carácter y vestido con unas ropas nuevas, emprendí mi primera salida a la vida. Los años pasados al amparo de la casa paterna no habían sido infructuosos, pues aun hoy sé escalar una montaña, andar diez horas sin descanso, remar una jornada entera o derribar a un hombre sin más ayuda que mis brazos. Pero el trato con el mundo no fue capaz de suavizar mis asperezas, y hoy también me falta tanto como entonces para llegar a ser un perfecto artífice de la vida.

El contacto diario con la tierra, sus plantas y sus animales, habían despertado en mí pocas cualidades sociales y aun ahora son mis sueños una notable demostración de mis inclinaciones hacia una vida puramente animal. Sueño muy a menudo que estoy a orillas del mar, convertido en un animal cualquiera, especialmente en foca, y hallo en ello tan grande bienestar que al despertar me causa decepción la posesión de la naturaleza humana.

Pero volviendo al hilo de mi vida, añadiré que ingresé en un *Gymnasium* como becario y que los años de estudio se sucedieron rápidamente. Entre diversión y clases, quedó también lugar para horas de nostalgia del hogar, de pensamientos en el futuro y de veneración por la ciencia. Entre unas y otras apareció mi innata indolencia, responsable de muchas reconvenciones y castigos y amortiguadora de infinitos e irreflexivos entusiasmos.

—Peter Camenzind —dijo mi maestro de latín—, eres un hombre terco y nada parece hacer mella en la solidez de tu cerebro. No creo que logremos hacer gran cosa de ti.

Contemplé fijamente el brillo de sus gafas, escuché sus palabras y las hallé bastante cómicas.

—Peter Camenzind —dijo el profesor de matemáticas—, eres un genio dormido en la pereza y lamento que no haya ninguna cifra inferior a cero.

Yo le miré con indiferencia, presté escasa atención a lo que estaba diciendo y le hallé aburrido.

—Peter Camenzind —dijo un día el profesor de historia—, no eres un buen alumno, pero estoy seguro de que podrás llegar a ser un buen historiador. Eres perezoso, pero sabes distinguir perfectamente lo grande de lo pequeño.

Tampoco les di demasiada importancia a estas palabras. No obstante, aquella indiferencia nunca me llevó a perder el respeto a mis profesores, pues yo estaba convencido de que poseían la ciencia y ante la ciencia sentía un oscuro e inevitable acatamiento. A pesar de que todos estaban unánimes respecto a mi pereza, progresé rápidamente y alcancé un puesto mediano. En seguida me di cuenta de que la escuela y la ciencia que en ella se aprendía era insuficiente, pero supe aguardar a lo que llegaría después. Tras todos aquellos preparativos y aquella constante rutina, presumía la pura espiritualidad, la ciencia de la verdad. Y en ella estaba seguro de que sabría comprender la obscura confusión de la historia, la lucha de los pueblos y hallaría también respuesta a los constantes problemas e inquietudes que mi alma se planteaba.

Pero había otro anhelo mucho más fuerte, otro impulso más arrebatador arrastraba todo mi ser: el deseo de tener un amigo.

Había en la escuela un muchacho de cabello castaño y aire grave, dos años mayor que yo y llamado Gaspar Huri. Tenía un modo de andar pausado y seguro, levantaba la cabeza con un aire de adulto y no acostumbraba a hablar mucho con sus camaradas. Durante meses enteros tuve la mirada puesta en él, le seguí incluso por la calle y deseé ardientemente que se diera cuenta de mi presencia. Aquella temporada me sentí envidioso de cada persona —grande o pequeña— con la que cruzó el saludo y de cada casa en que le vi entrar o salir. Pero yo estaba dos cursos retrasado con respecto al suyo y por otra parte él no parecía animado del deseo de entablar una

amistad con nadie. En vez de aquél se acercó a mí, sin autorización para hacerlo, un muchacho delgado y enfermizo. Era más joven que yo, esmirriado y pálido, aunque con ojos dolorosamente bellos y facciones de líneas delicadas. Como era débil y paciente, tenía que soportar muchas bromas por parte de sus compañeros y aquello le hizo buscar en mí, fuerte y corpulento, un defensor. Pero pronto se puso tan gravemente enfermo que no pudo volver a la escuela. Ni siquiera le eché a faltar y le olvidé con bastante rapidez.

En nuestra clase se sentaba un muchacho rubio que estaba haciendo siempre alarde de sus facultades. Era músico, mímico, sabía cien tretas y conocía el secreto de hacer reír a los demás. No sin trabajo gané su amistad y me sentí satisfecho el día en que conté con su confianza. Por fin tenía un amigo. Le iba a buscar a su pequeño cuarto, leía un par de libros en su compañía y hacía con él los temas de griego. Algunas veces íbamos también a pasear juntos y él era siempre hablador, alegre y chistoso y yo le escuchaba casi con unción, riendo sus gracias y sintiéndome satisfecho de tener un amigo semejante.

Pero una tarde le hallé en el vestíbulo, rodeado de algunos camaradas, haciendo sus bromas de siempre. Imitó a un maestro, se quedó unos instantes silencioso y después añadió con una sonrisa:

—¡Adivinar quién es éste!

Seguidamente comenzó a leer en alta voz unas estrofas de Homero copiando exactamente mi lectura entrecortada y temerosa, mi claro acento montañés y también el rápido parpadear del ojo izquierdo que en mí era evidente signo de turbación. La verdad es que estaba muy cómico y que su vis burlesca brilló en aquella ocasión con el máximo esplendor.

Pero a mí no me hizo mucha gracia y cuando cerró el libro y se inclinó en solicitud del merecido aplauso, di unos pasos y tomé venganza. No hallé palabras que decirle, pero resumí toda mi indignación, vergüenza e ira en una fuerte bofetada. A los pocos instantes comenzó la lección y el profesor se dio cuenta de los gemidos y la mejilla enrojecida de mi anterior amigo, que era al mismo tiempo uno de sus alumnos preferidos.

—¿Quién te ha pegado?

—Camenzind.

—¡Qué se adelante Camenzind! ¿Es verdad eso?

—Sí.

—¿Por qué le has pegado?

No respondí a su pregunta.

—¿No tenías ninguna causa para hacerlo?

—No.

Mi negativa me acarreó un soberbio castigo y callé estoicamente mientras lo

soportaba en la mayor indiferencia. Pero como en el fondo no era ningún estoico, ni mucho menos un santo, hallé satisfacción a mi castigo sacándole la lengua al payaso desde mi apartado rincón. Pero quiso mi mala suerte que las miradas del maestro se volvieran hacia mí en aquel instante.

—¿No te da vergüenza? ¿Qué quiere significar tu fea acción?

—Significa que aquél es un ser despreciable —respondí señalando a mi antiguo amigo—. Además, es también cobarde...

Así terminó mi amistad con el payaso. Como no tuvo ningún sucesor, me vi obligado a pasar los años de mi adolescencia sin un verdadero amigo. Pero a pesar de que mi punto de vista ha cambiado mucho desde entonces, sigo recordando aquella bofetada con entera satisfacción. Y mi deseo es que tampoco él rubio payaso la haya olvidado.

A los diecisiete años me enamoré de la hija de un abogado. Era muy bella. Uno de mis profundos orgullos es haberme enamorado sólo de mujeres hermosas. Quizá en otra ocasión explique con más detalle mis amores, pero hoy bastará con decir que el primero se llamaba Rosi Girtanner y que aun ahora, transcurridos muchos años, merece el cariño de un hombre completamente opuesto al que soy yo.

Pero entonces mi vigor adolescente era incontenible y me avasallaba por completo. Siempre estaba metido en múltiples peleas con mis compañeros y tenía el orgullo de ser el mejor luchador, corredor y remero con que contaba la escuela. Claro está que todo esto no tiene que ver nada con la historia. Fue sólo la dulce melancolía de la temprana primavera la que me hizo sentir mucho más desdichado de lo que era en realidad y llenó mi mente de ideas pesimistas y fúnebres pensamientos. No faltó el camarada que me dejara leer las canciones de Heine mediante el pago de una pequeña cantidad y mis noches transcurrieron entre los versos tristes. De lector pasé a protagonista, sacié en aquellas palabras todo mi corazón, expresé con ellas mis sentimientos y noté cómo fluían en mi interior en lírico tropel. Hasta entonces no había tenido ni una sola noción de la «hermosa literatura», pero a Heine siguieron Goethe y Shakespeare y súbitamente se transformaron las letras en divinidades capaces de regir mi completa existencia.

Con dulce emoción sentí que me envolvía el hálito desprendido de aquellos libros, el soplo de una vida que no había existido sobre la tierra y que tenía, sin embargo, una rotunda realidad, de una existencia que hacía latir mi corazón acuciado en ansias de vivir su propio destino. Los personajes de Goethe y Shakespeare salían a mi encuentro diariamente invadiendo mi rincón de lectura en el desván, desde donde se escuchaban graves las campanadas del próximo reloj de la torre y el seco crotorar de las cigüeñas. Me di cuenta de lo divino y lo grotesco de todo el humano ser: el problema de nuestro corazón y nuestra mente, la honda esencia de la historia del mundo y el portentoso milagro del espíritu capaz de alumbrar nuestros cortos días y

de elevar nuestra existencia por la fuerza del conocimiento hasta las alturas de la propia eternidad. Al sacar la cabeza por la estrecha ventana, contemplaba el brillo del sol en los tejados y las estrechas callejuelas, escuchaba el rumor de colmena de la diaria tarea y sentía toda la soledad y el misterio de mi escondrijo del desván, repleto de espiritualidades y de ansias creadoras. Y cuanto más frecuentes eran mis lecturas, mayor era la diferencia que hallaba al volver los ojos hacia la realidad circundante de la vida. Poco a poco se fue infiltrando en mi ánimo la convicción de que yo era tan sólo un espectador y que el mundo que tenía a mis pies estaba aguardando a que yo le descubriera una parte de sus tesoros, a que levantara el velo de lo fortuito y de lo común y que salvara y eternizara lo descubierto con el vigor de mi poesía.

Comencé a versificar con cierta vergüenza y al poco tenía ya varios cuadernos llenos de poesías, bosquejos de novelas y pequeñas narraciones. Los escribía de corrido y al releerlos latía mi corazón alborozado y sentía una delicia indescriptible. Sólo con mucha lentitud siguieron a aquellos ensayos una crítica personal y una serena corrección y al llegar al último curso de la escuela me ocurrió el primer e imprescindible desengaño. Había ya comenzado a desbrozar la intrincada maraña de mis versos y a considerar con melancolía todos mis escritos, cuando cayeron por casualidad en mis manos un par de volúmenes de Gotffried Keller, que leí dos o tres veces, uno detrás de otro. Aquello me abrió los ojos y me di cuenta de lo lejanos que habían estado mis sueños del arte verdadero y creador. Quemé mis versos y mis novelas, volví la mirada a aquel mundo que había querido descubrir y entré en él con penoso desengaño.

II

Y hablando del amor confieso que he seguido siendo un adolescente a todo lo largo de mi vida. Para mí ha sido siempre el amor a las mujeres una limpia adoración, una clara llama levantada sobre el cenagal de mi ser o un gesto implorante elevado a la altura. Comenzando por mi madre y debido precisamente a ese confuso sentimiento latente en mi interior, he venerado en la mujer como si fuera una raza extraña y bella que nos otorgara el don de esa belleza a cambio de una muda contemplación, de una emoción elevada como la que nos produce la visión de las estrellas o de las cumbres, lejanas a nosotros pero mucho más cerca de Dios. La realidad de la vida pudo estorbar esa convicción y el amor proporcionarme más amarguras que satisfacciones, pero las mujeres siguieron inmutables en su alto pedestal. Claro está que para mí se cambiaron los papeles y de sacerdote implorante de un culto que yo mismo había establecido, pasé a ser una especie de tragicómico loco sacrificado en aras de su ideal.

Encontraba a Rosi Girtanner casi cada día. Era una muchacha de diecisiete años, bien conformada y muy hermosa. De su rostro delgado y tostado se desprendía un hálito de belleza, semejante al que todavía poseía en ocasiones su madre y que había heredado de su abuela y su bisabuela. Aquella casa vieja y distinguida había tenido, de generación en generación, una larga serie de mujeres silenciosas y distinguidas, discretas y hermosas. Existe en la familia de los Fugger un retrato de muchacha pintado en el siglo XVI por un desconocido maestro y que es uno de los cuadros de más valor que han contemplado mis ojos. Muy parecidas eran las mujeres del apellido Girtanner y también Rosi.

Yo no sabía entonces todo esto y sólo me di cuenta de su silenciosa dignidad y sentí en mí todos los encantos de su ser. Por las noches me sentaba en la obscuridad y cerraba los ojos, tratando de recordar su imagen. Luego los abría bruscamente y así me era dado contemplarla en la obscuridad de la estancia con la imaginación y sentir un dulce estremecimiento en mi alma adolescente. Pero pronto ocurrió que la imagen no respondió fielmente a la evocación y aquellos instantes antes tan dulces se me hicieron dolorosos. Sentí súbitamente lo extraños que éramos el uno al otro. Ni ella me conocía, ni se preocupaba de que yo existiera en el mundo. ¿No eran entonces semejantes a un robo espiritual de su ser aquellos bellos sueños que yo acostumbraba a evocar en la obscuridad? Y apenas me torturaba con aquel pensamiento cuando volvía a aparecer su imagen ante mis ojos, tan animada y tan real, que una onda cálida anegaba mi corazón y el pulso se me alteraba hasta hacerme dolorosos sus latidos.

Durante el día me acometía aquella onda en medio de una clase o cuando

estábamos en el patio enzarzados en una pelea entre compañeros. Entonces cerraba los ojos, dejaba caer los brazos a lo largo del cuerpo y me mecía en la dulce inquietud, hasta que un grito del maestro o el puñetazo de cualquier compañero me despertaban de mis ensueños. Pero no todo eran fantasías interiores. La ola de sentimentalismo alcanzó también a lo que me rodeaba. Súbitamente me di cuenta de lo hermoso y colorido que era todo, cómo la luz y el hálito transfiguraban las cosas, cómo era claro el río, rojos los tejados y azules las montañas lejanas. Aquella belleza no servía para distraerme de mis cuitas y yo la contemplaba silencioso y triste. Cuanto más bello era todo, más extraño me parecía, convencido como estaba, de que yo no tenía parte alguna en ello y que permanecía fuera de las satisfacciones del mundo. Y entonces volvían mis pensamientos a Rosi: Si yo moría en aquel instante, ella ni siquiera se enteraría ni siquiera preguntaría qué había sido de mí, ni tampoco estaría triste por mi desventurada suerte.

Pero a pesar de todo, no sentía deseos de que se apercibiera de mi presencia. De buena gana habría hecho algo por ella o le habría regalado cualquier cosa sin que supiera de dónde venía.

La verdad es que yo hice mucho por Rosi. Llegó un corto período de vacaciones y me fui a casa. Allí dediqué todos mis esfuerzos a la intención de mi dama y así un día escalé un pico por la vertiente más abrupta y atravesé las aguas agitadas del lago un día de tempestad embarcado en la frágil barca de mi padre, para regresar al embarcadero bien entrada la noche. Y otros permanecía sin probar comida o bebida hasta la cena, a pesar de la fatiga y el apetito que me producían aquellos continuos esfuerzos. Todo lo hacía por Rosi Girtanner. Su nombre y su gloria fueron llevados por mí hasta las más elevadas cumbres y las más angostas e inexploradas cañadas.

Pero al mismo tiempo fui ganando en corpulencia y en fortaleza. Mis hombros se ensancharon, el rostro y los brazos adquirieron un hermoso color tostado y los músculos poderosos se hincharon al influjo del diario ejercicio.

El penúltimo día de las vacaciones quise ofrecer a mi amada el presente de unas flores. Yo sabía que crecían algunas *edelweiss* en los ocultos repliegues de las montañas, pero aquellas flores sin aroma ni color me parecían vacías y sin alma. En cambio conocía el lugar exacto donde crecían un par de matas de rododendros que florecían tardíos. La empresa era difícil porque se trataba nada menos que de descender un barranco cortado casi a pico y volver a subir con las flores en la mano. Pero como para la juventud y el amor no hay nada imposible, me lancé hacia la meta sin pararme en consideraciones. En mi difícil posición no pude lanzar un grito de júbilo, pero el corazón me latió aceleradamente de alegría cuando corté con toda clase de precauciones las ramas floridas y las contemplé unos instantes antes de emprender la ascensión. Ésta fue difícil y arriesgada. Con las flores en la boca fui trepando lentamente y sólo Dios sabe cómo pude alcanzar sano y salvo la firme

altura. Los rododendros floridos habían desaparecido hacía largo tiempo en toda la montaña y las últimas flores del año estaban en mi mano, hermosas y aterciopeladas.

Al día siguiente hice todo el largo viaje con las flores en la mano. Al principio me sentí impaciente al saberme en camino hacia la ciudad donde vivía la bella Rosi. Cuanto más se alejaban las montañas nativas, más fuerte renacía el amor en mi corazón. ¡Me acordaba tan bien de mi primer viaje en ferrocarril! El Sennalpstock se hizo invisible y luego desaparecieron también, una tras otra; sus estribaciones y con todas ellas se borraron asimismo de mi corazón las huellas y el recuerdo de la tierra natal. Por fin desaparecieron todos los montes y el tren se deslizó por paisaje llano y verde. Apenas había notado el cambio en mi primer viaje, pero aquella vez me acometió desasosiego, miedo y tristeza, como si me viera obligado a seguir viajando indefinidamente por la llanura después de haber perdido de vista para siempre a mis queridos montes. Pero al mismo tiempo se me apareció el bello y fino rostro de Rosi, tan fresco y tan encantador, que el dolor y la admiración mantuvieron suspenso mi aliento. Ante las ventanillas pasaban los pueblos, limpios y alegres, con sus torres esbeltas y sus blancas paredes. Los hombres y las mujeres subían y bajaban del tren en las estaciones, hablaban, se saludaban los unos a los otros, reían, fumaban y hacían chistes. Eran los gesticulantes y alegres habitantes de las tierras bajas; gentes cordiales y educadas que contrastaban conmigo, zagal de las montañas, que les contemplaba mudo y temeroso desde su asiento. Y entonces tuve la seguridad de que nunca sería nativo de ningún lado. Adiviné que estaba desarraigado de las montañas, pero que tampoco llegaría a ser nunca un habitante de las tierras bajas. Nunca sería tan alegre, tan cordial, ni estaría tan seguro de mí mismo. Aquellas gentes seguirían siendo extrañas para mí, y yo no pasaría de ser algo grotesco y risible para ellos. Con un hombre como aquéllos se casaría Rosi Girtanner un día y ellos serían siempre los que se cruzarían en mi camino o me llevarían siempre unos pasos de ventaja.

Con estos pensamientos llegué a la ciudad. Tras los saludos de rigor me subí a mi desván, abrí el cofre y saqué de él un pliego de papel. No era de los más finos, y cuando hube envuelto mis rododendros, después de atarlos con una cinta, llevada expresamente de mi casa, comprobé que el paquete no tenía la menor apariencia de regalo amoroso. Lo cogí y con aire grave me dirigí a la calle donde vivía el abogado Girtanner. Tras unos instantes de vacilación, me adentré decidido en el oscuro portal de la casa y deposité el paquete en el primer escalón.

Nadie me vio y nunca supe si Rosi recibió mi regalo. Pero yo había descendido al fondo de un barranco con riesgo de mi vida para coger unas flores y colocarlas sigilosamente en el primer escalón de su casa y eso me bastaba. Había en la acción algo dulce, alegre y triste al mismo tiempo, que aun hoy me emociona. Y sólo en las horas desesperadas me río de mí mismo al recordarlo y me digo que aquella aventura de los rododendros no fue más que el mismo quijotismo de todas mis posteriores

historias amorosas.

Aquel amor primero no tuvo nunca fin. Siguió alentando, aunque cada vez más débilmente todos los años de mi juventud, con la dulce nostalgia de lo no logrado y mis siguientes amores lo tuvieron como un hermano mayor más silencioso y experimentado que ellos. Aun ahora no puedo imaginar nada más noble, más puro y más hermoso que aquella joven y casta patricia que iluminó sin saberlo todos los más hermosos años de mi vida. Y cuando, tiempo después, me fue dado contemplar en un museo histórico de Munich aquel cuadro anónimo de la muchacha de los Fugger, me pareció tener ante mis ojos a toda mi melancólica juventud y lo miré tristemente, como se mira algo perdido para siempre.

Mientras ocurría todo esto en mi interior, mi exterior se iba formando poco a poco, traspasando las lindes de la adolescencia para entrar en las de la juventud. Mis fotografías de aquella época muestran un robusto zagal montañés vestido con un mal traje escolar, ojos abatidos y músculos indecisos. Sólo la cabeza da la sensación de algo acabado y seguro. Con una sensación parecida a la sorpresa, vi terminarse mis años de adolescencia y aguardé con obscura alegría el advenimiento de la época estudiantil.

Necesitaba estudiar en Zurich y para el caso que obtuviera mención especial habían preparado mis bienhechores un viaje de estudios. Me imaginé todo aquello muy hermoso, como una imagen clásica; una acogedora enramada con los bustos de Homero y de Platón, yo sentado allí, inclinado sobre los voluminosos folios y por todos los lados el limpio panorama de la ciudad, el lago, las montañas y la bella lejanía. Mi alma se había vuelto sobria y al mismo tiempo llena de vibraciones y yo me regocijaba pensando en la futura dicha, con la segura confianza de hallar el camino trazado por mi destino.

En el último curso comencé los estudios de italiano y trabé los primeros conocimientos con los antiguos novelistas, cuyo estudio fue una de mis tareas preferidas en los semestres pasados en Zurich. Pero luego llegó el día de dar el adiós a mis maestros y a la casa donde había pasado aquella venturosa época, llenar el cofre con todas mis cosas y despedirme lleno de nostalgia de la ciudad y de todos sus encantos, entre los que se contaba la infructuosa ronda en torno a la casa de Rosi.

Las vacaciones que siguieron, aceleraron el ritmo de mi vida y rompieron las alas que mis sueños habían forjado. En un principio hallé enferma a mi madre. Estaba metida en cama, no hablaba casi nada y tampoco hizo ningún comentario sobre mi llegada. No me mostré quejoso, pero me dolió no hallar ningún eco para mi alegría y mi joven orgullo. Después me habló mi padre para decirme que nada tenía que oponer a mis deseos de estudiar, pero que no podía darme el dinero necesario para ello. Si la pequeña cantidad de la beca no me alcanzaba, debía proporcionarme lo necesario para vivir, pues bastante tiempo había estado comiendo el pan paterno, etc.,

etc.

Tampoco tuve demasiadas distracciones aquellos días y apenas dediqué algunas horas a mis pasatiempos favoritos, como eran el caminar carretera adelante hasta llegar a algún lugar de mi gusto, escalar las montañas tan conocidas y remar con la pequeña barca por las aguas del lago. Los tiempos habían cambiado y a las distracciones habían sucedido las obligaciones. Tenía que trabajar en la casa y los campos sin descanso durante toda la jornada, de modo que cuando llegaba la noche o la tarde que tenía libre, no encontraba ningún placer ni siquiera en la lectura. Me cansaba y me indignaba ver cómo la tarea cotidiana reclamaba su derecho y consumía toda la opulencia y la soberbia que yo había llevado conmigo. A pesar de que mi padre se mostraba conciso y seco conmigo, no parecía sentir ninguna enemistad ni recelo y en algunas ocasiones llegaba, contra su costumbre, hasta a ser amable. Pero yo no sentía por ello ninguna alegría y aun hoy me maravillo de la indiferencia con que acogía sus alusiones o sus medias sonrisas. También me dolía o me irritaba según las ocasiones, aquel inusitado y silencioso respeto con que acogía las muestras de mi instrucción o contemplaba mis libros. Pero los días fueron transcurriendo y lo que al principio me sorprendiera terminó por hacerse normal. Volvieron a torturarme los pensamientos sobre Rosi y también sentí de nuevo aquel enojoso sentimiento de mi inferioridad aldeana. La tortura llegó a tales extremos que durante días enteros me pregunté si no sería mucho mejor quedarme en la casa paterna y olvidar mi latín y mis ilusiones en la violencia de aquella existencia mísera y monótona.

Iba atormentado y desazonado de un lado a otro sin saber qué hacer, sin hallar tampoco consuelo ni paz al lado del lecho de mi madre enferma. La imagen de aquella quieta enramada entrevista en sueños, con sus bustos de Homero y de Platón, volvió a aparecer como una burla e ironía del destino. Pero yo destruí la ilusión y al hacerlo vacié asimismo toda la furia y la ciega hostilidad de mi alma torturada. Las semanas fueron transcurriendo cada vez más lentas, como si aquella desesperanzada temporada de desazón y sufrimiento fuera a consumir toda mi juventud.

Si estuve sorprendido e indignado al ver que la vida había destruido tan rápidamente todos mis sueños, la sorpresa aumentó al contemplar cómo el sufrimiento de aquellos días, se hallaba pronto sobrepasado. La vida me había mostrado hasta entonces sólo el lado de su obra cotidiana, de todos los días, pero a partir de aquel instante puso ante mis asombrados ojos sus eternas profundidades y llenó mi juventud de una cruel y cruda experiencia.

En la madrugada de un cálido día de verano me levanté de la cama para ir a la cocina, donde acostumbraba a haber una tina llena de agua fresca. Para ello tuve que atravesar el cuarto donde dormían mis padres y al hacerlo me sorprendieron los extraños gemidos de mi madre. Me acerqué al lecho y la llamé. Pero ella no me respondió, sino que siguió en sus gemidos, parpadeando vivamente y moviendo la

cabeza angustiosamente. Aquello no me produjo una especial inquietud, a pesar de que sentí un ligero temor. Pero luego bajé la mirada y vi sus manos reposando en la sábana, quietas como dos durmientes. Y aquellas manos me dijeron que mi madre estaba a punto de morir. Estaban tan abatidas y tan inmóviles que era imposible que hubiera aún algo de vida en ellas. Olvidé mi sed, me arrodillé al lado „de la moribunda, posé mi mano sobre su frente y busqué su mirada. Sus ojos brillaron húmedos, sin el reflejo de ningún sufrimiento pero próximos a apagarse por completo. No se me ocurrió despertar a mi padre, que estaba durmiendo al lado, y así permanecí arrodillado durante dos horas, viendo cómo la muerte hacía presa en mi madre. Ella la recibía gravemente y con valentía, como había sido su hábito en todas las cosas y su entereza fue un verdadero ejemplo para mí.

El cuarto estaba en completo silencio y a través de la estrecha ventana se filtraban las primeras luces de la aurora. La casa y el pueblo dormían aún y mis conturbados pensamientos abandonaron la cárcel de la mente para acompañar al alma de la moribunda sobre la casa y el pueblo, sobre el lago y las heladas cumbres hasta penetrar en la dulce libertad del cielo puro y matinal. Apenas sentí dolor, pues mi ánimo estaba lleno de asombro y mí ser entero asistía con el aliento suspenso a la solución del gran enigma de la vida, contemplando cómo se cerraba con leve temblor el anillo de una existencia. La valentía de la moribunda fue asimismo tan sublime que su gloria iluminó con rayo claro toda mi alma, disipando las tinieblas que la envolvían. Ni siquiera me di cuenta de que mi padre seguía durmiendo al lado, de que faltaba un sacerdote y que ni sacramentos ni oraciones acompañaban el alma de mi madre en aquel tránsito supremo. Tan sólo percibí el hálito grave de la eternidad flotando por la obscura estancia y confundiéndose con mi alma.

En los últimos instantes, cuando toda vida se había apagado en aquellos ojos que estaban ya vidriosos, me incliné sobre mi madre y besé sus labios exangües por primera vez. El leve contacto sirvió para acentuar el horror de aquella hora y me senté al borde de la cama sintiendo que las lágrimas resbalaban, una tras otra, por mis mejillas y mi barbilla para caer ardientes sobre mis manos.

A los pocos instantes se despertó mi padre, me vio allí sentado y preguntó con voz soñolienta lo que ocurría. Quise responder, pero no pude articular palabra y salí del cuarto, entré como en sueños en el mío y me desvestí lentamente con movimientos de autómata. Al poco apareció el viejo delante de mí.

—Tu madre ha muerto —dijo—. ¿Lo sabías ya?

Asentí con un gesto.

—¿Por qué me has dejado dormir? ¡Y ningún sacerdote la ha asistido! ¡Tendría que...! —Y diciendo estas palabras esbozó un gesto amenazador.

Sentí un vivo dolor en la cabeza, como si una vena se me hubiera roto. Me acerqué a él y le cogí ambas manos con fuerza —era más débil que un niño al lado de

mi corpulencia— y le miré fijamente a los ojos. No pude añadir nada, pero sin duda lo que vio en los míos bastó para calmarle, pues se quedó silencioso y afligido. Cuando volvimos a entrar los dos en el cuarto donde estaba mi madre, le turbó también la serena majestuosidad de la muerte y su rostro se contrajo vivamente. Luego se inclinó sobre la difunta y comenzó a lamentarse en voz baja, como un niño antes de romper en llanto. Salí de mi casa para comunicar la mala nueva a los vecinos. Me escucharon con cara de circunstancias y no hicieron ninguna pregunta, sino que me dieron la mano y se ofrecieron para todo lo que fuera menester. Uno tomó el camino del convento para buscar un sacerdote y cuando regresé a casa hallé a la vecina que estaba ya en el establo cuidando de nuestra vaca.

Llegó el reverendo acompañado de casi todas las mujeres del lugar y a partir de aquel instante todo se fue desarrollando puntualmente, como si estuviera previsto de antemano. Hasta el propio ataúd, dispuesto sin dilación, sirvió para que me diera cuenta por vez primera de lo bueno que era estar en casa en los momentos difíciles y pertenecer a una pequeña y segura comunidad de vecinos que saben ayudarse los unos a los otros.

Una vez se hubo bendecido y enterrado el ataúd y el doliente cortejo de sombreros de copa hubo desaparecido, metido cada cual en su caja y armario, mi padre abandonó toda entereza y se desplomó en un completo abatimiento. Comenzó a compadecerse de sí mismo y acompañando sus palabras de multitud de citas bíblicas, se lamentó de que una vez enterrada su mujer, tuviera que ver marchar también a su hijo y las quejas se prolongaron durante todo el día. Yo las escuché en silencio, aunque notando que las fuerzas me abandonaban y que me hallaba al borde de prometerle quedarme en casa.

Pero en el mismo instante en que iba a responderle, me sucedió algo muy curioso. En un solo segundo se me apareció todo aquello que desde pequeño había deseado y vi que me aguardaban tareas grandes y hermosas. Vi libros escritos ante mis asombrados ojos, escuché el silbido del viento del Sur y contemplé lagos lejanos, envueltos en el color y la alegría del Sur. Vi pasar ante mí hombres de rostros inteligentes y mujeres hermosas y finas, vi calles, carreteras y pasos sobre los Alpes, trenes lanzados a velocidad por desconocidos paisajes y pueblos extraños y remotos. Y tras todo aquello, la claridad meridiana de un claro horizonte, velada apenas por algunas nubecillas. Aprender, crear, contemplar, viajar; todo el contenido de la vida brillando ante mis ojos. Y de nuevo como en los tiempos de mi adolescencia sentí dentro de mí el deseo de salir al mundo, de medir aquella anchura con mis propios pasos.

Callé y dejé que mi padre siguiera hablando. Sus quejas se acallaron al anochecer. Y entonces le hice patente mi propósito de seguir estudiando y buscar una tierra natal en el reino del espíritu, aunque sin exigir de él ningún apoyo. Ni siquiera respondió,

pero durante unos instantes me miró fijamente con el dolor pintado en la mirada. Luego meneó la cabeza y se levantó de donde estaba sentado sin decir una sola palabra. Él también comprendía que yo había elegido ya mi propio destino y que nuestros caminos se alejaban conforme me iba adentrando en la vida. Cuando hoy recuerdo aquel día, me parece ver a mi padre sentado aún en la pequeña silla junto a la ventana. Su cabeza severa de labrador se sostenía erguida e inmóvil sobre el cuello, el corto pelo comenzaba ya a agrisarse por las sienes y en las facciones duras era bien visible la lucha que sostenía su tenaz virilidad contra el dolor y la naciente vejez.

De él y del resto de mi permanencia bajo su techo, me queda aún que contar un pequeño y no fútil suceso. Corrían las postreras semanas antes de mi viaje cuando una noche se puso mi padre su vieja gorra y abrió la puerta sin decir palabra.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—¿Te importa mucho? —me respondió secamente.

—Podrías decírmelo si no se trata de algo inconveniente —añadí en un tono de indiferencia.

Él se echó entonces a reír y desde el umbral me gritó:

—Puedes acompañarme. Al fin y al cabo no eres ya tan pequeño.

Y así fue cómo le acompañé a la taberna. Unos cuantos campesinos estaban sentados ante sus correspondientes jarros de vino tinto, dos guías forasteros bebían absenta y, en una mesa alejada, varios muchachos jugaban al *jass*^[3] y gritaban increpándose los unos a los otros a cada jugada.

Yo estaba acostumbrado a beber a menudo un vaso de vino, pero era la primera vez que entraba sin necesidad en una taberna. Por haber escuchado habladurías que se decían en la aldea, sabía que mi padre era buen bebedor, pero nunca, hasta entonces, había tenido ocasión de comprobarlo. Bebía mucho y bien. La fama estaba bien adquirida y me chocó la atención que su presencia pareció despertar en el tabernero y en el resto de la concurrencia. Pidió un litro de vino vaudés y en pocas palabras me instruyó del modo de beberlo. Había que escanciarlo bajando mucho la botella para luego alargar poco a poco el chorro y al final volver a bajarlo tanto como fuera posible. Y tras la explicación se puso a hablar de los diferentes vinos que conocía y las diversas oportunidades en que había tenido ocasión de beberlos. Aludió con grave atención al tinto de Valtelina, del que habla que distinguir tres clases diferentes, y luego habló del vino vaudés, envasado en botellas oscuras y del que lo estaba en botellas claras. En voz baja, casi con el pueril sigilo de quien explica un cuento de hadas, me nombró por último el vino de Neuchâtel. De éste había algunas cosechas cuya espuma formaba una estrella al escanciar el mosto en el vaso. Para subrayar sus palabras trazó con el dedo una estrella en la mesa y luego se abismó en profundas reflexiones sobre el sabor y los efectos del champaña, vino que nunca había bebido, pero del que tenía malas noticias, pues una sola botella era suficiente para

emborrachar a dos hombres.

Calló para encender lentamente su pipa. Cuando lo hubo hecho se dio cuenta de que yo no tenía nada para fumar y me dio diez céntimos para cigarrillos. Y luego nos sentamos uno enfrente del otro, echándose el humo a la cara y trago tras trago acabamos con el primer litro de vino vaudés. El mosto dorado y picante tenía buen sabor y confieso que acabé con mi parte sin darme apenas cuenta. Los campesinos de la mesa vecina trabaron conversación con mi padre y poco a poco se fueron sentando todos ellos en torno a la nuestra. No pasó mucho rato sin que se concentrara en mí la atención de los concurrentes y sus palabras me demostraron que no se habían olvidado en la aldea de mi fama como escalador. Fueron comentadas muchas ascensiones y también se habló de algunas que acabaron en desastre. Una especie de niebla mítica las envolvía a todas y no se podía saber nunca dónde acababa la verdad y comenzaba la leyenda. Entretanto habíamos dado fin al segundo libro y yo sentí la sangre agolparse en mis ojos. Contra mi costumbre y mi propio carácter, comencé a fanfarronear en alta voz y expliqué también mi descenso hasta el fondo de la cortadura del Sennalpstock para coger los últimos rododendros y regalárselos a Rosi Girtanner. Como no me creyeron, insistí y ellos se echaron a reír. Me enfurecí y desafié al que no me creyera a salir afuera a luchar, advirtiendo que me sentía capaz de enfrentarme con todos ellos a la vez si era necesario. Entonces intervino en la disputa un campesino viejo y magro, cogió un gran jarro de piedra y lo puso sobre la mesa.

—Si tan fuerte te crees —dijo sonriendo—, rompe el jarro con tus puños. Si lo haces te pagaremos todo el vino que cabe en él y si no puedes pagarás tú. ¿Conforme?

Mi padre se apresuró a asentir en mi nombre. Así es que me levanté, lié el pañuelo en torno al puño y pegué un puñetazo contra el jarro. Los dos primeros no tuvieron ningún efecto, pero al tercero se rompió el jarro en pedazos.

—¡A pagar! —gritó mi padre radiante.

El viejo volvió a sonreír con la misma mueca maliciosa de antes.

—Bien —dijo—, pagaré todo el vino que quepa en el jarro, pero creo que no será demasiado.

Afortunadamente no añadió el viejo ni una palabra más y yo me quedé únicamente con el dolor del brazo y la mirada burlona de todos los contertulios. También mi padre se rió de mí.

—Bueno, tú te lo has ganado —grité yo y llenando el vaso del viejo, lo cogí y se lo eché por la cabeza. De nuevo volvimos a ser los vencedores entre los aplausos de los demás concurrentes.

Siguieron las bromas hasta una hora avanzada. Mi padre me arrastró luego a casa y ambos atravesamos tambaleantes la estancia donde había estado el ataúd de mi

madre no hacía aún ni tres semanas. Me tendí en la cama y quedé como muerto hasta la mañana siguiente, en que desperté molido y con mal gusto de boca. Mi padre no pudo contener sus burlas en cuanto me vio, pero yo juré silenciosamente no volver a abusar de la bebida y a partir de aquel instante aguardé con impaciencia el día de mi marcha.

Llegó aquel día, como llega, farde o temprano, todo lo de este mundo, pero he de reconocer que no mantuve mi juramento. Desde aquella noche en que acompañé a mi padre a la taberna, me fueron conocidos el dorado vino de Vaud, el tinto de Valtelina, el de espuma estrellada de Neuchâtel. Y los años los fueron transformando en unos viejos y fieles amigos.

III

RECIÉN salido del aire opresivo y severo de mi tierra natal, degusté con gran placer las delicias de la libertad recién adquirida. Gocé con fruición del aire particular y exaltado de la juventud y respiré a pleno pulmón la atmósfera limpia y clara que me envolvía. Igual que un joven guerrero que descansa en las floridas lindes de un bosque, viví en un feliz desasosiego entre lucha y reposo, entre veras y chanzas. Y semejante también a un profeta me hundí en el abismo oscuro de la existencia difícil con el pecho desafiante y el alma preparada para percibir la vibración de las cosas y escuchar la armonía de la vida. Aquella época me dejó un recuerdo que durará toda mi vida. Bebí largamente del cáliz de la juventud, sentí en silencio dulces desazones y dolores pasajeros por hermosas y distinguidas mujeres y apuré la dicha de una amistad honda que llenó todas mis horas.

Vestido con un traje nuevo y cargado con un pequeño cajón lleno de libros y papeles, hice mi entrada en la ciudad decidido a conquistar aquel pedazo de mundo y a demostrar hasta donde fuera posible a los habitantes del perdido lugar donde vi la luz primera, que yo estaba hecho de una madera muy diferente a la de los restantes Camenzind. Tres años maravillosos los pasé viviendo en heladas buhardillas, aprendiendo nuevas cosas, haciendo poesías, ansiando cada día algo diferente y sintiendo que el mundo me rodeaba con toda su espléndida belleza. No tuve siempre ocasión de llevarme algo caliente a la boca, pero todos los días, todas las noches y a cada hora cantaba, reía o lloraba mi corazón repleto de sentimientos.

Zurich fue la primera gran ciudad que contemplaron mis ojos y durante un par de semanas sentí admiración por todo lo que iba viendo. Acostumbraba a salir a la calle para admirar o envidiar la vida ciudadana y mi alma se alborozaba ante las calles, las casas y la gente. Contemplaba las calles repletas de carruajes, las plazas, los jardines, los magníficos edificios y las iglesias, me detenía ante los grupos que se dirigían presurosos al trabajo y no podían contener la sonrisa ante el barullo de los estudiantes que se encaminaban a clase. Las elegantes mujeres, ataviadas con ricos vestidos a la última moda, se me antojaban pavos en un gallinero. Paseaban orgullosas y sonrientes, saludando ligeramente a los conocidos que encontraban por el camino y despertando a su paso la admiración. Yo no sentía timidez ante todo aquel mundo desconocido y sí sólo cierta rigidez y desorientación que no bastaban para hacerme dudar de la misión que me había asignado el destino. Tenía que conocer toda aquella vida ciudadana para hallar más tarde mi puesto seguro y cierto en ella.

La juventud me salió al paso en la persona de un muchacho que estudiaba en la misma ciudad y tenía alquiladas dos lindas habitaciones en el primer piso de la casa donde yo vivía. Diaria mente escuchaba desde mi buhardilla las notas de su piano y

por ellas intuí algo del encanto de la música, la más femenina y dulce de todas las artes. Luego le veía salir con un libro y una partitura en la mano izquierda y en la derecha el cigarrillo humeante que se llevaba de cuando en cuando a los labios con un gesto lleno de indiferencia. Y desde el primer instante sentí una viva simpatía por él, aunque sin atreverme a trabar conocimiento, ya que su posición desahogada contrastaba enormemente con la penuria de mis medios. Pero no tuve necesidad de lamentarme de mi indecisión, porque él mismo fue quien vino a mi. Una noche llamaron débilmente a mi puerta. Sentí una temerosa sorpresa porque hasta entonces nadie me había visitado. Abrí lentamente y el estudiante del piso de abajo entró en mi buhardilla. Me dio la mano, dijo su nombre y se comportó con tanta libertad y alegría como si fuésemos viejos conocidos.

—Quería preguntarle si no tiene inconveniente en que hagamos los dos un poco de música me dijo cordialmente. Pero yo no había tenido en la mano ni un solo instrumento durante toda mi vida. Se lo dije y añadí que excepto gargantear no conocía ningún arte. El estudiante se echó a reír haciendo un mohín de disgusto.

—¡Cómo nos equivocamos a veces! —exclamó alegremente—. ¡Por su apariencia exterior habría jurado que era usted músico! ¡Es extraordinario! ¿Pero sabe usted gargantear? ¡Hágalo, por favor! Le escucharé con el mayor gusto.

Sentí gran turbación y le dije que dentro de la habitación y estando él delante no podía hacer ni una quiebra con la garganta. Eso tenía que hacerse en lo alto de una montaña o al menos al aire libre y por propio placer.

—¿Lo hará usted entonces en una montaña? ¿Mañana quizá? Le ruego que acepte. Podemos encontrarnos al anochecer y andar charlando un poco, cuando estemos en la montaña garganteará usted y cenaremos en cualquier pueblo de los alrededores. ¿Tiene tiempo para el programa?

¡Oh, sí, tenía tiempo de sobra! Me apresuré a responderle y luego le rogué que tocara algo. Descendimos a su hermoso y espacioso piso. Unos cuantos cuadros modernos colgando de las paredes, el piano, un desorden distinguido y un aroma penetrante a cigarrillos daban a las hermosas habitaciones una cómoda elegancia y un agradable ambiente que eran completamente nuevos para mí. Richard se sentó al piano y tocó un par de compases.

—Conoce usted esto, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa.

—No —respondí yo—. No conozco nada.

—Es de Wagner —volvió a decir él— de los Maestros Cantores. —Y siguió tocando. La música sonaba fácil y fuerte, llena de ansia y serena al mismo tiempo, sumergiéndome como un baño tibio y excitante. Contemplé al mismo tiempo con íntima satisfacción los hombros estrechos y la espalda del pianista, sus blancas y delgadas manos de músico y toda su débil apariencia, sintiendo que me invadía el mismo sentimiento de ternura y consideración que en mis años adolescentes me

acercó a aquel compañero de cabellos oscuros a quien nunca llegué a hablar. Quizás aquel muchacho distinguido y elegante que tenía delante de mí se hiciera amigo mío y con ello viera satisfecho el viejo y no olvidado deseo de una verdadera amistad.

Al día siguiente bajé a buscarlo. Despacio y charlando tomamos el camino de las afueras y ascendimos hasta lo alto de una colina que dominaba la ciudad. El panorama de las casas, los jardines y el lago se ofreció magnífico a las postreras luces del crepúsculo.

—¡Y ahora cante usted haciendo quiebras con la garganta! —exclamó Richard—. Si se avergüenza aún, me volveré de espaldas. Pero, por favor, hágalo muy alto.

Pudo sentirse satisfecho. Gargantéé alegre, lanzando mis gritos en el aire tibio de la tarde y cambiando las quiebras en todos los tonos imaginarios. Al finalizar quiso mi amigo decir algo, pero en el mismo instante nos llegó el eco de mis trinos desde una lejana altura. Luego se escuchó la respuesta, ondulante y a distancia, repetida varias veces. Un pastor o un caminante nos enviaba su saludo y nosotros le prestábamos nuestra atención, silenciosos y alegres por el lazo que las voces tendían entre los desconocidos. Permanecimos quietos unos instantes, con los ojos clavados en la lejanía. El lago comenzó a transfigurarse en un cambiante juego de luces vespertino y poco antes de la puesta del sol entreví en la distancia unos picos alpinos que se esfumaron prestamente en la neblina del crepúsculo.

—Allá está mi tierra natal —dije—. El de la derecha es el Geishorn y el de la izquierda y más alejado, el redondo Sennalpstock. A los diez años y tres semanas puse por vez primera el pie en su cima.

Forcé la vista para poder seguir viendo los picachos que el sol había ocultado por el Sur. Pasaron unos instantes y luego dijo Richard algo que yo no comprendí bien.

—¿Qué decía usted? —pregunté.

—Decía que ahora sé qué arte cultiva usted.

—¿Cuál?

—Es usted poeta.

Me ruboricé y quedé bastante confuso y sin saber qué decir. Luego mostré mi sorpresa y por último pude decir algo.

—¡No! —exclamé—. No soy poeta. Hice versos cuando estaba en el colegio, pero desde hace tiempo no he vuelto a intentarlo.

—¿Podré leer sus versos?

—Los quemé. Pero si los tuviera tampoco se los dejaría leer.

—Seguramente eran algo muy moderno con mucho Nietzsche en el fondo.

—¿Qué es eso?

—¿Nietzsche? ¡Por Dios santo! ¿No sabe usted quién es?

—No. ¿Por qué había de saberlo?

Mi amigo se mostró sorprendido al ver que yo no sabía quién era Nietzsche. Pero

no pude soportar su sorpresa y le pregunté cuántos glaciares había atravesado. Cuando respondió que ninguno, le miré con la misma burlona sorpresa que él había tenido momentos antes para mí. Entonces puso su mano en mi brazo y me dijo con gran seriedad:

—Es usted muy susceptible. Pero no sabe el hombre tan envidiable y tan inocente que llega a ser. Hay pocos como usted, muy pocos. Dentro de un año o de dos conocerá usted a Nietzsche y todos éstos mucho mejor que yo, pues es usted mucho más inteligente. Pero le prefiero tal como es ahora. No conoce a Nietzsche ni a Wagner, pero ha estado en lo alto de las montañas y tiene el rostro curtido de un habitante de las alturas. Y a buen seguro que es además poeta. Puedo verlo en la mirada y en la frente.

Tanto su tono como sus palabras me sorprendieron. Estaba tan poco acostumbrado a oír hablar de mí que me causaron una gran extrañeza sus alabanzas.

Pero mucho más sorprendido y dichoso me sentí cuando ocho días después, en una concurrida cervecería al aire libre, convinimos estrecha hermandad entre los dos. Él saltó de su silla, me abrazó delante de toda la gente, me besó y se puso a bailar como loco alrededor de la mesa.

—¿Qué pensará la gente? —insinué temeroso.

—Pensará que somos extraordinariamente dichosos o estamos extraordinariamente borrachos. Pero la mayoría no pensará nada en absoluto.

Habitualmente parecía Richard un niño a mi lado, a pesar de ser mayor, más inteligente, ir mejor vestido y tener gustos mucho más refinados que los míos. Por la calle hacía la corte a las muchachas de un modo solemne y burlón, interrumpía las piezas de piano que estaba tocando para hacer algún chiste y un día que habíamos ido a la iglesia me tocó insistentemente el brazo en medio del sermón. Volví la cabeza y oí que me decía con aire pensativo:

—¿No crees que el cura se parece a un conejo?

La semejanza era exacta, pero yo opiné que habría podido aguardar a la salida para decírmelo. Así se lo hice notar.

—Es cierto —dijo—. Pero seguramente me habría olvidado antes de terminar el oficio.

Richard me hizo entablar conocimiento con otra gente joven, estudiantes, músicos, pintores, literatos, diversos extranjeros, pues todas las personas interesantes y amigas de las artes que llegaban a la ciudad tenían relación con él. Había algunos espíritus graves y luchadores, filósofos, estetas y socialistas y de ellos pude aprender bastantes cosas. Conocimientos de campos muy distintos que fueron llegando a pedazos y que yo completé leyendo sin descanso. Así fui adquiriendo sucesivamente un cierto conocimiento sobre las causas y motivos que discutían los más activos cerebros y pude lanzar algunas avispadas ojeadas en el interior de aquella

internacional intelectual. Sus deseos, sus pensamientos, sus trabajos y sus ideales me eran atractivos y claros, sin que un propio impulso hubiera hecho ningún esfuerzo para comprenderlos. En los más, hallé toda la energía del pensamiento y de pasión dirigida a las condiciones y organización de la sociedad, del Estado, de las ciencias, de las artes y de los métodos de enseñanza, y en los menos me pareció ver el conocimiento de la necesidad de dedicarse a sí mismos, sin dejarse llevar por el provecho exterior y de aclarar su personal razón frente a otras preocupaciones de carácter menos urgente. En mí mismo sentí latir también esa misma, ansia, aún medio oculta y adormilada en mi interior.

A pesar del contacto que tuve con toda aquella gente, no entablé íntima amistad con nadie, pues sólo Richard, a quien apreciaba rotundamente, podía ser amigo mío. En realidad me sentí celoso muchas veces y quise apartarlo hasta de la compañía de las mujeres con quienes era frecuente su trato y su relación. Tomaba en consideración hasta la menor palabra que se cambiaba entre nosotros y se mostraba particularmente sensible a que me hiciera esperar. Un día me rogó que fuera a buscarlo a una hora determinada para ir a remar al lago. Estuve puntualmente en su piso, no le hallé y aguardé inútilmente su llegada durante tres largas horas. Días después tuve ocasión de echarle en cara su falta de formalidad.

—¿Por qué no te fuiste solo a remar? —me preguntó riendo—. La verdad es que me olvidé de nuestra cita. No era tan importante y al fin y al cabo, igual se puede remar un día que otro.

—Yo acostumbro a mantener siempre mi palabra y acudir puntualmente a las citas —respondí con sequedad—. Pero por fortuna estoy acostumbrado a que tú le restes importancia y no te importe saber que te estoy aguardando en cualquier sitio. ¡Nadie puede tener tantos amigos como tú!

Él me miró con creciente asombro.

—¿Tomas tan en serio esa bagatela?

—La amistad no es para mí una bagatela.

Richard exclamó alegremente:

*Le entró tanto en el cuerpo la palabra
Que prestamente su reforma jura.*

Y cogiéndome la cabeza frotó la punta de su nariz con la mía a la afectuosa manera oriental y prodigándome al tiempo tantas satisfacciones que mi enfado no pudo resistir ni un momento más y se disipó al conjuro de la risa. La amistad se había salvado nuevamente.

Mi buhardilla estaba siempre repleta de libros prestados por Richard. Con frecuencia valiosos volúmenes de los modernos filósofos, poetas y críticos, revistas

literarias de Alemania y Francia, nuevas piezas de teatro, folletos parisinos y fascículos de Viena sobre las tendencias estéticas de moda. Más seriedad y cariño dedicaba yo a mis antiguos novelistas italianos y mis estudios históricos. Era mi deseo abandonar cuanto antes posible la filosofía y dedicarme exclusivamente a los estudios históricos. Al lado de obras sobre historia general y métodos históricos empecé a leer también crónicas y monografías sobre los últimos tiempos de la Edad Media en Italia y Francia. Y así estudié por vez primera la figura de mi favorito entre todos los hombres, de Francisco de Asís, el más espiritual y divino de todos los santos y aprendí a conocerla y amarla. Y también se fue haciendo realidad el sueño en que vi ante mí la plenitud de la vida y el espíritu y su logro confortó mi corazón llenándolo de alegría y de vanidad juvenil. En el aula me absorbía la severa ciencia, algo áspera y también bastante aburrida, pero al regresar a casa me sumergía por completo en las piadosas o lúgubres historias de la Edad Media o en los antiguos novelistas, cuyo mundo hermoso y arrebatador me envolvía como un halo luminoso. Otras veces escuchaba música, charlaba o reía con Richard, tomaba parte en las reuniones de sus amigos y departía con franceses, alemanes y rusos, escuchaba la lectura de libros modernos, iba de un lado para otro, recorriendo el taller de un pintor o asistiendo a veladas en las que hacían acto de presencia grupos de intelectuales jóvenes o de estudiantes y que a mí me parecían fantásticas visiones de un imaginario carnaval.

Un domingo visité en compañía de Richard una pequeña exposición de nuevas pinturas. Mi amigo se detuvo ante un cuadro que representaba un pastor alpino con unas cuantas cabras. Estaba bien pintado, excesivamente bien, pero con un estilo pasado de moda y sin verdadero espíritu artístico. En cada salón de arte se veían muchos cuadritos semejantes. Eran bellos, atractivos, pero de poca importancia. Sin embargo, aquél me gustó por ver en él una representación casi fiel de los prados nativos y pregunté a Richard qué es lo que le había hecho detenerse.

—Esto —respondió señalando la firma del pintor. Miré fijamente, pero no pude descifrar las letras rojas.

—El cuadro —prosiguió Richard— no es una gran obra. Existen otros muchos más bellos. Pero no existe otra pintora más hermosa que la que ha realizado este paisaje. Se llama Erminia Aglietti y si quieres podemos ir mañana a su casa a felicitarla.

—¿La conoces?

—Sí. Y si sus cuadros fueran tan bellos como ella misma, sería rica hace mucho tiempo y no tendría que seguir pintando. Lo hace sin ningún entusiasmo y sólo por no tener otra cosa con que ganarse la vida.

Richard volvió a olvidar la cosa y sólo unas dos semanas después volvió a hacer mención de la pintora.

—Ayer tropecé con la Aglietti. Iremos hoy a visitarla. Quiero que vengas conmigo y que conozcas a esa extraordinaria mujer. ¿Tienes una camisa limpia que ponerte?

Encontré una camisa limpia que ponerme y nos dirigimos a casa de la Aglietti. Yo fui todo el camino con una íntima repugnancia, ya que nunca me había gustado el trato libre y atrevido que Richard y sus cantaradas tenían con las pintoras y las estudiantes. Ellos se mostraban siempre faltos de consideración y respeto, tan pronto groseros e irónicos como falsamente corteses. Ellas eran prácticas, inteligentes y osadas, sin que se advirtiera ni en sus modales ni en sus palabras aquel aire marcadamente femenino que a mí me gustaba hallar en todas las mujeres.

Algo confuso entré en el taller. Estaba familiarizado con la atmósfera de los estudios de pintores, pero era la primera vez que pisaba el de una mujer. Tenía una apariencia limpia y bien cuidada. Dos o tres cuadros acabados colgaban enmarcados de las paredes y otro aún sin terminar estaba colgado en el caballete. El resto de las paredes estaba cubierto por una serie de bocetos a lápiz y una estantería medio vacía. La pintora nos recibió con bastante frialdad. Dejó a un lado el pincel y se apoyó contra la estantería mirando la tela que estaba pintando, como si no perdiera a gusto mucho tiempo en nosotros.

Richard dedicó algunos cumplidos al cuadro de la exposición. Ella se rió de sus amabilidades y negó mérito a la obra.

—¡Pero, señorita, yo podía tener idea de comprar el cuadro! —protestó Richard—. Las vacas sobre el prado tienen una completa apariencia de realidad...

—Son cabras dijo ella serenamente.

—¿Cabras? ¡Cabras, naturalmente! Lo que me ha pasmado ha sido el paisaje. Ni por un momento he dudado de que fueran cabras. Si no quiere creerme, pregúnteselo a mi amigo Camenzind, que es un hijo de las montañas. Él me dará la razón.

El rostro de la pintora se volvió hacia mí. Tras unos instantes de vacilación preguntó:

—¿Es usted de las tierras altas?

—Sí, señorita.

—Se ve inmediatamente. ¿Y qué opina usted de mis cabras?

—¡Oh, están muy bien! Al menos no las he tomado por vacas, como Richard.

—Muy amable. ¿Es usted músico?

—No. Soy estudiante.

No siguió hablando conmigo y hallé la ocasión para contemplarla a mi gusto. Iba vestida con una larga blusa y su rostro no me pareció hermoso. Las líneas eran ceñidas y casi duras, los ojos de mirada severa y llevaba el pelo suelto y largo. Pero lo que me causó gran impresión fue la tonalidad de su piel. Yo no había visto aún en nadie aquella palidez italiana y en aquel instante, a la luz matinal del estudio, me

produjo un efecto extraño y turbador. Su piel tenía la nitidez del mármol, pero no parecía fría como él, sino que aparentaba una tibieza atractiva. Yo no estaba acostumbrado a examinar las formas de un rostro de mujer, sino que buscaba en ellos, quizá con una ansiedad un poco adolescente, más atractivo que perfección, pero me extasié en su contemplación.

Tampoco Richard pareció hallarse muy a gusto en el pequeño taller. La conversación derivó hacia diferentes derroteros y calcúlese mi sorpresa cuando escuché de labios de la Aglietti su interés por dibujarme. Se trataba tan sólo de unos cuantos bocetos. No necesitaba el rostro, pero mi ancha figura tenía algo típico.

Pero antes de que esos propósitos llegasen a ser algo más que palabras, sucedió otro pequeño suceso que cambió por completo la faz de mi vida y fijó por algún tiempo mi futuro. Al despertarme una mañana, me hallé convertido en escritor.

A instancias de Richard había yo descrito algunos tipos de nuestro círculo en narraciones cortas. Eran brevísimas, de más forma que fondo y nunca pasé de considerarlas más que como ejercicios de estilo. También escribí algunos ensayos sobre literatura e historia, dedicados más bien a la recopilación de mis propios datos que a ser leídos por otros ojos que no fueran los míos o los de Richard.

Una mañana, cuando yo estaba aún en la cama, entró mi amigo y me echó treinta y cinco francos sobre la colcha.

—Te pertenece —dijo en un tono seco de negocios.

Como es natural me mostré muy sorprendido y sólo cuando hube agotado todas las conjeturas acerca de la procedencia de aquel dinero, sacó un periódico del bolsillo y me mostró publicada una de mis pequeñas novelas. Había recogido muchos de mis manuscritos, los había llevado a un redactor y los había vendido en mi nombre. Los treinta y cinco francos eran el pago del primero que se publicaba.

Al principio no pude contener una ligera irritación. El interés que Richard se había tomado por una cosa exclusivamente mía me pareció humillante. Pero luego me venció el dulce orgullo de escritor y a la vista de aquellos francos sobre la sucia colcha de mi cama, se me pasó el mal humor. El pensamiento de mi pequeña gloria y un ligero sentimiento de superioridad sobre el mundo que me rodeaba, serenaron mi ánimo.

En un café me presentó mi amigo al redactor que había aceptado mis trabajos. Me rogó que le entregara los restantes que Richard le había mostrado y también me animó a que le remitiera otros nuevos. Me dijo que aceptaría mucho más a gusto los ensayos históricos y también me aseguró que estaba dispuesto a pagármelos mucho mejor. Sólo entonces me di perfecta cuenta de la importancia que tenía aquello. Con los ingresos no sólo podría comer diariamente y pagar todas mis deudas sino que me permitirían rechazar los estudios obligatorios y alcanzar quizá muy pronto la ansiada meta de mis estudios preferidos y vivir de sus propias ganancias.

Entretanto recibí un lote de libros que me mandó el redactor para que hiciera la crítica de ellos. Viví a costa de ellos varias semanas, pues como el pago sólo podía hacerse efectivo a fines de trimestre y yo había elevado un poco el nivel de mi existencia confiando en aquel dinero, me encontré un día sin un céntimo, y tuve que sentir nuevamente los espantosos tormentos del hambre. Estuve alimentándome unos cuantos días con pan y café, pero luego el hambre me empujó hasta la puerta de una casa de comidas. Llevé tres de mis volúmenes de crítica para dejarlos como hipoteca de mi consumición después de haber tratado inútilmente de vendérselos a un anticuario. La comida fue excelente, pero al llegar al café sentí un cierto temor en el corazón. Tímidamente dije a la camarera que no tenía dinero, pero que estaba dispuesto a dejar los libros como prenda. Cogió uno de ellos en la mano, un volumen de poesías, lo hojeó curiosa y me preguntó si estaba bien. Era aficionada a la lectura, según se apresuró a decirme, pero nunca podía comprar libros. Vi que estaba salvado y puse ante ella los tres volúmenes. Se mostró conforme con el pago y día tras día me fue admitiendo libros hasta hacer un total de diecisiete francos. Un pequeño volumen de versos me autorizaba a exigir una ración de queso con pan, las novelas largas igual, aunque con un poco de vino y las novelas cortas únicamente una taza de café con pan. Si mal no recuerdo, todos los libros eran bastante inferiores, pertenecían a las tendencias nuevas y estaban escritos en el espasmódico estilo de moda. Sin duda alguna la buena muchacha de la casa de comidas adquirió con su lectura una idea muy singular acerca de los progresos de la literatura alemana contemporánea. Pero siguió admitiéndolos y recuerdo con solaz aquellas mañanas en que yo terminaba de leer con rapidez algunos de los volúmenes y escribía unas cuantas líneas sobre ellos con el tiempo más que justo para llegar a la casa de comidas y hacer una de mis acostumbradas consumiciones de pan y queso. En todo momento traté de ocultar a los ojos de Richard aquella dificultad de dinero, pues me avergonzaba la solicitud con que procuraba ponerles remedio y sólo admití su ayuda de mala gana cuando la situación se volvió agobiante y faltaban pocos días para que hicieran efectivos los pagos de mis trabajos.

Yo no me tenía por un poeta. Lo que escribí con más asiduidad eran folletines y no poesía. Pero en silencio me animaba la esperanza secreta de componer un largo poema, un gran canto que glosara a la pasión y a la vida.

El alegre y claro espejo de mi alma se veía empañado con frecuencia por una especie de melancolía que me invadía un día o una noche cualquiera, semejante a un sueño o a una fantasía, desaparecía luego y volvía a acometerme unas semanas o unos meses después. Estaba acostumbrado a ella como a una fiel amiga y no la encontraba mortificante, sino que sentía únicamente algo así como una fatiga inquieta que también tenía su propia dulzura. Cuando hacía presa en mí por las noches, permanecía horas enteras en la ventana, sin dormir, contemplando las aguas oscuras

del lago, las siluetas de los montes dibujadas contra el cielo y sobre ellas las hermosas estrellas. Luego sentía penetrar con frecuencia en mi alma un temeroso y dulce sentimiento, como si toda aquella belleza nocturna fuera un mudo reproche para mí. Como si estrellas, montañas y lagos acuciaran a alguien para que cantara la belleza y el tormento de su muda existencia, como si ese alguien fuera yo mismo y estuviera traicionando la verdadera vocación de plasmar en un poema la muda presencia de la Naturaleza. Ni siquiera me paraba a pensar en qué medida era aquello posible, sino que sentía únicamente en mi interior los silenciosos requerimientos de la noche, deseaba calmar sus impacencias y cumplir sus deseos. Pero tampoco aceptaba a escribir una sola palabra en aquella disposición de ánimo. Las oscuras voces me empujaban con demasiada prisa y carecía del necesario reposo para pensar. Entonces comencé mis solitarios paseos por los alrededores de la ciudad. Me parecía que los pies acariciaban de aquel modo la tierra, prodigándole un poco de amor, dándole una satisfacción por no cumplir su anhelo imperioso. Los paseos fueron transformándose luego en verdaderas caminatas. Y ahora sospecho también que el destino quiso anticiparme entonces algunas horas de mi posterior existencia, pues una gran parte de los años siguientes los pasé como caminante. Semanas y aún meses enteros duraron mis recorridos por muchos países y poco a poco me fui acostumbrando a andar un día entero con poco dinero y un pedazo de pan en el bolsillo, a recorrer kilómetros y kilómetros completamente solo y a pernoctar frecuentemente al aire libre.

La recién adquirida profesión de escritor me había hecho olvidar por completo a la pintora. Pero uno de aquellos días llegó una tarjeta de ella:

Unos cuantos amigos y amigas vendrán el jueves a tomar el té. Le ruego que venga y que traiga consigo a su amigo.

Cumplimentamos la invitación y hallamos reunidas en la casa una pequeña colonia de artistas. Casi todos eran oscuros y sin fama, olvidados del público y la celebridad, rechazados por la crítica y la opinión. En conjunto llegaron a conmoverme a pesar de que parecían estar satisfechos y tenían todos ellos un aire reposado. Sirvieron té, mantequilla, jamón y ensalada. Como no hallé en todo el salón ni un solo conocido y mi natural no era demasiado sociable ni hablador, dediqué todos los esfuerzos a calmar el hambre que me atenazaba desde el mediodía y estuve comiendo durante media hora, mientras los demás saboreaban el té y charlaban entre sí. Pero cuando ellos quisieron comer a su vez y se acercaron uno tras otro a la bandeja del jamón, se hizo patente que yo había acabado casi con todo su contenido. Por espacio de unos instantes confié inútilmente en que hubiera una segunda bandeja en reserva. Pero no fue así y pronto a las risas silenciosas sucedieron algunas miradas irónicas. Entonces me enfurecí y con voz abogada agradecí a la italiana su jamón. Me

levanté y tras murmurar una disculpa fui a coger mi sombrero que estaba en la habitación contigua.

Pero la Aglietti me siguió, cogió el sombrero de mis manos, me contempló unos instantes silenciosa y luego rogó cortésmente que me quedara. Sobre su rostro caía la luz tamizada de una lámpara y ni siquiera mi propia indignación bastó para borrar la majestuosa belleza de aquella mujer. A su conjuro se me disipó la irritación, y sentí solamente una gran vergüenza. Me fui a sentar, cabizbajo y confuso como un colegial. Permanecí así mucho rato, hojeando sin verlo, un álbum del lago de Como. Los demás seguían bebiendo té y yendo de un lado para otro entre risas y charlas insustanciales. Se escucharon luego las notas de varios violines y un violoncelo al ser afinados, alguien corrió una cortina y aparecieron cuatro jóvenes, sentados ante unos improvisados atriles y dispuestos a comenzar la parte musical de la reunión. En aquel instante se acercó la pintora, colocó una taza de té en una mesita próxima y se sentó sonriente a mi lado. Comenzó el cuarteto su interpretación que duró largo rato, pero yo no escuché nada de lo que tocaban, sino que contemplé únicamente con los ojos muy abiertos la fina distinción de la dama que tenía a mi lado. Con alegría y temor me acordé de que había querido dibujarme. Y entonces pensé en Rosi Girtanner, en el descenso al barranco alpino para coger los últimos rododendros y en el cuento de la reina de la nieve. Y todo aquello no me pareció más que un largo anticipo del instante que estaba viviendo.

Cuando la música hubo terminado, no se marchó la pintora de mi lado, como yo había temido, sino que permaneció sentada y comenzó a charlar conmigo. Me felicitó por una de mis novelas cortas que había leído en el periódico donde se publicaban y gastó algunas bromas a propósito de Richard, alrededor del cual revoloteaban dos jovencitas y cuya risa se escuchaba frecuentemente por encima de los demás risas y voces. Luego me pidió nuevamente que posara para ella. Entonces tuve una ocurrencia y seguí la conversación en italiano. No obtuve sólo por ello el pago de un resplandor alegremente sorprendido de sus ojos vivos y meridionales, sino que asimismo tuve la satisfacción de escuchar el idioma que hablaba su boca, sus ojos y su figura entera, la elegante y ceremoniosa *lingua Toscana* con un ligero y encantador acento de Tessino. Yo no lograba tanta belleza ni tanta fluidez en las palabras, pero ello no fue obstáculo para que nos entendiéramos a las mil maravillas.

—*A rivederla* —dije como despedida, haciendo la reverencia más ceremoniosa que me fue posible.

—*A rivederci domani* —sonrió ella, asintiendo con un gesto.

Salí de su casa y seguí andando hasta alcanzar una colina próxima a la ciudad. En su cima me detuve, contemplando a mis pies todo el dormido paisaje. El farol rojo de una única barca rompía la quietud oscura de las aguas, en las que cabrilleaban los reflejos escarlata. De un jardín cercano llegaban ecos de risas y de mandolinas. El

cielo estaba cubierto casi en su totalidad y un viento fuerte y cálido alborotaba mis cabellos.

Y como el viento jugueteaba con las ramas de los árboles frutales y las oscuras copas de los castaños haciéndolas gemir, reír y temblar, así jugó conmigo la pasión. Me arrodillé en la cima de la colina, me eché sobre la tierra áspera, volví a levantarme de un salto y gemí entrecortadamente, pisoteé con rabia el suelo, arrojé el sombrero lejos de mí, froté mi cara contra la hierba húmeda, sacudí las ramas de los árboles, lloré, reí, sollocé, me enfurecí, me avergoncé sintiéndome feliz y desdichado al mismo tiempo. Una hora después, todo había pasado y mi ser entero estaba sumido en una calma de muerte. Ya no pensaba nada, no decidía nada, no sentía nada. Eché a andar como en sueños y descendí la colina con paso lento. Vagué por la ciudad sin rumbo fijo y al ver en una calleja que todavía estaba abierta una taberna, entré y me bebí dos litros de vino vaudés. Bien entrada la aurora regresé a casa completamente borracho.

Por la tarde fui a casa de la Aglietti como le había prometido y la pintora se asustó al ver mi aspecto.

—¿Qué le pasa? ¿Está usted enfermo? Tiene muy mala cara.

—Nada importante —respondí—. Esta noche pasada he bebido bastante y eso es todo lo que me ocurre. ¿Comenzamos ya?

Me hizo sentar en una silla rogándome al mismo tiempo que me estuviera inmóvil. Lo hice a las mil maravillas y pronto quedé sumido en una creciente soñolencia y toda aquella tarde la pasé durmiendo en el taller de la Aglietti. Por efecto seguramente del olor a trementina que llenaba el estudio, soñé que estaba en mi casa pintando la barca. Desde el embarcadero veía a mi padre con el pote de pintura en una mano y la brocha en la otra. También mi madre estaba allí y cuando yo le preguntaba si no había muerto, me decía en voz muy baja:

—No, no he muerto. Si yo no estuviera viva, terminarías por volverte como tu padre.

Al despertarme, caí de la silla y con asombro me hallé transportado al taller de Erminia Aglietti. Ella no estaba allí, pero escuché sus pasos en la habitación contigua, acompañados de un ruido de tazas y supuse que debía ser aproximadamente la hora de la cena.

—¿Está usted despierto? —preguntó desde la puerta.

—Sí. ¿He dormido mucho rato?

—Cuatro horas. ¿No le da vergüenza?

—Sí. Pero he tenido un sueño tan hermoso...

—¡Cuéntemelo!

—Lo haré si entra y me perdona.

Traspuso el umbral, pero no quiso otorgar su perdón hasta que le hubiera

explicado el sueño. Así lo hice y del sueño pasé al olvidado tiempo de la infancia y cuando Gallé era ya de noche y había explicado a ella, al mismo tiempo que me lo hacía a mí mismo, la completa historia de mi niñez y mi adolescencia Me dio la mano, alisó luego mi arrugada chaqueta, me rogó que volviera al día siguiente para proseguir el dibujo o me di por satisfecho, teniendo la certeza de que me perdonado también la inconveniencia de aquel día. Al siguiente posé, hora tras hora, durante casi toda la tarde. No hablamos durante la sesión ni una sola palabra. Permanecí sentado o de pie, en silencio y como encantado, escuchando el leve chasquido del carboncillo sobre el papel, aspirando el olor a óleo y no sintiendo otra cosa más que la cercanía de la mujer amada. Con frecuencia su mirada se levantaba hacia mí para captar un rasgo y yo entonces apartaba mis ojos de ella y los dejaba vagar por las paredes claras del estudio en las que se reflejaba la luz blanca. Unas cuantas moscas soñolientas zumbaban en los cristales de los amplios ventanales y en el cuartito de al lado cantaba el infiernillo de alcohol, donde se calentaba el agua para la taza de café que tomábamos al final de cada sesión.

Una vez en casa, mis pensamientos volvían a Erminia. Mi pasión no llevaba trazas de aminorarse y sentía envidia de cuanto la rodeaba, incluso de su arte ¿Qué me importaban sus cuadros si ella misma era tan hermosa, tan bondadosa, tan segura y tan clara? En su trabajo hallaba un mucho de heroísmo, pero nada de arte. Ella era la mujer en lucha con la vida, la heroína silenciosa, mártir y valiente. No existe además nada tan infructuoso como las reflexiones sobre alguien que se ama. Tales pensamientos son como determinadas canciones populares o militares donde salen a relucir mil cosas y el estribillo se repite con igual monotonía aun cuando no tenga ninguna relación con lo que se está cantando.

Y eso mismo sucedía con la imagen de la bella italiana. Yo la llevaba siempre conmigo, y la evocaba aun cuando no viniera a cuento. Todavía hoy me acuerdo bien de ella, aunque sin detalle en sus rasgos y facciones. No recuerdo ya qué peinado llevaba, ni cómo acostumbraba a vestir; etc. Tampoco puedo recordar si su estatura era alta o baja y cuando pienso en ella, veo con la imaginación una morena cabeza de mujer, un par de ojos cortantes y no muy grandes en un rostro pálido y animado y una boca bien dibujada y de labios delgados y apretados. Y si pienso en la época que duró mi amor por ella, recuerdo tan sólo aquella noche en la colina, cuando el viento cálido exacerbaba el ardor de mis sentimientos y yo lloraba y reía al mismo tiempo. Y también me acuerdo de otra noche, de la que ahora quiero explicar lo ocurrido.

Fueron transcurriendo los días y a cada uno que pasaba se me hacía más patente la necesidad de declarar a la pintora mi amor. De haber estado alejado de ella, la habría seguido amando y sufriendo en silencio y sin ninguna esperanza. Pero verla casi diariamente, hablar con ella, estrecharle la mano y entrar en su casa, era un tormento que no podía seguir resistiendo largo tiempo. Y así sucedió lo que

fatalmente tenía que ocurrir.

Fue preparada una pequeña fiesta de verano por los artistas y algunos amigos suyos. Tuvo lugar a orillas del lago, en un jardín pequeño y coquetón, una noche tibia y hermosa de los últimos días de julio. Bebimos vino y agua helada, escuchamos la música y contemplamos admirados los rojos farolillos de papel que colgaban en forma de guirnaldas entre los árboles. Se charló, se rió, se gastaron bromas y se cantaron hermosas canciones. Un pintor de los más jóvenes, apenas un adolescente, interpretó el papel de romántico, tocado con un atrevido birrete, apoyado lánguidamente en la balaustrada y rasgueando con melancolía una guitarra. Le secundaron dos muchachas ataviadas con unos vestidos vaporosos que aparecieron en lo alto de la escalinata. Sonó la música y el estudiante y las muchachas comenzaron a bailar, seguidos por todos los demás. Richard parecía hallarse a sus anchas en aquel ambiente. Yo, por el contrario, me sentía extrañamente desasosegado y a pesar del calor y la excitación, bebía muy poco, aguardando a la Aglietti que había prometido pasear conmigo por el lago aquella noche. Llegó por fin, me obsequió con dos flores que llevaba en la mano y embarcamos en el pequeño bote.

El lago estaba tranquilo como aceite y sus aguas tenían una obscuridad inmóvil. De dos golpes de remo empujé la ligera embarcación lago adentro, sin dejar de contemplar a la delgada mujer que estaba sentada frente a mí, en el banco del timonel. El cielo tenía aun las desvaídas tintas del crepúsculo y poco a poco iban apareciendo las estrellas. La orilla se fue alejando y la música se escuchó apenas, dominada por el ruido de los remos al chocar con el agua. Algunas barcas, apenas visibles en la obscura superficie, se cruzaron con la nuestra, pero yo no les presté atención, abstraído como estaba en la sola contemplación de la bella timonel. Lo hermoso y poético de todo aquel escenario vespertino, el rumor de las aguas, las estrellas y el silencioso lago me turbaron hasta el punto de creerme en medio de una decoración teatral en la que iba a representarse una bella escena sentimental. Ambos estábamos callados y mi excitación, acrecentada por el silencio, me hizo remar con fuerza.

—¡Qué fuerte es usted! —exclamó la pintora con admiración.

—¿Quiere usted decir grueso? —pregunté yo.

—No. Aludía a sus músculos.

—Sí, soy bastante fuerte.

No era éste un principio apropiado para una declaración de amor. Seguí remando, sintiendo tristeza e irritación a un mismo tiempo. Transcurrieron algunos minutos. Incapaz de resistir el silencio por más tiempo, le rogué que me contara algo de su vida.

—¿Qué quiere usted saber?

—Todo —dije yo—. Pero preferiría escuchar algo de amor. Luego le hablaré a mi

vez de mi amor, de mi único amor. La historia es bastante breve y es posible que le divierta.

—¡Qué dice usted! ¡Cuéntelo, por favor!

—No. Primero tiene que contar usted lo suyo. Quisiera saber si ha estado alguna vez enamorada verdaderamente o si, como temo, es usted demasiado inteligente y superior para dejarse arrastrar por el amor.

Erminia pareció reflexionar unos instantes.

—Escuchar la historia de amor de una mujer, meciéndose de noche sobre las aguas oscuras del lago, es otra de sus románticas ideas —dijo luego—. Pero, por desgracia, yo no puedo explicar nada. Ustedes, los poetas, están acostumbrados a hallar bellas palabras para todo y precisamente esas bellas palabras esconden una horrible frialdad. Pero se ha equivocado conmigo. Yo no puedo hablar, precisamente porque no creo que nadie ame con la fuerza y la pasión con que yo lo hago. Amo a un hombre que está atado a otra mujer y él tampoco me ama menos. Pero ambos sabemos que nunca será posible nuestra unión. Nos escribimos y algunas veces nos encontramos...

—¿Puedo preguntarle si ese amor la hace feliz o desgraciada? ¿O acaso es usted ambas cosas a la vez?

—El amor no existe para nuestra ventura. Creo que su existencia sirve para mostrarnos lo fuertes que podemos ser en el sufrimiento.

Comprendí perfectamente sus palabras y no pude impedir que algo parecido a un gemido me viniera a los labios.

Ella lo escuchó.

—¿Conoce usted lo que es eso? ¡Parece tan joven! ¿Quiere ahora hacer su confesión? Pero sólo estoy dispuesta a escucharla si realmente desea hacerla...

—Quizá se la haga otro día, señorita Aglietti. Hoy me sería penoso y siento verdaderamente haber despertado quizá en usted penosos recuerdos. ¿Damos la vuelta? ¿Regresamos?

—Si usted lo desea. ¿Estamos muy lejos?

Como toda respuesta hundí con fuerza los remos en el agua. La barca se deslizó rápida por el agua y en medio del torbellino de dolor y vergüenza que se agitaba en mi interior, sentí cómo el sudor corría en gruesas gotas por la cara y se enfriaba al instante. Cuando pensaba enteramente lo cerca que había estado de suplicar un amor imposible a aquella mujer que me trataba con una amistad maternal tan alejada a mis sentimientos, sentía un estremecimiento que me llegaba hasta el tuétano. Si el dolor era poco menos que insoportable, al menos me había ahorrado el bochorno del ridículo. Y su solo pensamiento me hizo forzar los remos y alcanzar la orilla en unos instantes.

La hermosa señorita pareció bastante sorprendida cuando después de alcanzar la

orilla, me despedí brevemente y la dejé sola.

El lago estaba tan terso, la música era tan alegre y los farolillos de papel despedían una luz tan roja como antes, pero a mí me pareció todo completamente estúpido y risible. Especialmente la música. De buena gana hubiera arrojado al agua al jovencito de antes que seguía rasgueando su guitarra incansablemente. Luego comenzaron los fuegos artificiales. ¿Por qué era todo tan infantil?

Pedí prestados a Richard un par de francos, me encasqueté el sombrero y eché a andar hacia las afueras de la ciudad. Anduve y anduve sin descanso, una hora tras otra, hasta sentir fatiga y sueño. Me eché sobre la hierba de un prado, pero una hora después ya estaba despierto, completamente mojado por el rocío, yerto de frío y tiritando. Me levanté y seguí andando hasta el pueblo vecino. Llegué cuando comenzaba a amanecer. Los segadores de alfalfa recorrían las estrechas callejuelas camino de su labor y los mozos soñolientos abrían las puertas de las cuadras. Todo respiraba un aire campestre que contribuyó a hacer más penosos mis sentimientos. Me repetí una vez más que mi deber habría sido seguir siendo campesino y con la cabeza baja atravesé el pueblo y seguí andando hasta donde los primeros rayos fuertes del sol me permitieron un reposo. Me eché en el borde de un hayal, sobre la hierba verde y dormí al sol hasta bien entrada la tarde. Cuando me desperté, con la cabeza llena de aromas del campo y el cuerpo molido por el largo tiempo que había estado echado en el santo suelo, me pareció que la fiesta, el paseo en barca y todo aquello, estaba tan lejano y era tan triste y extraño a mí como alguna novela leída meses atrás.

Permanecí tres días en el campo, curtiéndome la piel al sol y dudando entre regresar a la ciudad o volver a Nimikon para ayudar a mi padre en las faenas de aquella época del año.

Afortunadamente no fue tan grande el dolor como para empujarme a aquella decisión. Tras mi vuelta a la ciudad comencé por huir de la pintora como de la peste. Pero la cortesía y las conveniencias sociales no me pudieron mantener apartado mucho tiempo y tantas veces como tropezaba con ella y cambiamos alguna palabra, sentía que la angustia taponaba mi garganta.

IV

Lo que mi padre no había logrado años atrás, lo alcanzó aquella angustia de amor que me atenazaba. Me lanzó a la bebida.

Para mi vida y mi alma tuvo esto mucho más importancia que nada de lo que he contado hasta ahora. El dulce dios se convirtió en un fiel amigo mío y sigue siéndolo aún en la actualidad. ¿Quién es tan poderoso como él? ¿Quién es tan hermoso, tan fantástico, tan exaltado, tan alegre y tan melancólica al mismo tiempo? Es héroe y mago, seductor y hermano de los hombres. Logra lo imposible y llena sus pobres corazones de bella y maravillosa poesía. Colma las existencias vacías, abre horizontes y crea esperanza a las desesperanzadas, devuelve la confianza a las que están llenas de desesperación.

Así es el vino. Pero con él sucede lo que con todos los dones valiosos y con todas las artes. Desea ser amado, buscado, comprendido y conquistado con esfuerzo, poco a poco. Sólo unos pocos pueden lograrlo y el dios alegre juguetea con los débiles mientras se rinde a los fuertes. A los primeros los transforma de jóvenes en viejos y llega a matarlos o a apagar por completo en ellos la llama del espíritu. Pero a los segundos, en cambio, les infunde vigor y fuerza, tendiéndoles el puente de arco iris que ha de conducirles hasta las islas felices. Coloca almohadas bajo su cabeza cuando están cansados y les abraza con el amor de consuelo de una madre o de un amigo, cuando la tristeza hace presa en sus corazones. Y a su influjo se truecan las turbulencias de la vida en grandes mitos, mientras toca en su arpa la dulce canción de la Naturaleza.

Pero a pesar de eso sigue siendo un niño de cabello sedoso y rizado, hombros delgados y finos miembros. Se apoya en los corazones de sus favoritos, levanta el delgado rostro hacia el de ellos y los contempla largamente, con aire sorprendido y soñador en sus grandes ojos, en los que se reflejan recuerdos paradisiacos y perennes destellos de una divina infancia.

Y entonces se transforma el dulce dios en un remolino vertiginoso como los que agitan la tierra en las tormentosas noches de primavera. Semejante a un mar que meciera en sus olas a la tempestad y al sol conjuntamente, arrebatada a las almas de sus favoritos y las eleva a las alturas para hundirlas luego en el abismo.

Cuando habla con ellos, descubre ese tempestuoso mar de los secretos, de los recuerdos, de los presentimientos y la poesía. El mundo conocido se empequeñece y se pierde y el alma se precipita llena de regocijo en la inmensidad sin camino de lo desconocido, donde todo es extraño e íntimo a un tiempo y donde sólo se escucha el lenguaje de la música, de la poesía y del ensueño.

Pero antes de seguir adelante debo explicar todo lo que ocurrió.

Tras mi desengaño amoroso me sumí en una actividad febril. Pasé horas enteras estudiando y escribiendo y sólo de cuando en cuando escuchaba la música que tocaba Richard. Pero ni un día transcurrió sin su correspondiente dolor. Algunas veces me acometía cuando estaba en la cama y entonces rebullía nervioso, presa de una extraña angustia y lardaba mucho en conciliar el sueño. Otras se despertaba en mi interior cuando tropezaba con la Aglietti. Pero en general lo sentía al caer la tarde, cuando comenzaban las horas hermosas y un poco tristes de los crepúsculos veraniegos. Acostumbraba entonces a irme hasta el lago, coger una barca y remar hasta que el cansancio y el sueño me hacían casi imposible regresar a casa. Así es que iba a parar a una taberna o cualquier cervecería al aire libre. Allí probaba vinos diferentes, bebía y bebía sin tasa ni tino y en algunas ocasiones estaba al día siguiente medio enfermo.

Docenas de veces me prometí a mí mismo no volver a probar un solo trago y otras tantas rompí mi promesa y seguí bebiendo. Probé todos los vinos hasta bailar satisfacción en el tinto de Valtelina. Tenía un gusto áspero y excitante en el primer vaso, luego iba velando poco a poco las ideas hasta alcanzar una quieta soñolencia que se transformaba al poco en una maravillosa energía. Y el vino creaba y poetizaba entonces por sí mismo, sin que interviniera para nada mi voluntad. En aquellas ocasiones veía en torno mío a todos los paisajes que me habían gustado y me veía a mí mismo caminando a través de ellos, cantando, soñando y sintiendo en mi interior la plenitud de la vida. Y al final acababa por sentir una especie de tristeza indecisa, como si escuchara en la lejanía el eco de un nostálgico violín y tuviera la certeza de haber dejado escapar una gran felicidad que había estado persiguiendo largo tiempo.

Y poco a poco fui acostumbrándome a la bebida hasta no poder pasar sin ella. Entonces ocurrió que mis libaciones ya no fueron solitarias, sino que hallé por doquier generosas compañías. Tan pronto como estaba rodeado de gente, obraba el vino otros efectos en mí. Entonces me volvía hablador, aunque sin desbarrar y todo mi cuerpo se animaba a influjos de una extraña fiebre. Despertaba una parte de mí totalmente desconocida para mí y mi carácter se transformaba hasta el punto de hacerme agudo e irónico. Si había alguna gente cuya presencia me estorbaba, procuraba mofarme de ellos, tan pronto finamente y con habilidad como con grosería y rudeza, hasta que optaban por marcharse. Ya desde mis años infantiles había sentido bastante indiferencia por mis semejantes, pero a partir de aquel instante comencé a considerarlos bajo el ángulo crítico de mi ironía. Hallé placer en idear y explicar pequeñas historias o sucesos en los cuales se resaltaban con sátiras los defectos humanos y se consideraban irónicamente sus virtudes. Aun hoy desconozco de dónde me vino aquel tono menospreciable y acaso no me equivoque a pensar que surgió como un maligno absceso de mi propio interior. La propia vida se había encargado de enconarlo.

Si algunas noches me tocaba estar solo, volvían entonces mis pensamientos a la

pasada existencia y soñaba con montañas, estrellas y música triste.

En aquellas semanas de intenso trabajo escribí una serie de observaciones sobre la sociedad, la cultura y el arte de nuestros tiempos y las reuní en un pequeño librito, cuyo próximo origen eran las charlas en la cervecería y en la taberna. Y mis prolongados estudios históricos me proporcionaron un excelente material para dar a mis sátiras una especie de fondo sólido que les restó el aire frívolo y superfluo que hubieran podido tener.

A causa de aquel trabajo obtuve el grado de colaborador habitual de un gran periódico y casi al mismo tiempo aparecieron mis ensayos en forma de un volumen que tuvo bastante éxito. Todo aquello me animó a lanzar por la borda a la filología y comenzar un nuevo método de vida. Estaba ya en los últimos cursos y los requerimientos de varias revistas alemanas me alzaron desde la obscuridad y la miseria de los últimos años al círculo de los consagrados. Gané mi sustento, renuncié a la larga beca que me obligaba a determinados estudios y penetré decididamente en la vida del modesto literato.

Pero a pesar del éxito y de la satisfacción de mi vanidad, a pesar de las sátiras y el desengaño amoroso, sentía sobre mí, alegre y melancólico, el cálido brillo de la juventud. Pese a todas las ironías y todas las sátiras, seguía viendo en sueños una meta, una dicha, una mayor perfección delante de mí. Ni siquiera sabía lo que tenía que ser. Sentía tan sólo la sensación de que la vida debía poner a mis pies una dicha especial, con la liberación de los anhelos que me consumían y la elevación de mi alma. Era aún el paje que sueña con damas de corte, con torneos heroicos y grandes glorias.

Creía estar en el comienzo de un camino ascensional sin saber que todo lo que hasta entonces había vivido no habían sido más que casualidades y que a mi vida y mi alma les faltaba aún el profundo acorde propio. Yo no sabía que un anhelo me poseería, sin que ese anhelo tuviera como límite y contenido el amor a la gloria.

Y así viví mi gloria pequeña y algo áspera con todas las fuerzas de mi juventud. Me placía sentarme en compañía de hombres inteligentes, con un vaso de buen vino delante de mí y ver cómo sus ojos se abrían y en sus rostros aparecía un gesto de interés en cuanto yo despegaba los labios para hablar. Algunas veces me alegraba también el examen de la inquietud que llenaba todas aquellas almas y los caminos tortuosos que elegían para satisfacerla. Era tenido por tonto y casi por anormal el creer en Dios, pero en cambio se creía en muchos maestros y en muchos nombres; en Schopenhauer, en Buda, en Zarathustra y muchos otros. Existían poetas jóvenes y desconocidos capaces de sumirse en solemnes devociones ante estatuas y pinturas. Se habrían avergonzado de arrodillarse ante Dios, pero permanecían largo rato postrados ante el Zeus de Otricoli. Había ascetas que se atormentaban con la continencia y cuyo Dios se llamaba Buda o Tolstoi y artistas que se estimulaban a si mismos por medios

artificiales y hablaban de la independencia de las líneas musicales y de los acordes del color. Estaban siempre al acecho de la «nota personal», que para los más no era más que un pequeño y discreto atisbo de locura o de excentricidad y se esforzaban en remarcarla a todas horas y en todos los momentos, En el fondo, toda aquella comedia era para mí divertida y risible, pero algunas veces me paraba a pensar con horror cuántos anhelos serios y verdaderas fuerzas anímicas se perdían y consumían en toda aquella ridícula afectación.

Entre todos los más fantásticos poetas, artistas y filósofos que conocí en aquella época no supe de ninguno que hubiera realizado algo notable. Había entre ellos un alemán del Norte de igual edad que yo, que era de una delicadeza y sensibilidad extraordinarias para todo lo que tuviera algo que ver con el arte. Su figura no desmentía su carácter y era de aspecto frágil y enfermizo. Se tenía por uno de los grandes poetas del futuro y confieso que su vanidad era bastante fundada. Escuché un par de veces la lectura de sus poemas y aún conservo en mi memoria la idea de algo extraordinariamente vaporoso, de una rara belleza y una riqueza de imágenes como hasta entonces no había nunca escuchado. Quizá era el único entre todos nosotros que habría podido llegar a ser un verdadero poeta. Casualmente conocí luego su corta historia. Temeroso de un mal éxito literario, se sustrajo a toda publicidad y fama y cayó en manos de un mecenas bribón que, en vez de animarle a la labor, le arruinó y aniquiló en él toda inquietud creadora. Por deseo del rico señor ejercitó con damas históricas un embaucamiento ascético, ascendió con presunción a la categoría de conocido héroe y por último la música de Chopin y los éxtasis prerrafaelísticos le fueron sumiendo sistemáticamente en el abismo de la locura.

Sólo puedo acordarme con espanto y compasión de todo aquel pintoresco conjunto de poetas bien peinados y artistas incomprendidos, de espíritus torturados por el pecado de la vanidad o la soberbia, que conocí en aquellos años de mi vida. Desde el primer momento comprendí lo peligroso de su trato y sólo mi cazurrería aldeana y mi carácter de montañés pudieron preservarme del contagio y evitar que me volviera como ellos.

Mucho más noble y dichosa que la gloria, el amor, el vino o la sabiduría, fue mi amistad. Ella sola iluminó aquella época de mi vida y prestó color y alegría a mis años juveniles de estudiante. Aún hoy sé que en el mundo no hay nada más delicioso que una amistad leal y verdadera entre hombres y si al recuerdo de los días pasados me acomete algo parecido a la nostalgia de la juventud, únicamente se lo debo a aquella amistad de estudiantes.

Desde los principios de mi amor por Erminia me había apartado un poco de Richard. Al principio lo hice sin darme cuenta, pero algunas semanas después reparé en ello. Se lo confesé, él me descubrió que había adivinado toda la desgracia y me dijo que no debía tomármelo con tanta gravedad. Aquellas mutuas confesiones

volvieron a unírnos y sin volver a aludir los motivos que nos habían mantenido distanciados, reanudamos nuestra normal existencia. En todos mis recuerdos de entonces está presente la imagen de mi amigo Richard. Era hermoso y alegre de cuerpo y alma y la vida no parecía tener para él sombra ninguna. Conocía las pasiones y las locuras de la edad, pero todas parecían resbalar sin consecuencias por su exterior. Su andar, sus palabras y su ser entero era flexible, cordial y amable. ¡Aún recuerdo su risa!

Tenía poca comprensión para mi afición a la bebida. Acostumbraba a acompañarme en algunas ocasiones, bebía dos vasos apenas y contemplaba mi enorme consumo con sencilla admiración. Pero cuando se daba cuenta de que la melancolía volvía a ganarme y de que me atenazaba de nuevo la angustia del recuerdo, hacía música para mí, me leía alguna cosa o me acompañaba en los largos paseos que yo acostumbraba a hacer a la hora del crepúsculo. Nuestras pequeñas excursiones nos alborotaban como si fuésemos colegiales. Un día anduvimos hasta el mediodía, hora en que nos tendimos a descansar en un valle boscoso. A los pocos momentos ya estábamos echándonos el uno al otro agujas de pino mientras recitábamos versos y canturreábamos canciones. A pocos pasos se deslizaba rumoroso un arroyo y no transcurrió mucho rato sin que estuviéramos sumergidos en el agua fresca. Richard tuvo entonces la idea de representar un drama. Se echó sobre una roca musgosa y dijo que era Lorelei, mientras yo hacía las veces de barquero y remontaba la corriente como si navegara. Desde su roca, mi amigo comenzó a hacer gestos y muecas, imitando tan grotescamente a una pudorosa doncella, que no pude contener la risa y estallé en ruidosas carcajadas. En aquel instante se escucharon voces en las inmediaciones y vimos aparecer entre los árboles a un grupo de turistas. Nos ocultamos entre la maleza de la orilla y desde nuestro escondrijo comenzó Richard a hacer los ruidos más variados. Gruñó, silbó, siseó y gritó. Los turistas se detuvieron, miraron a su alrededor, volvieron la cabeza una y otra vez y estuvieron a punto de descubrirnos. Entonces mi amigo se zambulló en el arroyo, sacó la cabeza del agua y exclamó con voz honda y entonación sacerdotal:

—¡Seguid en paz vuestro camino!

Luego volvió a hundirse y nadó entre dos aguas hasta nuestro escondrijo.

Al alcanzarlo me dijo con toda seriedad:

—Esto ha sido también una alegoría.

—¿Cuál? —pregunté.

—Pan asustando a los pastores —dijo jovial.

—Lo malo es que había algunas mujeres entre ellos.

Escenas parecidas se repetían en nuestra vida de estudiantes. Richard llenaba por completo mi existencia, aunque se mantuviera casi apartado de mis estudios históricos. Pero, sin embargo, llegó a compartir mi veneración por la figura de

Francisco de Asís, a pesar de que algunas veces se permitiera bromas que llegaban a indignarme. A los dos nos entusiasmaba el divino padecer del santo, su peregrinación por los campos de Umbría, su amor por las criaturas de Dios y su caridad inagotable para con sus semejantes. Leíamos juntos su imperecedero canto al sol y lo sabíamos casi de memoria. Un día regresamos a casa cruzando el lago en un barquichuelo a vapor de los que hacían el servicio entre ambas orillas. La brisa crepuscular agitaba las aguas, en las que reverberaba el sol poniente. Richard me preguntó en voz baja:

—¿Cómo lo describe el santo?

Y yo cité:

Laúdato si, mi Signore, per frate vento e per aere e nubilo et sereno et onne tempo!

Algunas veces se turbaba aquella paz fraterna que nos unía y discutíamos y nos peleábamos, en ocasiones durante un día entero. Richard acostumbraba entonces a prodigarme, medio en serio y medio en broma, una larga serie de epítetos y era tan infantil su indignación que al verle no podía contener la risa consoladora que terminaba con todas nuestras diferencias. Mi amigo sólo mostraba alguna seriedad cuando escuchaba o tocaba su música preferida. Aun entonces se interrumpía en alguna ocasión para hacer un chiste o alguna aguda observación y sin embargo su amor por el arte era de una completa entrega y su sentido para lo auténtico y lo importante me parecía absolutamente infalible.

Sabía ejercer maravillosamente el arte fino y tierno del consuelo, de la ayuda o el auxilio discreto, cuando alguno de sus amigos se hallaba en una necesidad. Si me hallaba de mal humor por cualquier causa o veía que me estaba abandonando de nuevo a la nostalgia, me entretenía con cien mil chistes y anécdotas regocijantes. Yo le escuchaba en silencio, casi sin prestar atención a sus palabras. Pero había en el tono de su voz algo tan calmante y sereno, que no sabía resistirme al encanto y mal humor o nostalgia me abandonaban poco a poco.

Me tenía un poco de respeto porque yo era mucho más serio que él. Pero lo que más le imponía era mi fuerza física. Hablaba de ello con los otros conocidos y se mostraba orgulloso de tener un amigo que habría podido ahogarle con una sola mano. Pero no se crea que eso era signo de debilidad. Daba gran importancia a los ejercicios corporales y ambos jugábamos al tenis, remábamos o nadábamos, hacíamos carreras y no me dio un instante de reposo hasta que supe jugar al billar como él. Era su juego preferido y no lo jugaba con aires de gran maestro consumado, sino que gustaba mostrarse alegre y vivaz mientras duraba la partida. Muy a menudo daba a las tres bolas nombres de gentes conocidas y a cada golpe de taco hacía comentarios mordaces y burlescas comparaciones. Pero el juego acababa por abstraerle y entonces daba gusto seguir la partida hasta el final, que las más de las veces era victoriosa.

No apreciaba más que yo mismo mi recién adquirida profesión de escritor. En una ocasión llegó a decirme con aire cordial:

—Siempre te tuve por un escritor y sigo manteniendo mi opinión. Pero no a causa de tus folletines, sino porque presiento en tu interior algo hondo y bello que saldrá a flor de piel tarde o temprano. Y entonces habrás creado un verdadero poema.

Entretanto fueron transcurriendo los semestres y deslizándose el tiempo como pequeñas monedas entre los dedos de una mano pródiga. Llegó el instante en que Richard tuvo que pensar en un regreso a su patria. Aprovechando las vacaciones hice un recorrido por los Alpes berneses, pero eran los primeros días de la primavera y hacía aún mal tiempo para la alta montaña. Mi amigo se quedó en la ciudad y mientras yo me rompía la cabeza buscando soluciones para retrasar su partida, escribió a su padre y me preparó en el mayor silencio una gran sorpresa. Un día entró en mí buhardilla y con gran prosopopeya me invitó a acompañarle en calidad de gula a un viaje por el norte de Italia.

El efecto fue completo y mi corazón latió sorprendido y gozoso. El deseo mil veces repetido desde mis lejanos tiempos de muchacho iba a hacerse realidad. Sin poder apenas creerlo, comencé a hacer mis preparativos con aire febril. Enseñé a mi amigo unas cuantas palabras en italiano y hasta el mismo día anterior a la partida temí que alguna causa imprevista nos obligara a suspender el viaje.

Nuestro equipaje nos precedió hasta la primera ciudad italiana. Sentados en el vagón vimos sucederse los campos verdes y las colinas primeramente, luego el lago de Uri y el San Gotardo, los montes nevados del Tessino y por fin las primeras y obscuras casas de piedra entre los dilatados viñedos. El tren siguió por las orillas del lago y a través de la ubérrima Lombardía hasta alcanzar las llanuras fértiles que anteceden a la ciudad de Milán.

Richard no se había hecho una idea de la catedral milanesa, creyendo sin duda que iba a ver una antigua y famosa obra más, y fue regocijante su sorpresa y desilusión ante ella. Pasado el primer asombro hizo gala de aquel excelente humor que le caracterizaba, se le ocurrió la idea de subir hasta el tejado para pasearse entre las estatuas que adornaban el pináculo. Permanecimos casi dos horas sobre la plataforma de mármol, brillante al sol de aquel día de abril. Richard estuvo largo rato en silencio y luego habló casi quedamente:

—En el fondo no tengo nada en contra de las desilusiones. Semejantes a la que he sufrido con esta obra de locos. Durante todo el viaje estuve sintiendo un cierto temor de las grandes obras de arte que íbamos a contemplar y de lo empequeñecidos que nos íbamos a sentir ante ellas. Pero ahora veo que me había equivocado y apenas puedo contener la risa ante esta creación tan humana. —Y diciendo esto abarcó con un gesto a la catedral. Luego las estatuas que nos rodeaban, le inspiraron toda clase de barrocas fantasías.

—Es presumible —dijo con una sonrisa— que allá, sobre la torre del coro, en su punta más alta estén colocados también los santos más distinguidos y altos. Y como no debe ser muy divertido estar eternamente en equilibrio, como un pétreo volatinero, es justo que el santo vuelva al cielo pasado un tiempo. ¡Y ahora piensa conmigo el espectáculo que se da cada vez que esto sucede! Cada uno de los restantes avanzará un puesto, siempre según su rigurosa jerarquía y cada cual tendrá que dar un salto para alcanzar el pináculo de su predecesor, todos con gran prisa y cada uno *jalous* hacia todos los que están delante de él.

Tantas veces como volví a Milán en mi vida, me acordé de aquella tarde y siempre me pareció ver a los cientos de imágenes saltando de pináculo en pináculo para alcanzar el turno de regreso al cielo. Y otras tantas se dibujó en mis labios una sonrisa melancólica y dolorosa. Me acordaba de Richard.

Siempre permanecerán también en mi memoria los días de mi estancia en Génova. Me acuerdo de un día claro y ventoso, poco rato después del mediodía. Yo estaba apoyado en una ancha balaustrada, detrás de mí estaba la pintoresca ciudad y ante mis ojos tenía el ancho mar. El mar con oscuros rugidos e incomprensibles anhelos me salió al encuentro, perenne e inmutable, y yo me apercibí de que algo me ataba ya por vida y muerte a aquel mar azul y atrayente.

El vasto horizonte me causó también gran impresión. Volví a ver en él, como en mis tiempos infantiles había visto en la inmensidad azul del cielo, un anhelo de lejanía. De nuevo tuve la convicción de que yo no estaba hecho para la vida hogareña y reposada entre los hombres, en el seno de las ciudades y de la casa, sino para la libre existencia en las montañas o el continuo navegar por el mar y el oscuro impulso volvió a surgir en mi, el viejo y melancólico anhelo de echarme en el pecho de Dios y hermanar mi minúscula vida con lo infinito y lo perenne.

En Rapallo nadé por vez primera en las aguas del mar, gusté la áspera agua salada y me abismé en las delicias de sentirme mecido por las olas y besado por los rayos del sol sobre la arena fina de la playa. Contemplé en la lejanía el paso de los barcos, velas blancas y oscuros mástiles o la bandera de humo de un vapor, y después de mis queridas nubes; no sé ninguna imagen que refleje con tanta fidelidad el anhelo de viaje y de lejanía, como un barco que poco a poco, se va empequeñeciendo, hasta desaparecer por completo tras la línea del horizonte.

Y llegamos a Florencia. La ciudad era tal como yo la había visto ya en cien cuadros y mil sueños: luminosa, extensa, cruzada por el río de aguas verdes y rodeada de un cinturón de colinas. La torre atrevida del «palazzo vecchio» parecía querer horadar el azul del cielo y todas las colinas circundantes tenían los colores blanco y rojo de la flor de sus árboles frutales. La vida toscana, con su animación y su inocencia, me pareció al principio una maravilla y luego me hallé en ella mucho más a gusto que si estuviera en mi propia casa. Perdíamos los días vagando por iglesias,

plazas, callejas, logias y mercados y por las noches soñábamos en los jardines de las colinas, donde ya florecían los limoneros o en las pequeñas tabernas donde se servía el «chianti». También pasamos horas inolvidables en los museos, en los conventos, en las bibliotecas y en las sacristías y tardes de eterno recuerdo en Fiesole, San Gimignano, Settignano y Prato.

Tras un atinado concierto entre los dos, dejé a Richard por espacio de una semana y recorrí, solo como en los años de mi juventud, toda la ondulada campiña de Umbría. Seguía las huellas de San Francisco y en muchas ocasiones me pareció que el santo caminaba a mi lado, llena el alma de desbordante amor por cada pájaro, por cada arroyo, por cada rosal silvestre de los que crecían en las lindes del camino. Atravesé los pueblos claros y alegres, haciendo noche unas veces en ellos y otras andando hasta la salida del sol, en que caía rendido en un prado y dormía hasta bien entrada la tarde. Anduve cantando y sintiendo en mi interior toda la poesía de aquellos días. Festejé la Pascua en el mismo Asís, asistiendo a los oficios religiosos en la propia iglesia de mi amado santo.

Recuerdo con nostalgia aquella semana pasada en alegre caminar y me parece que los ocho días fueron coronación y crepúsculo de mi juventud. Cada día elevaba un himno de gracias al Señor por haber puesto en la tierra a las flores, a la hierba, al agua de los arroyos y de las fuentes y contemplaba el paisaje primaveral creyendo estar mirando en los propios ojos de Dios.

Si dediqué los días de mi recorrido por Umbría para reverenciar el recuerdo de Francisco de Asís, el «músico de Dios», en Florencia disfruté del constante recuerdo de la vida del *Quattrocento*. Ya en Zurich había escrito algunas sátiras sobre la forma de nuestra existencia actual, pero en Florencia me di cuenta por vez primera de toda la risible ridiculez de nuestra moderna cultura. Y también allí me acometió la sospecha de que acaso mí sino fuera ser durante toda mi vida un extraño para aquella sociedad a la que pertenecía. Y entonces sentí despertar en mí el deseo de la huida y durante unos días estuve tentado de quedarme en el Sur. Allí podía departir libremente con los hombres, allí alegraba mi ánimo la franqueza y la serenidad de la existencia, sobre la que resplandecía la tradición de una cultura y una historia clásicas.

Las semanas transcurrieron raudas y los últimos días de nuestra permanencia en Italia fueron melancólicos hasta para el propio Richard. Arrogantes y gozosos apuramos hasta la última gota de belleza y placer. Recorrimos el campo en todas direcciones y trabamos amistad con venteros, con monjes, con muchachas campesinas y modestos curas de pueblo, merendamos con las sencillas gentes de las aldeas, comimos pan y fruta con cualquier rapaz requemado y contemplamos las alturas de Toscana bañadas por la luz incomparable de la primavera, con el mar de Liguria como fondo azul e inamovible. Y ambos tuvimos entonces el mismo

sentimiento de fortaleza, sintiéndonos capaces de abandonar aquella molición feliz para salir al encuentro de una nueva vida. Trabajo, lucha, placer y gloria eran cosas que nos parecían tan cercanas y seguras que degustábamos los días felices sin ninguna prisa. Tampoco sentíamos angustia ante la cercana separación, que nos parecía fácil y transitoria, pues sabíamos con mayor seguridad que antes que nos éramos necesarios el uno al otro y que los dos teníamos nuestra existencia segura.

*

Esta es la eterna historia de mi juventud. Cuando pienso en ella, me parece que fue tan breve como una noche de verano. Un poco de música, un poco de espíritu, un poco de amor y un poco de vanidad. Pero todo ello hermoso, rico y lleno de colorido, como una fiesta eleusina.

Y se apagó, rápida y mezquina, como una llama al viento.

En Zurich se despidió Richard de mi. Dos veces descendió del vagón para besarme y desde la ventanilla siguió diciéndome adiós con la mano hasta que el tren salió de la estación.

Dos semanas después se ahogó bañándose en un pequeño río de Alemania del Sur. No volví a verlo jamás y tampoco asistí a su entierro, pues me enteré de todo, dos días después, cuando ya el ataúd estaba en la fosa. La mala nueva me causó tal impresión que creo que pasé muchas horas echado en el suelo de mi cuarto, maldiciendo del destino y de la vida, llorando e increpando con furia. Hasta entonces no me había parado a pensar nunca que mi único goce de aquellos años había sido la amistad. Y ésta había desaparecido para siempre.

No pude soportar largo tiempo la ciudad, donde diariamente me salían al encuentro los recuerdos y donde la presencia constante de todo aquello que había sido común a mi amigo y a mí, me robaba el aire. Lo que sucedió después, me fue completamente igual; sentí que estaba gravemente afectado y tuve horror a todo lo vivo que me rodeaba. Dios había querido que los mejores años de mi vida se vieran aureolados con el nimbo de una amistad pura y alegre. Richard y yo habíamos sido como dos barcas flotando en el mar de la vida. Él la más veloz, la más viva y multicolor, la más alegre, en la que estuvieron siempre fijos mis ojos y en la que puse mi más absoluta confianza para alcanzar puerto seguro. Pero se hundió súbitamente y yo seguí dando vueltas, sin rumbo ni timón, por las aguas procelosas.

Para subsistir de la dura prueba, habría tenido que volver mí mirada a las estrellas, variar la ruta y comenzar una nueva singladura. Habla creído en la amistad, en el amor de las mujeres y en la juventud. Una y otra me habían abandonado. ¿Por qué no creer en Dios y entregarme a su mano generosa? Pero yo habla sido durante mi vida obstinado y terco como un niño y seguí esperando el milagro de una existencia propia, que me hiciera rico y poderoso y me alzara en sus alas hasta las

alturas de la felicidad.

Pero la esperada existencia no hizo mi juego, sino que aguardó a que me convirtiera en un ser insignificante y paciente para vencer mi obstinación. Dejó que representara mi comedia de orgullo y vanidad y supo esperar hasta el instante en que el niño perdido quiso volver al seno de su madre.

V

Y tengo una época de mi vida, mucho más movida y pintoresca en apariencia que la anterior y quizá parecida a una novela de moda. Tendría que explicar cómo fui solicitado como redactor por un gran periódico alemán. Cómo deseé para mi pluma demasiada libertad, fui por ello censurado y me vi embrollado en un delicado asunto. Cómo me acusaron de borracho hasta hacerme abandonar el puesto que ocupaba y marchar a París como corresponsal. Cómo vagué y viví como un gitano en ese maldito nido, perdiendo el tiempo, malgastando dinero y frecuentando los más diversos y opuestos ambientes de la capital.

Y no se me tache de cobarde si hago una pausa ante mis lectores y soslayo todo lo referente a esa corta época. Reconozco haber seguido muchos caminos falsos, haber sufrido muchos extravíos, haber visto mucha suciedad y mugre e incluso haber estado sumido en ella. Pero desde entonces he perdido el sentido de ese romanticismo de la «bohème» y hay que permitirme que sólo quiera acordarme de lo limpio y lo bueno, que era también mi verdadera vida, dejando a un lado el tiempo perdido y la energía malgastada en otras cosas.

La estancia en París fue horrible. La propia capital no era más que una mezcla de arte, política, literatura y prostitución, en la que vivían su lánguida y ruidosa existencia infinidad de artistas, literatos, políticos y mujeres equívocas. Los primeros eran tan fastidiosos y estaban tan llenos de vanidad como los segundos, los políticos eran aun más vanidosos e inoportunos y las prostitutas ganaban a los anteriores en las mismas cualidades.

Me senté una noche en el «Bois», tratando de decidir entre marcharme de París o abandonar al mismo tiempo la capital y la vida. Y por primera vez en mucho tiempo, volví a recordar toda mi existencia y llegué a la conclusión de que no tenía mucho que perder.

Pero cuando iba ya a decidirme, me vino a la memoria el recuerdo de un día muy lejano, casi perdido ya entre las brumas del olvido. Era una madrugada de verano en la casa paterna y yo estaba arrodillado ante una cama en la que yacía mi madre moribunda.

El pensamiento me llenó de temor y de vergüenza. Temor de la muerte y vergüenza de haber olvidado aquel día durante tanto tiempo. Se disiparon los estúpidos deseos del suicidio y me sentí mucho mejor. Ningún hombre entero puede seguir considerando seriamente la cobardía de quitarse la vida, si ha visto apagarse alguna vez una existencia sana y buena. Volví a ver con los ojos el recuerdo, la muerte de mi madre. Volví a ver sus facciones alteradas por el lento trabajo de la muerte y sus manos exánimes. Su rostro, agrio y cansado, pero transido en un aire de

bondad, como si la muerte fuera una madre solícita que quisiera arrullarla en su regazo.

Su ejemplo hizo que considerara en aquellos instantes a la muerte como una hermana solícita, inteligente y buena, que conoce la hora justa y a la que debemos esperar con confianza. Y comencé a comprender también que el dolor, los desengaños y la melancolía no existen para molestarnos, para sumirnos en un abismo de desasosiego e inutilidad, sino para poner a prueba nuestro temple y madurar nuestro ser.

Ocho días después facturé mis baúles para Basilea y me eché a andar, recorriendo los más bellos parajes del sur de Francia. Ya cada día transcurrido sentí alejarse de mí los recuerdos de las desgraciadas semanas pasadas en París. Concurrí a una *cour d'amour* y pernocté en castillos, en molinos y en chozas, Trabé amistad con los campesinos y bebí el vino soleado y caliente en compañía de aquellos mozos morenos y parlanchines.

Magro, andrajoso y requemado por el sol, llegué a Basilea dos meses más tarde, con el alma tan cambiada como mi propia apariencia exterior. Aquél fue mi primer gran recorrido de caminante, el primero de una larga serie. Existen pocos lugares entre Basilea y Brieg, entre Florencia y Perugia, que no haya hollado dos o tres veces con mis botas, caminando tras muchos sueños, de los cuales ninguno se ha hecho realidad.

*

En Basilea alquilé un piso en los suburbios, reuní allí todos mis enseres y comencé a trabajar. Me alegraba vivir en aquella callada ciudad, donde nadie me conocía. Continué las relaciones con algunos periódicos y revistas y con ello tuve lo suficiente para vivir. Las primeras semanas fueron apacibles y llenas de tranquilidad, pero luego volvió a despertarse en mí la vieja tristeza, que me llenó días y semanas enteras, sin que consiguiera disiparla el constante trabajo. Quien no haya sentido en su alma la melancolía, no podrá comprender lo que eso representa. ¿Cómo describirlo? Tenía una sensación de horrible soledad y me apercibía de que entre los hombres y yo, entre la vida de la ciudad, de las plazas, de las calles, de las casas y mi propia existencia, se abría un ancho abismo. Todo me era indiferente. Las grandes noticias que publicaban los periódicos, las desgracias que ocurrían en la ciudad o entre el círculo de mis relaciones, ¿qué importaban? Se celebraban fiestas, se enterraban muertos, nacían nuevas vidas, se daban conciertos, recepciones. ¿Y todo ello por qué? ¿Para qué? Tampoco pude resistir mucho tiempo aquel tormento prolongado y reanudé mis largos paseos solitarios por los bosques, las carreteras y las colinas. Contemplaba mudo el paisaje. Los prados, los árboles y los campos callaban como sumidos en un silencioso dolor. Y yo me complacía en adivinar en ellos el

deseo de decirme algo, de salir a mi encuentro y saludarme. Pero seguían allá, sin poder decir nada y yo comprendía su dolor y me sentía conmovido, ya que nada podía hacer por evitarlo.

Fui a visitar a un médico, le llevé unas amplias notas y traté de describirle con toda clase de detalles el abatimiento que había hecho presa en mí. Leyó las notas atentamente, me hizo algunas preguntas y después me practicó un reconocimiento.

—Está usted completamente sano —aseguró luego—, no tiene nada que pueda ser identificado como una dolencia corporal. Intente usted leer mucho o escuchar buena música.

—Mi profesión me obliga a leer diariamente una multitud de cosas —respondí con una sonrisa.

—Entonces haga algún ejercicio al aire libre. Quizá sea necesario a su espíritu el movimiento del cuerpo. Ande usted mucho.

Volví a sonreír.

—Ando de tres a cuatro horas diariamente y en época de vacaciones, el doble aproximadamente.

—Entonces tiene usted que obligarse a sí mismo el trato con las demás personas. Está a punto de caer en una exacerbada melancolía que le inspirará un gran desdén por todo lo humano.

—¿Y qué importa eso?

—Importa mucho. Cuanto mayor sea su disgusto de conversar, de tratar y departir con las demás gentes, más grande debe ser el deber que le obligue a hacerlo. Todavía no está enfermo y sus melancólicas inclinaciones me parecen de fácil arreglo, pero si no deja de mostrarse tan abatido y termina con su pasiva holganza, acabará por estar al borde de la neurosis.

El médico era hombre comprensivo y bondadoso. Supo calar la hondura de mi mal y me presentó a un erudito, en cuya casa se vivía una existencia consagrada a la literatura y los valores del espíritu. Frecuenté sus salones una corta temporada. El dueño de la casa, que conocía ya de antemano mi nombre, era de una amabilidad afectuosa y me acogió siempre con grandes muestras de agrado.

Una fría tarde de otoño fui como de costumbre y hallé tan sólo un joven historiador y una muchacha morena y muy delgada. Aparte de ellos no había ningún invitado más. La muchacha estaba al cuidado del infiernillo de alcohol donde hervía el agua para el té, hablaba mucho al mismo tiempo y no cesaba de gastar algunas veladas ironías al joven historiador. Sirvió el aromático brebaje y luego se puso a tocar el piano. Cuando se cansó de teclear, tomó asiento a mi lado y me dijo que había leído mis sátiras, pero que se sentía incapaz de degustadas. Me pareció sensata y le respondí con amabilidad. Charlamos brevemente y, aunque su conversación era agradable, regresé pronto a casa.

Entretanto se había hecho ya del dominio público mí prolongado vagar de taberna en taberna y todos me tenían por un borracho consuetudinario. No me extrañaba que el chisme hubiera surgido en aquella sociedad académica que acostumbraba a frecuentar y menos aún que se fuera extendiendo por boca de los hombres y mujeres que la componían. Con el cambio de ciudad, mi profesión no se resentía en lo más mínimo del vergonzoso descubrimiento, que por otra parte me hacía más interesante, pues inspirados precisamente por la temperancia, damas y caballeros pertenecían al comité de la asociación para la continencia y se alegraban de que cayera en sus manos un pecador. Un día tuve que soportar el primer ataque cortés. Se me demostró toda la ignominia de la vida tabernaria, todos los defectos del alcoholismo, su nefasta influencia desde el punto de vista sanitario, ético y social y fui invitado a participar en una fiesta conmemorativa de la asociación. A duras penas pude contener la extrañeza que me causó todo aquello, pues hasta entonces no había tenido ni una idea de la existencia de tales asociaciones. La sesión conmemorativa, con su música y sus ribetes religiosos, fue más cómica que otra cosa y bastantes veces llegué a arrepentirme de haber asistido a ella. Durante una semana entera estuve oyendo la misma cantinela que llegó a causarme un atroz aburrimiento. La asociación para la continencia sólo sabía repetir una retahíla interminable de tópicos que yo me sabía ya de memoria. Una tarde, cuando me repetían por vigésima vez la misma canción y se mostraban deseosos de mi pronta conversión, no pude contener mi desespero y rogué con energía a mis interlocutores que me eximieran de la constante salmodia. La muchacha morena y delgada, que estaba también presente, escuchó con atención mis protestas, y me dijo muy afectuosa:

—¡Bravo! Yo siempre lo creí demasiado discordante para que usted apreciara la propuesta.

Tan obsesionante llegó a ser la actividad de aquella dichosa asociación, que me causó gran placer ser espectador de un divertido lance que ocurrió en el curso de una solemnidad de los abstemios. La gran junta había dispuesto la recepción de los invitados, que tuvimos que asistir a los actos conmemorativos y soportar conferencias, desfiles, cantos de coros y gozosos «hosannas» con que fue festejada la buena marcha de todas las cosas. Pero a uno de los mozos de cuerda, cuyos servicios habían sido alquilados como abanderado, le parecieron demasiado largas las charlas abstemias y se entró en una taberna vecina. Y cuando terminó la conferencia y dio principio a un desfile demostrativo por las calles de la ciudad, fue dado presenciar a un alegre borracho a la cabeza de la entusiasta tropa y contemplar el bamboleo de la bandera de la cruz azul, que en sus manos parecía el mástil de un barco azotado por furiosa tempestad.

El infiel mozo de cuerda fue despedido, pero no pudo ser evitado el hormigueo de las humanas vanidades, pasiones e intrigas, alzadas y alentadas en el seno de las

juntas y comisiones y que llegaron a provocar cismas y escisiones en el seno de la asociación. El movimiento se resquebrajó, un par de ambiciosos quisieron llevarse para sí toda la gloria y acusaron al resto de traición en los ideales. Colaboradores respetables y desinteresados fueron separados de sus puestos y en breve tuvimos todos ocasión de ver cómo bajo la etiqueta del ideal se encubrían toda clase de humanas flaquezas. Seguí tan de cerca toda aquella comedia, que muchas noches, tras un total retorno a la bebida, se me ocurrió el pensamiento de que nosotros, los salvajes, los despreciables, los hundidos en el cenagal, éramos, al fin y al cabo, mejores que los demás hombres.

En mi pequeña y cómoda habitación con ventanas al Rin, filosofaba y estudiaba continuamente. Me causaba gran desconuelo contemplar el plácido deslizamiento de mi vida, sin que ningún desbordado torrente me arrastrara, sin que ninguna pasión o ningún interés por algo turbara mi reposo, ni me quitaran el pesado sueño. Es verdad que al lado de los artículos diarios, trabajaba en la preparación de una nueva obra, pero aquello no era en verdad un trabajo de creación y sí una simple recopilación que no bastaba para satisfacer la inquietud de mi espíritu. Y cuando mi pensamiento retrocedía a las horas pasadas y recordaba París, Berlín y Zurich, comenzaban a hacérseme claros los deseos, las pasiones y los ideales de mis contemporáneos. Unos dedicaban sus esfuerzos a la abolición de los muebles, los trajes y los tapices utilizados hasta entonces, acostumbrando a los hombres a los contornos libres y bellos. Otros se abstraían por completo de la labor de ampliar el monismo en caracteres y dicciones populares. Otros consideraban de la mayor necesidad su trabajo por la paz del mundo, mientras otros luchaban por los estamentos inferiores de la sociedad o hacían reuniones y conferencias para que los teatros y los museos fueran construidos y abiertos para el pueblo. Y allí, en Basilea, se combatía con saña el alcohol.

En todas aquellas ambiciones había vida, impulso y movimiento, pero ninguna de ellas me parecía importante, y mi existencia no habría sufrido aún en el caso de que algunas hubieran alcanzado su meta. Me dejé caer desesperanzado en una silla, hojeé algunos libros con languidez y permanecí mucho rato pensativo. Luego escuché el rumor de las aguas del Rin al pasar frente la ventana y el zumbido del viento y en ambos hallé un eco de nostalgia y de tristeza. Miré al exterior y vi pasar las nubes oscuras por el cielo nocturno, semejantes a bandadas de pájaros siniestros que atravesaban la noche. Otra vez escuché el ruido de la corriente del río y mi pensamiento voló lejos. Me vi a mí mismo trepando por las rocas y descendiendo por los riscos del barranco en busca de los rododendros para Rosi Girtanner, volví a verme en Zurich, excitado por el ajetreo diario de mis tiempos estudiantiles, devoto incondicional de los libros y de la música, navegando por las aguas nocturnas del lago con la Aglietti, desesperado y abatido por la muerte de Richard, viajando y

regresando, caminando sin descanso y reposando inmóvil, como si estuviera muerto. ¿Y todo aquello por qué? ¿Para qué? ¿Había sido sólo un juego, una casualidad, una imagen bellamente iluminada? ¿No había buscado inútilmente la belleza, la verdad y el amor? ¿No me seguía atormentando la ola constante del anhelo y del amor? ¡Y todo para nada! ¡Sólo tormento mío y satisfacción de nadie!

Cesaron los pensamientos y me sentí maduro para la taberna. Apagué la luz, descendí despacio los gastados escalones de madera y tras un corto camino, entré en la taberna donde servían a cualquier hora el vino de Valtelina y el mosto vaudés. Me recibieron con respeto, como un buen cliente, preparándome la silla donde me dejé caer con desgana. Cogí el «Simplizissimus», que solía llenarme de irritación cada vez que lo leía, bebí mi vino y aguardé a que hiciera su efecto, Y el dulce dios no tardó en tocarme con su mano blandamente femenina, relajando mis miembros y mis músculos y conduciendo mi alma hasta el país de los bellos ensueños.

Yo mismo era el primer sorprendido de mi trato áspero y descortés con toda la gente y de la especie de satisfacción que sentía en atropellarles. En las tabernas que frecuentaba, las camareras se atemorizaban delante de mí y me tenían por un paleta y regañón que acostumbraba a reclamar eternamente. Si trababa por casualidad conversación con los demás concurrentes, no tardaba en mostrarme burlón, y grosero, de tal modo que abandonaban todo trato conmigo y en lo sucesivo no volvían a dirigirme la palabra. Pero a pesar de mi aspereza, entablé alguna amistad con unos cuantos compañeros de taberna, viejos e insalvables pecadores, con quienes me sentaba de cuando en cuando alguna noche. Entre ellos había un viejo escabroso, dibujante según él, enemigo de las mujeres, rudo, mal educado y bebedor de primera clase. Cuando le hallaba solo en cualquier taberna, se entablaba entre nosotros un mudo duelo a ver quién bebía más. Al principio charlábamos, bromeábamos y nos gastábamos mutuamente algunas bromas, mientras vaciábamos como entretenimiento una botella de vino tinto. Luego pasaba a primer plano la bebida, moría la conversación y permanecíamos uno frente al otro, atentos tan sólo al nivel de la botella de cada cual. Cuando les dábamos fin, las mandábamos llenar nuevamente y nos mirábamos el uno al otro, la mitad con atención y la otra mitad con recelo. Al llegar el tiempo del nuevo, en los últimos días del otoño, recorrimos algunos pueblos vinícolas del margraviato y en el camino, el viejo truhan me contó su historia. Creo que era bastante interesante y lamento extraordinariamente haberla olvidado. Sólo ha permanecido en mi memoria una anécdota de bebedores que me explicó. Sucedió en el campo, durante una festividad pueblerina. Fue invitado a la mesa de honor y tratado como huésped distinguido, pero a los dos tragos ya había tentado al alcalde y al cura y las botellas se sucedían incansablemente. El cura tema todavía que dar un sermón y tras ser izado hasta lo alto del púlpito, soltó desde allí tal sarta de incoherencias que tuvieron que retirarlo. Pero decidido el alcalde a que la festividad

no quedara sin su sermón correspondiente, comenzó a improvisar con ardor, se sintió súbitamente indispuerto a causa de sus violentos movimientos y terminó su alocución de un modo desacostumbrado y poco fino.

De buena gana habría seguido escuchando anécdotas tan deliciosas como ésta, Pero medió lo imprevisto y en una tarde borrascosa tuvimos una agarrada bastante fuerte. Nos insultamos lindamente, nos tiramos de la barba y finalmente nos separamos furiosos y llenos de irritación. A partir de entonces sucedió en alguna ocasión que nos sentáramos como enemigos en la misma taberna, cada uno en su mesa aparte, naturalmente, pero mirándonos con atención según la vieja costumbre, bebiendo al mismo ritmo y permaneciendo sentados hasta que los últimos concurrentes abandonaban el local y nos veíamos forzados a marcharnos. Nunca llegamos a una reconciliación.

Era cansado e infructuoso el eterno cavilar sobre las causas de mi tristeza y mi incapacidad para la vida. Pero a pesar de todo, no tenía la sensación de hallarme acabado y consumido, sino que sentía aún oscuros impulsos y seguía creyendo que se me presentaría la ocasión de hacer algo hondo y bueno, que me proporcionara al menos un poco de felicidad. ¿Pero llegaría aquella ocasión y aquel momento? Al hacerme la pregunta pensaba con amargura en esos hombres nerviosos y modernos, que por cien mil medios artificiales logran la energía necesaria para su trabajo de creación y los comparaba a mí, en quien permanecían muchas fuerzas inactivas, como muertas. Y de nuevo trataba de adivinar qué genio o qué demonio me poseía y separaba mi cuerpo fuerte de mi alma débil, impidiendo que se complementaran. Y entonces me acometían extraños pensamientos y me parecía que yo era un ser completamente extraño, llegado hacía poco de cualquier lugar lejano y cuyos dolores nadie conocía, comprendía ni compartía. Pues eso es lo más demoníaco de la melancolía, que no sólo pone a uno enfermo, sino además le hace corto de vista, desdeñoso para la realidad que le rodea y casi arrogante de su propio dolor. A cada cual le parece llevar a la espalda todos los problemas, todas las tristezas y congojas de este pobre mundo, sin pararse a pensar en que hay otros mil que están afligidos por las mismas causas y que recorren también el laberinto sin salida de sus tribulaciones.

Mi melancolía no era tan aguda como para impedirme salir de casa y cada dos semanas acostumbraba aún frecuentar los salones del acogedor erudito. Poco a poco fui conociendo a toda la gente habitual en aquella casa. La mayoría eran jóvenes licenciados de todas las facultades, entre los que se contaban muchos alemanes. Unos cuantos pintores, algunos músicos y algunos vulgares ciudadanos con sus mujeres y sus hijas, componían el resto de la sociedad. Con frecuencia no podía reprimir mi sorpresa ante aquella gente, que me acogía y me saludaba como un invitado distinguido y de quien yo sabía que se veían entre ellos tantas y tantas veces a la semana. ¿De qué hablaban y qué hacían en aquellas ocasiones? Los más tenían el

estereotipado aspecto del *homo socialis* y me parecía que todos estaban emparentados entre sí, en virtud de un espíritu nivelador y sociable que yo era el único en no poseer. Entre ellos había algunos hombres importantes, personas de verdadera selección a quienes su eterna sociabilidad no menguaba un ápice de su fuerza personal. Con algunos de ellos me era posible hablar seriamente y con interés. Pero me era completamente imposible ir de un lado a otro, permaneciendo con cada cual un solo minuto, decir cuatro galanterías a las damas, tener fija mi atención en una taza de té o atender al mismo tiempo a dos conversaciones y a una pieza de música que tocaba alguien en el piano, hacer, en fin, lo que hacían los demás. Sin embargo, era mucho más terrible para mí, tener que hablar de arte o de literatura. Había observado que sobre estas materias se pensaba poco, se mentía mucho y se charlaba infinitamente más. Así es que no me quedó mas remedio, que mentir también, pero sin sentir en ello ninguna satisfacción y escapando apenas a la repugnancia que me causaba. Mucho más a gusto escuchaba lo que decía una mujer cualquiera sobre sus hijos o explicaba yo mismo cosas de mis viajes, pequeñas anécdotas de la vida diaria o desarrollaba cualquier otro tema de conversación. Pero la mayoría de las veces no podía resistir la tentación y al salir de la casa me metía en cualquier taberna, tratando de remozar el gizonte y ahogar el perezoso aburrimiento en los vasos de vino de Valtelina.

En una de aquellas reuniones volví a ver a la muchacha morena. El salón estaba aquella tarde lleno de gente. Unos hacían música, otros departían amablemente, otros reían y charlaban como era de costumbre. Sólo yo permanecía silencioso, sentado en un rincón con una carpeta de postales en la mano. Eran vistas de Toscana, no las postales efectistas y habituales que poseen todos los que han viajado por el norte de Italia, sino bocetos y apuntes íntimos, en su mayoría regalos de compañeros de viaje y amigos del señor de la casa. Hojeándolas, había encontrado el dibujo de una pequeña casa de piedra, de ventanas estrechas y aleros muy inclinados, que había en el solitario valle de San Clemente y que yo conocía muy bien por haber estado allí muchas veces. El valle está muy cerca de Fiesole, pero la corriente de viajeros no llega hasta él porque no alberga ninguna notable antigüedad. Es un valle de belleza algo áspera y triste, seco y apenas habitado, situado entre montañas altas y grandes rocas, que le dan un tinte grave de melancolía.

Volaba mi recuerdo hacia los días lejanos en que había visitado el valle, cuando la muchacha se acercó a mí y miró las postales por encima de mi hombro.

—¿Por qué está usted siempre tan solo, señor Camenzind?

Su pregunta me irritó. Supuse que el resto de los habituales le habían dado de lado y por eso venía a mí.

Mi silencio extrañó sin duda a la muchacha:

—¿No soy digna de su respuesta?

—Perdóneme, señorita; ¿pero qué puedo contestar? Estoy siempre solo porque me gusta estarlo.

—¿Entonces le estorbo?

—Es divertido.

—Muchas gracias; la diversión es mutua.

Se sentó y yo sostuve cortésmente la postal entre los dedos.

—¿Es usted de las tierras altas? —preguntó—. Quisiera que me explicara usted algo de allá. Mi hermano dice que en la aldea de usted existe tan sólo un apellido y que es el de Camenzind. ¿Es verdad?

—Casi es cierto. Pero también hay un panadero llamado Füssli y un posadero llamado Nyggeder.

—¿Y aparte de éstos, todos los demás son Camenzind? ¿Acaso están todos emparentados entre sí?

—Más o menos.

Le alargué la carpeta de las postales. La cogió con delicadeza y por su gesto me di cuenta de que sabía bien el modo de coger aquellas cosas. Así se lo dije.

—Me alaba usted —dijo echándose a reír—, como un maestro podría hacerlo con sus alumnas.

—¿No quiere usted mirar las postales? —pregunté con rudeza—. Entonces cerraré la carpeta y la pondré en su sitio.

—¿Qué paisaje es éste?

—San Clemente.

—¿De dónde?

—Cerca de Fiesole.

—¿Ha estado usted allí alguna vez?

—Sí, muchas.

—¿Qué aspecto tiene el valle? Esto es tan sólo una parte. Me quedé pensativo unos instantes. El paisaje adusto y grave volvió a aparecer ante mis ojos y los entorné brevemente para conservarlo. Transcurrieron unos segundos antes que comenzara a hablar y me causó una impresión agradable que ella permaneciera silenciosa, aguardando. Sin duda comprendió que estaba recordando.

Y con palabra cálida comencé a describir San Clemente, tal como lo había visto, silencioso y adusto en el bochorno de una tarde de verano. Cerca, muy cerca, en Fiesole, se trabaja en la confección de sombreros de paja y de cestas, se venden recuerdos de viaje y naranjas frescas, se embauca a los turistas o se mendiga algo de ellos. Más lejana, en la llanura, está Florencia, donde se enlazan las mareas de una existencia vieja y otra nueva. Pero ninguno de los dos lugares son visibles desde San Clemente. Allí no trabajaron famosos pintores, ni los romanos elevaron sus construcciones. La Historia se olvidó del mísero valle y nadie busca ahora nada en él.

Pero allí luchan el sol y la lluvia con la tierra, allí hunden sus raíces en la tierra seca unos pinos achaparrados y unos cuantos cipreses elevan sus puntiagudas copas hacia el cielo, ignorantes ambos de la existencia de las tempestades enemigas que acortarán su vida, socavando la tierra en que se asientan o arrancando sus ramas con violencia. Del caserío sale alguna lenta carreta de bueyes o una familia de campesinos se dirige andando hacia Fiesole, la ciudad donde sólo serán huéspedes ocasionales y sus blusas rojas, allí tan grotescas y llamativas, son un complemento en el paisaje de la tierra natal.

Y le expliqué también mi llegada al valle, cuando era casi un muchacho aún, acompañado de un amigo muy querido. Y nuestro descanso, tendidos bajo los cipreses, para resguardarnos del sol ardiente de la tarde veraniega. Y tampoco pude callar el encanto hermoso de aquella soledad, que tanto me había recordado las cañadas de mi tierra natal.

Callé y ambos permanecemos en silencio unos instantes.

—Es usted poeta —dijo la muchacha.

Esboqué un gesto que quiso ser burlón.

—No quise decir eso —rectificó turbada la muchacha.

—No es usted poeta y escritor porque escribe novelas cortas y ensayos en los periódicos, sino porque comprende bien la Naturaleza y ama sus encantos. ¿Qué sienten los demás cuando el viento agita las ramas de un árbol o el sol se refleja en las rocas de la montaña? Para ellos eso no es nada. Pero para usted es toda una vida, toda una existencia que puede vivir también.

Respondí que nadie «comprendía a la Naturaleza» y que todos los anhelos y las búsquedas incesantes de un ideal sólo llevaban a encontrar problemas y a entristecerse.

—Un árbol bañado por el sol; una roca, un animal o una montaña —dije— tienen una vida, una historia; viven, sufren, desafían, gozan y mueren. Pero nosotros no somos capaces de comprenderlos.

Y mientras hablaba y me sentía satisfecho por su atención, comencé a contemplarla. Su mirada no se retiraba de mi rostro, mientras el suyo estaba completamente inmóvil y un poco tenso por la misma atención. Era igual que cuando me escuchaba un niño, o mejor, como cuando un interlocutor se abandona a la escucha y sin saberlo los ojos se le vuelven como los de un chiquillo. Y en mi contemplación sorprendí, con ingenua alegría de descubridor, que era en realidad muy hermosa.

Callé, y la muchacha permaneció asimismo en silencio. Luego se levantó y la luz tamizada de la lámpara jugueteó en sus cabellos. La miré, inclinándome al mismo tiempo en una cortés reverencia.

—¿Cómo se llama usted, señorita? —pregunté esbozando una sonrisa.

—Elizabeth.

Se alejó y al poco la vi acercarse al piano y ponerse a tocar. Tocaba bien. Pero al verla de lejos, me pareció que ya no era tan hermosa.

Cuando descendía las escaleras para regresar a casa, escuché unas cuantas palabras aisladas de la conversación de dos pintores que descolgaban sus abrigos en el vestíbulo de la mansión.

—Ha estado toda la noche atareado con la hermosa Elizabeth —decía uno entre risas.

—¡Diablos! —exclamó el otro—. En verdad que no ha perdido el tiempo.

¿De modo que ya se comentaba? Me pareció que contra mi deseo acababa de entregar a aquella muchacha, desconocida hasta entonces, un pedazo de mi alma, donde se albergaban los más lejanos recuerdos. ¿Cómo pude hacerlo? ¡Y ya las malas lenguas...!

Apresuré el paso y durante meses no volví a aparecer por la mansión. Casualmente fue uno de aquellos dos pintores el que me preguntó la causa de mi alejamiento, al tropezármelo un día en la calle.

—¿Por qué no va usted por allí?

—Porque no puedo soportar el chismorreo que despierta mi presencia —respondí.

—Sí, nuestras damas son en verdad un poco indiscretas —dijo él, echándose a reír.

—¿Las damas? No; yo aludía concretamente a los hombres y en especial a los señores pintores.

A Elizabeth la vi durante aquellos meses muy pocas veces. Una de ellas en un comercio y la otra en un museo. Era linda, aunque no tenía gran belleza. Los movimientos de su cuerpo esbelto tenían algo distinguido que la hacían diferente de las demás mujeres y que la hacían aparecer hermosa en alguna ocasión. Tal en aquella de su visita al museo. Ella no me vio y pude contemplarla a placer desde un rincón. Estaba detenida ante un gran Segantini y se hallaba sumergida por completo en el cuadro que tenía ante sus ojos. Representaba un par de muchachas campesinas segando la hierba de un prado, tras el que aparecían las cumbres destacándose sobre un cielo luminoso, velado tan sólo por una nube marfileña pintada con genialidad. La nube era el centro de la primera ojeada al cuadro, por su acertada colocación, por su masa, etérea y sólida al mismo tiempo, que daba a la pintura entera una poderosa sensación de profundidad. Parecía que el viento la arrastraba, que jugueteaba con ella y quisiera diluirla en airones por la superficie clara del cielo. Era evidente que Elizabeth comprendía el valor de aquella nube, pues estaba completamente abstraída en su contemplación. Y de nuevo me pareció ver su alma asomada al rostro, sonriendo en sus ojos ligeramente entornados, patente en sus labios tensos por la admiración, en el aire extático de toda su figura. La belleza y el realismo de una obra

de arte obligaban a su alma a mostrarse a sí mismo real y descubierta.

Abandoné mi rincón y me acerqué a ella, permaneciendo inmóvil y silencioso a su lado y contemplando a mi vez la hermosa nube del Segantini y el abstraído rostro de la muchacha. Luego sentí temor de que se volviera, de que me hablara y que entonces se perdiera nuevamente su belleza. Permanecí unos instantes indeciso y luego abandoné la sala, apresurado y quedo.

Por aquella época comenzó también a variar mi alegría ante la muda Naturaleza y mis reacciones ante ella. Seguí recorriendo los maravillosos alrededores de la ciudad y especialmente me adentré por los senderos del Jura. Volví a contemplar los bosques y las montañas, los prados, los árboles frutales y los matorrales. Los vi sumergidos en su eterna espera y me parecieron impregnados en una inmensa tristeza. ¿A quién esperaban? Quizá a mí mismo, en todo caso al amor.

Y así comencé a amarlos con todas las fuerzas de mi ser. Su silenciosa e inmóvil belleza fue despertando en mí un acuciante anhelo. Yo también era como ellos; también en mí alentaba un impulso de honda vida y de ansia profunda que me hacía buscar conocimiento, comprensión y amor.

Muchos son los que dicen que «aman a la Naturaleza». Eso significa que no están dispuestos a menospreciar sus encantos como tantos otros. Salen al campo y se regocijan en la belleza de la tierra, corretean por los prados y cogen infinidad de flores para volverlas a tirar en seguida o verlas mustiarse en un florero cualquiera. Ése es su modo de amar la Naturaleza. Sólo se acuerdan de ese amor en domingo, cuando hace buen tiempo y después se sienten conmovidos por su buen corazón y su alma sensitiva. ¿Acaso no es el hombre la «corona de la Naturaleza»?

Estos pensamientos me hicieron mirar cada vez con más codicia el hondo abismo de las cosas. Escuché el zumbido del viento resonar con mil tonos entre las hojas de los árboles, escuché el ruido de las aguas al precipitarse por las torrenteras y el aullido de la tempestad recorriendo las onduladas llanuras y tuve la seguridad de que todos aquellos tonos eran la voz de Dios y que comprender aquel lenguaje obscuro y primitivamente hermoso, sería recobrar el Paraíso perdido por los hombres. Traté de confirmar en los libros aquella intuición, pero las páginas impresas no sabían nada de ella. Sólo en la Biblia se alude con maravillosas palabras el «indecible sollozo» de las criaturas. Y yo tenía también la seguridad de que habían existido en todo tiempo hombres capaces de abandonar sus tareas diarias y buscar el silencio que les permitiera escuchar el canto absoluto de la Creación, la quietud que les hiciera posible la contemplación de las nubes y la paz que les otorgara la dicha inmensa de levantar sus brazos implorantes al Eterno. Eremitas, penitentes y santos, han sido tales hombres.

¿No habéis estado en Pisa alguna vez? ¿No habéis visitado el camposanto? Las paredes están cubiertas de cuadros descoloridos que representan pasadas edades. Uno

de ellos muestra la vida de los eremitas en el desierto de Tebas. El cuadro ingenuo evoca aún hoy con sus tintes pálidos, el encanto de una paz tan santa que súbitamente sentís un fuerte pesar y deseáis llorar vuestros pecados en cualquier lugar alejado del mundo y no regresar más a su seno. Innumerables pintores han tratado de reflejar su nostalgia en cuadros llenos de espiritualismo y cualquier pintura infantil de Ludwig Richter canta el mismo canto que los grandes frescos de Pisa. ¿Por qué Ticiano, amigo de lo presente y lo corpóreo, dio algunas veces a sus cuadros claros y objetivos el fondo de un azul de lejanía? Son tan sólo unas pinceladas de color obscuro y cálido y no se percibe si quiso representar unas lejanas montañas o tan sólo unos contornos indefinidos, Ticiano el realista, ni siquiera lo supo. Y su acción no tuvo fundamento, como tratan de explicar los historiadores del arte, en la armonía de los colores, sino que fue un tributo a la inquietud que moraba también agazapada en su alma. Pues a mi entender, el arte de todos los tiempos se ha esforzado en dar un lenguaje y una expresión al mudo anhelo de lo divino que late en el alma de los humanos.

Más encantadoras, más hermosas y mucho más infantiles fueron las palabras de San Francisco para expresar ese mismo mudo anhelo. Sólo entonces llegué a comprenderle plenamente. Mientras interpretaba la existencia de toda la tierra, de las plantas, de los animales, del viento y de la lluvia, de acuerdo con su amor a Dios, superó la Edad Media e incluso al mismo Dante y halló el lenguaje de la amorosa Humanidad. Todas las criaturas y las fuerzas de la Naturaleza fueron para él sus hermanos y cuando en sus últimos años fue condenado por los médicos a abrasarse la frente con un hierro candente, se sobrepuso al temor instintivo del enfermo grave y saludó en aquel hierro a «su querido hermano, el fuego».

Cuando comencé a amar personalmente a la Naturaleza y a prestarle oído como a una amiga o compañera de viaje que hablara un extraño lenguaje, no diré que me sentí curado de mi melancolía, pero sí menos abatido y más animado. Mis ojos y mis oídos se agudizaron, aprendí a diferenciar los tonos y los colores que antes me parecían iguales y fui percibiendo el latido de toda la vida mucho más cercano y con mayor claridad. En mi ánimo se fue abriendo camino la esperanza de llegar a comprenderlo algún día y tuve la sensación de que quizá me fuera dado el don de poder cantarlo en las bellas estrofas de un poema para que los demás se sintieran atraídos a las fuentes de toda pureza, de toda inocencia y toda candorosidad. Entretanto era aquello sólo un deseo, un sueño... No sabía si llegaría a hacerse realidad algún día, pero por de pronto el anhelo había aventado de mi ser la indiferencia que le vencía y me había acostumbrado a no contemplar nada con desprecio y con indiferencia.

¡No puedo expresar con palabras los efectos que obró la corriente renovadora en el interior de mi obscura existencia! No existe nada que sea tan ennoblecedor como un amor sin palabras, extático y sin pasión. Y no deseo otra cosa más que, a

instancias de estas pobres palabras mías, los que me leen comenzaran a aprender este arte puro y limpio del amor a la Naturaleza. Quizás algunos la amen ya sin necesidad ninguna de aprendizaje. Éstos serán favoritos de Dios; los justos, los buenos y los niños para los demás hombres. Otros, acaso, hayan aprendido el amor por medio del dolor... ¿No los conocéis? ¿No los habéis visto muchas veces entre los impedidos y los miserables, con los ojos brillantes y reposados? Si quisierais hacer caso a mis pobres palabras os acercaríais a ellos y veríais cómo el amor sin deseo, les mitiga el dolor y les prodiga el consuelo.

Pero todavía estoy hoy muy lejos de esa perfección que he venerado en algunos pobres mártires porque en estos años he carecido de la fe consoladora que me pusiera en el justo camino.

Dos inclinaciones poderosas luchaban en mí contra el puro amor de la Naturaleza y le impedían conducirme hasta el conocimiento verdadero de la vida. Era bebedor y detestaba a los hombres. Frecuentemente reducía mi ración de vino y pasaba días enteros sin probar un trago, pero luego volvía a sonar en mis oídos la voz seductora del dios y me echaba de nuevo en sus brazos con más fuerza que antes. Claro está que nunca había ocurrido que me durmiera en el arroyo o me sucedieran cosas parecidas, porque el vino me amaba con ternura y sólo me llevaba hasta el límite de la razón con la fantasía y de los sueños con la realidad. Prestaba inspiración y fuerza a mi mente, pero no la velaba con los vapores embrutecedores de que se vale para vencer a los que odia. Pero a pesar de todo, la voz de la conciencia me perseguía después de cada escapada a la taberna. Luché y me debatí furiosamente, mas toda la fuerza de mi voluntad, todo el amor de mi ser no bastaron para apartarme del vino. Había heredado de mi padre la fuerte inclinación. Durante años enteros había cultivado esa herencia con piedad y cuidado, de tal modo que en aquellos momentos de la pugna, me ayudó la antigua veneración y entre instinto y conciencia se estableció un contrato, mitad serio y mitad burlesco. Al canto de amor del santo de Asís, añadí la estrofa correspondiente a mi «querido hermano, el vino».

VI

MUCHO más grave era la segunda inclinación. No me alegraba la compañía de mis semejantes, vivía en la soledad de un eremita y estaba siempre dispuesto a arremeter contra las cosas humanas con las armas del sarcasmo y el menosprecio.

Al principio de mi nueva existencia ni siquiera pensé en ello. Encontraba justo abandonar los hombres a su suerte y dedicar toda mi ternura, mis sacrificios y mi interés únicamente a la vida muda de la Naturaleza. Ésta llenaba por completo mis anhelos y mi ser entero.

De noche, cuando me disponía a acostarme, me venía súbitamente a la memoria la imagen de una colina, del lindero de un bosque o de un único árbol favorito, a los que no había visitado hacía mucho tiempo. Pensaba que en aquel instante se hallaban envueltos por las tinieblas de la noche, azotados por el viento. ¿Se habría desgajado alguna rama del árbol? Me sentía inquieto, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera aquello y por fin abandonaba la casa, andaba hasta que se me aparecía la indecisa silueta del árbol en la obscuridad, le contemplaba largamente con sorprendida ternura y regresaba con su imagen grabada en mi memoria. No, no le faltaba ninguna rama...

¿Os reís de mí? Quizás era algo loco aquel amor, pero lo que sí puedo asegurar es que no estaba malgastado. ¿Pero cómo hallar en él un camino que me condujera hasta el amor a los hombres?

Pero donde existe ya un principio, llega siempre lo mejor por añadidura. La idea de mi poema seguía atrayéndome y cada día que transcurría la consideraba mucho más cercana y posible. ¿Y si el amor a los campos y a los bosques me impulsaba algún día a hablar su lenguaje, a escribir un canto sobre ellos, para quién sería aquella obra? No sólo para mis favoritos, sino para todos los hombres, de quienes quería yo llegar a ser un maestro y un guía en el amor. Y en el trato de aquellos hombres me mostraba rudo, sarcástico y despectivo. Sentí todo el absurdo de mi postura y me hice el propósito de salvar el abismo que me separaba del resto de la Humanidad y mostrar también a los hombres el camino de la hermandad. Pero la empresa no era fácil, pues la soledad y el destino me habían hecho áspero e intransigente en este punto. No bastaba que en casa o en la taberna pusiera gran afán en mostrarme menos acerbo y mordaz y que al andar por la calle saludara con efusión al primer conocido con que tropezaba. Al mismo tiempo me di cuenta de cuán había calado mi habitual actitud hacia la gente, pues los más acogían con desconfianza y frialdad mis intentos amistosos, tomándolos sin duda por una burla más. Lo peor era mi alejamiento durante más de un año de casa del erudito, que constituía mi único círculo de

relaciones en la ciudad. No tenía otro camino que volver a frecuentar sus salones, departir de nuevo con los licenciados, con los artistas y con toda aquella gama de gente que los llenaba habitualmente.

Y entonces me fue de considerable ayuda la propia Humanidad tan escarnecida por mí. Pero apenas hube pensado nuevamente en aquella casa, cuando volvió a mi mente la imagen de Elizabeth, hermosa como durante la contemplación de la nube del Segantini, y me di cuenta de la mucha parte que ella tenía en mis indeterminados anhelos y mi vaga melancolía. Y sucedió que llegué a pensar seriamente por vez primera en galantear a una mujer. Hasta entonces había estado tan convencido de mi completa incapacidad para el matrimonio, que a su sola enunciación me había entregado a una mordiente ironía. ¡Yo era escritor y poeta, caminante, bebedor y solitario! Pero en aquellos instantes creí conocer mi destino y tuve la seguridad de que en el amor a una mujer me deparaba el puente necesario para reconciliarme con el mundo y los hombres. ¡Todo lo vi tan seductor y tan seguro! Había visto claramente que Elizabeth me distinguía con su atención y su interés y también que tenía una alma noble y atractiva. Recordé la charla sobre San Clemente y luego volví a imaginar su belleza cambiante durante la extática contemplación del Segantini. Durante años enteros había ido yo reuniendo un tesoro interior de arte y Naturaleza; sería para ella y juntos aprenderíamos a ver la belleza dormida por doquier. Yo la rodearía de tal modo con lo bello y lo verdadero, que su rostro y su alma olvidarían todas las turbulencias y se desplegarían en un mágico florecer de sus capacidades. La propia excitación no me permitió darme cuenta del lado cómico de mi súbito cambio. Yo, solitario y original, me había convertido en una noche en un fatuo enamorado, que soñaba con la dicha del amor.

Me apresuré en volver a la casa del erudito, donde fui recibido con los brazos abiertos. Repetí mis frecuentes visitas y algunos días después tuve la dicha de coincidir con Elizabeth. ¡Qué hermosa era! Era la realización de mi ideal y reunía en ella las perfecciones que yo había imaginado para mi amada: bella y feliz. Y durante una hora entera me estuve saciando con la alegre belleza de su presencia. Me saludó amablemente, casi con efusión y su confiado aire de amistad me hizo sentirme dichoso.

*

¿Os acordáis aun de aquella noche en el lago? ¿De aquella noche en que los farolillos rojos hacían guiños desde la orilla, en que sonaba suave la música y se frustraba mi declaración de amor sobre el ligero esquife que cortaba las aguas oscuras? Fue la triste y grotesca historia de un adolescente enamorado.

Grotesca y triste también, es la historia del enamorado adulto, Peter Camenzind.

Incidentalmente me enteré que Elizabeth estaba prometida desde hacía poco

tiempo. La felicité, rogué que me presentara a su prometido, que fue a buscarla, y le felicité también. Durante toda la velada jugueteó por mis labios una sonrisa protectora, que me embarazó a mí mismo como una máscara. Me marché a medianoche, pero en vez de ir al bosque o a la taberna, entré en mi casa y me senté en el borde de la cama. Permanecí inmóvil mucho rato, contemplando fijamente la lámpara con los ojos desorbitados y muy abiertos. Noté que las lágrimas mojaban mis mejillas y que el dolor y la desesperación tendían de nuevo sus alas oscuras sobre mi alma. Y entonces me sentí diminuto, débil y sin fuerzas, abatí la cabeza sobre el pecho y me puse a sollozar como un niño.

Al día siguiente descolgué mi mochila, cogí el tren y regresé a la casa paterna, Se me había hecho insoportable la nostalgia de las montañas y sentía grandes deseos de volver a trepar por los riscos del Sennalpstock, pensar en mi infancia y ver si mi padre vivía aún.

La verdad era que nos habíamos vuelto extraños el uno al otro. Mi padre estaba totalmente encanecido, tenía el cuerpo un poco inclinado hacia delante y su apariencia era bastante deslucida. Me recibió apacible y con algún temor, no hizo ninguna pregunta y pareció no menos confuso que sorprendido de mi súbita visita. La casa era aun de su pertenencia, pero había vendido los prados y el buey, disfrutaba de una pequeña renta y bacía acá y acullá algún trabajo fácil.

Cuando me dejó solo, me acerqué al lugar donde había estado el lecho matrimonial y el pasado me anegó totalmente como un ancho y turbulento torrente. No era ya un jovencito y los años pasaban muy de prisa. Yo también me transformaría en un hombrecillo inclinado y encanecido, caminando inexorablemente hacia la muerte. La estancia estaba casi igual a como yo la había dejado. Allí habían transcurrido los años de mi infancia, allí había estudiado latín y en sus rincones había meditado hondamente, fija la vista en las montañas cercanas y tendida la imaginación hacia un futuro de ensueño. Recordé con gratitud todas las incidencias de mi niñez y entonces me vino a la memoria el verso de Lorenzo de Médicis, aprendido de memoria en Florencia:

*Quant'e bella giovinezza,
Ma si fugge tuttavia
Chi vuoi esser lieto, sla:
Di doman non c'è certezza.*

Y al mismo instante me sorprendí de que me asaltaran recuerdos de Italia y de la Historia, del ancho reino del espíritu y de mi antigua existencia, allí en la vieja estancia de mi niñez.

Entregué a mi padre algún dinero y comimos en silencio. Por la noche fuimos a la

taberna. Todo estaba igual que entonces y las únicas diferencias fueron que yo pagué esta vez el vino, que mi padre se dirigió a mí al hablar del champaña y el vino estrellado de Neuchfttel y que yo soporté más bebida que el viejo. Pregunté dónde estaba el viejo labrador que me gastó la broma. Mi padre me respondió con un resoplido y un gesto vaga. Había sido gracioso y ocurrente, pero había muerto desde hacía bastante tiempo y sobre su tumba había crecido ya la hierba. Bebí buen vino vaudés, escuché las conversaciones, hablé algo también y cuando regresé a casa en compañía de mi padre, me pareció que el tiempo se había detenido en el día de mi primera visita a la taberna. Y entonces me asaltaron las imágenes vivas del tiempo viejo y vi a tío Konrad, a Rosi Girtanner, a mi madre, a Richard y a la Aglietti. Toda mi vida desfiló ante mis ojos como las páginas de un hermoso álbum de postales que fuera volviendo una mano invisible. Y me sorprendió la brillantez y claridad de todas aquellas imágenes con sus contornos fantásticos, tan diferentes y tan lejanos de la realidad.

Sólo cuando llegamos a casa y mi padre se acostó, volví a pensar en Elizabeth. Me pareció imposible que el día anterior hubiera estrechado aún su mano y hubiera también felicitado a su prometido. ¿No había transcurrido un largo tiempo desde entonces? Y el dolor se despertó en mi alma, se mezcló con la marea de los turbadores recuerdos y sacudió mi corazón sensible y mal defendido, como el viento del Sur sacude los árboles en las alturas. Di unas vueltas por el cuarto, como animal enjaulado, sin poder permanecer un momento más en la casa. Salí por la baja ventana y me llegué hasta el embarcadero. Desaté las amarras del ligero esquife y me alejé remando despacio. El silencio era solemne y la luna casi llena iluminaba con pálidos tintes la noche. Las montañas semejaban gigantescos espectros y la quietud nocturna era tan grande que se podía escuchar el rumor del agua al precipitarse por la lejana cascada del Sennalpstock. El espíritu de la tierra natal y el propio espíritu de mis años de adolescencia, me rozaron con sus alas blandas, llenando el pequeño esquife y señalándome suplicantes, dolorosos e incomprensibles.

¿Qué había sido mi vida entera y para qué había pasado sobre mí tanta alegría y tanto dolor? ¿Por qué había sentido aquella sed de verdad y belleza y seguía estando aún sediento? ¿Por qué había amado quedamente a unas mujeres, sintiendo todo el dolor de mi amor inalcanzable... yo, que en aquellos instantes volvía a abatir la cabeza, con lágrimas y vergüenza de otro triste amor? ¿Y por qué había prendido Dios aquella inextinguible melancolía de amor en mi corazón, prescribiéndome luego la existencia de un solitario, sin nada que amar ni nada que sentir?

El agua gorgoteaba en la proa y tenía reflejos plateados al ser levantada por los remos. Y los montes parecían callados centinelas y sobre la niebla de las cañadas brillaba la luz blanca de la luna. Y los espíritus de mi adolescencia seguían rodeándome silenciosos, contemplándome con ojos profundos, quietos e inquisitivos.

Me pareció como si entre ellos estuviera también la hermosa Elizabeth, que me habría amado y habría sido mía, si yo hubiera llegado a tiempo.

Me di cuenta de que el viejo carcomido esquife hacía agua y remé con más celeridad. Súbitamente sentí unos escalofríos, y me pareció que la luz de la luna se había vuelto mucho más pálida y más helada. Me apresuré a regresar a casa y meterme en la cama. Permanecí mucho rato tendido con fatiga sobre las sábanas, con los ojos abiertos en la obscuridad y reflexionando sobre mi vida. ¿Qué me hacía falta, qué me era necesario, para ser más feliz y estar más cerca del propio corazón de la existencia?

Bien sabía yo que todos los bienes y las alegrías constituyen el meollo del amor y que a pesar de mi reciente dolor por Elizabeth, tenía que comenzar por acercarme a mis semejantes. Tenía que hacerlo si quería vivir feliz. ¿Pero cómo? ¿Y cuándo?

Entonces pensé en mi padre y por primera vez me di cuenta de que no le había querido nunca. De muchacho le había agriado la vida, luego me había apartado de su lado, dejándole solo tras de la muerte de mi madre, para olvidarlo casi por completo durante mi estancia en la ciudad. Y por un instante me representé el momento de su muerte, imaginando su cuerpo menguado tendido sobre el lecho mortuario y contemplando la evasión de su alma, que siempre me había sido extraña y cuyo amor nunca me había tomado el trabajo de ganar.

Así comencé la tarea de enseñar el arte dulce y difícil a un rudo y empedernido bebedor, en vez de a una hermosa y encantadora amada. No le respondí más groseramente, aproveché todas las oportunidades para hablar con él, le leí diariamente las historietas del calendario y le expliqué las particularidades de los vinos que había bebido en Francia y en Italia. Pero lo que no pude lograr fue que echara el trago nocturno en casa, conmigo, en vez de hacerlo en la taberna. Lo intentamos unas cuantas noches. Compré vino y cigarros y me esforcé en distraer al viejo con narraciones de mis viajes. Pero al tercer o cuarto día se mostró silencioso y despectivo y cuando le pregunté qué le ocurría, no pudo contener su queja:

—Creo que no quieres dejar que tu padre vuelva más a la taberna.

—¡Ni qué hablar! —protesté—. No era ése mi propósito. Tú eres el padre y yo el hijo. Haremos lo que deseese.

Me miró con alguna desconfianza, luego cogió su vieja gorra, se la puso y juntos nos encaminamos a la taberna.

A los pocos días me di cuenta de que, a pesar de que él nada decía, una larga permanencia mía hubiera resultado fastidiosa a mi padre. Por otra parte, comencé a sentir nuevamente aquella inquietud que yo había creído ya dormida en mí.

—¿Qué dirías si me marchara uno de estos días? —pregunté al viejo.

Se rascó el cogote, encogió sus hombros estrechos y sonrió con cierta cazurrería:

—¡Cómo quieras! —fue toda su respuesta.

Antes de marcharme visité a algunos vecinos y también a los moradores del convento vecino, rogándoles que no apartaran los ojos de él. Y aún me quedé un día para hacer una nueva ascensión al Sennalpstock. Desde su cima contemplé las montañas oscuras y los valles verdes, las aguas claras del lago y la neblina indecisa de las ciudades lejanas. Y volví a sentir los mismos anhelos que me asaltaron en los tiempos de mi adolescencia. Desde aquel mismo lugar contemplé el mundo ancho y bello sintiendo deseos de conquistarlo, de hacerlo mío. Y en aquellos momentos volvía a estar a mis pies, tan hermoso y tan desconocido como entonces y yo me sentía con fuerzas para lanzarme de nuevo a él y seguir buscando con ahínco el anhelado paraíso.

Aprovechando la estación, decidí llevar a cabo el deseo tanto tiempo soñado de permanecer algún tiempo en Asís. Regresó antes a Basilea, me procuré lo necesario para el viaje, hice el equipaje y lo facturé a Perugia. Yo mismo viajé en tren hasta Florencia y desde allí peregriné a pie hasta el pueblo de Asís. En mi camino atravesé muchos pequeños pueblecillos, y traté con sus moradores. Aquella gente vivía una existencia simple, libre e ingenua, eran tan afables y tenían muchas atenciones con el forastero. A su lado me sentí aliviado del lastre que pesaba sobre mi alma y me pareció volver a vivir con toda intensidad.

En Perugia y Asís tuvo de nuevo interés mi trabajo de historiador. La tarea diaria y la existencia cotidiana contribuyeron también para salvar el abismo que me tenía alejado de la existencia. Mi posadera de Asís era una vendedora de legumbres, habladora y piadosa, que se sintió feliz en poder hablar del santo. Las conversaciones fueron menudeando y poco a poco llegué a intimar con todas aquellas buenas gentes. La mujer se llamaba Annunziata Nardini, tenía treinta y cuatro años de edad y era viuda. Su cuerpo era de una gordura desmedida, pero sus maneras y su trato rebosaban amabilidad. El primer domingo de mi estancia en Asís, me sorprendió verla ataviada con un vestido floreado, de colorido vivo y alegre. Llevaba unos gruesos pendientes y una pesada cadena que le caía sobre el pecho y de la que colgaba una hilera de medallas de hojalata que brillaban y entrechocaban entre sí, en la mano un breviario de cubiertas plateadas, cuyo uso debía serle difícil cuando no imposible y un bonito rosario de cuentas negras. Así pertrechada, marchó a la iglesia. Y cuando estuvo sentada en su sitio de costumbre, contando a las admiradas vecinas los pecados de las amigas ausentes, la expresión de su rostro redondeado y piadoso fue la exteriorización de un alma sencilla y plácida.

Como mi apellido era de difícil pronunciación para aquellas gentes, me llamaban sencillamente «Signor Pietro». En las tardes hermosas y doradas nos sentábamos todos, vecinos, niños y gatos, bajo los árboles del patio y entre los cestos de fruta y de verdura, los sacos de legumbres secas y las cajas de semilla, nos explicábamos mutuamente nuestras cosas, hablábamos del campo o del tiempo que se preparaba

para el día siguiente, fumábamos un cigarro y nos comíamos algunas sabrosas rajadas de melón. Yo relataba algo sobre San Francisco, la historia de la Porciuncula y la Iglesia del santo, sobre Santa Clara o los primeros hermanos. Todos me escuchaban con gravedad, haciendo cien mil pequeñas preguntas o alabando la vida del santo. Luego la conversación tomaba otros rumbos y cualquiera de los del pueblo explicaba una sensacional historia de ladrones o discutía acaloradamente de política con los demás. Enredados entre nuestras piernas jugueteaban los gatos, los niños y los perros. En otras ocasiones era yo quien leía algo. Me alegré muchas veces de haber incluido en mi equipaje, entre otros muchos libros, el de Arnold: «Vida de los antiguos Padres y otras pías personas», cuyas anécdotas enternecedoras traduje al italiano vulgar sin más que algunas pequeñas variaciones. Los asistentes iban y venían, permanecían unos instantes escuchando, charlaban un poco y algunas veces variaba dos o tres veces toda la concurrencia en el curso de una tarde. Sólo la señora Nardini y yo, permanecíamos en nuestro sitio y no faltábamos nunca. La botella de vino tinto estaba al alcance de mi mano y los míseros y continentes labradores se asombraban de mi sed insaciable. Con frecuencia asistían también a nuestra tertulia algunas temerosas muchachitas de la vecindad, que se detenían medrosas en la puerta, admitían las estampas que yo les regalaba y comenzaban a creer en mi santidad, pues nunca les gastaba bromas o les prodigaba galanterías, sino que procuraba ganar su confianza con palabras sencillas. Entre ellas había algunas de grandes ojos y ensoñadora belleza, que parecían arrancadas de algún cuadro de Perugino. Yo las apreciaba a todas por igual y me alegraba de su presencia, pero nunca me sentí atraído por ninguna, pues las más bonitas se parecían tanto entre sí, que su belleza se me antojaba el producto de una casta y nunca una superioridad personal. Con frecuencia nos visitaba también Mateo Spinelli, el hijo del panadero, un muchacho despierto y avisado que conocía todos los chismes del pueblo. Cuando yo explicaba alguna leyenda, me escuchaba con una piedad y humildad como no había visto otras, pero al terminar comenzaba a hacer preguntas sobre los santos padres con una ingenuidad falsa y llena de malicia que acompañaba de divertidas comparaciones y conjeturas capaces de horrorizar a la madura mujer y maravillar a la mayoría de los concurrentes.

Una tarde estábamos sentados en el decrepito vestíbulo. Yo acababa de cantar una canción suiza que había encantado a muchachas y pequeños. La coroné con un gozoso garganteo y los niños se volvieron hacia mí llenos de alegría, imitando el extraño sonido y mostrándome lo grotesco de los movimientos de mi cabeza al lanzar el grito. Alguien comenzó entonces a hablar del amor. Las muchachas sonrieron, la señora Nardini entornó los ojos y dejó escapar un suspiro sentimental y yo me vi requerido para que explicara mi propia historia de amor. Callé lo referente a Elizabeth, pero conté con todo detalle el paseo por el lago con la Aglietti y mi

declaración de amor frustrada y triste. Mis palabras me sorprendieron a mí mismo. ¿Por qué contaba toda aquella penosa historia, que nunca me había atrevido a confiar a nadie, excepto a Richard? Ni aun ahora sabría explicarlo. Lo conté sin mucha reflexión, al modo de las antiguas novelas, pero poniendo en ello todo mi corazón y temiendo a cada instante que los que me escuchaban se rieran de mí.

Pero cuando hube terminado, vi en todos los ojos una expresión insondable de tristeza.

—¡Un hombre tan entero! —exclamó impulsiva una de las muchachas—. ¿Cómo ha podido tener un hombre tan entero, un amor tan desgraciado?

Y la señora Nardini se acercó más a mí, me pasó lentamente su mano gruesa y blanda por el cabello y dijo con emoción:

—*Poverino!*

Otra muchacha me obsequió con una pera grande y jugosa. Le rogué que le diera el primer mordisco y así lo hizo, mientras me miraba con una desacostumbrada seriedad. Cuando le señalé las demás y le dije que también podía morderlas, no quiso hacerlo, protestando vivamente:

—No; son para usted. Se las he regalado porque nos ha contado su desventura.

Y un labrador moreno, alzó sus cejas y dibujó una sonrisa en su rostro curtido:

—Pero estoy seguro de que ahora ama usted ya a otra.

—No —respondí.

—¿Sigue queriendo a esa pérfida Erminia? —me preguntó la muchacha de las peras.

—Ahora amo a San Francisco. Él me ha enseñado a querer a todos los hombres por igual: a vosotros, a las gentes de Perugia, a todos los niños que corretean por las lindes del camino e incluso al amado de Erminia.

Callaron todos y durante unos instantes pasó una ráfaga de emoción por todos los rostros.

Transcurrieron los días y las semanas hasta que la idílica existencia se vio turbada por una súbita complicación. La casualidad me hizo descubrir que la señora Nardini estaba animada por el ardiente deseo de que yo permaneciera en el pueblo y me casara con ella. El pequeño asunto puso a prueba todas mis dotes diplomáticas, pues no era tarea fácil destruir aquellos ensueños sin echar a perder la armonía que reinaba entre los dos, ni acabar con la amistad que nos unía. Se impuso, pues, la conveniencia de pensar en el regreso. De no haber puesto en el futuro poema toda mi ambición, ni ser mi cambiante profesión todo mí caudal, quizá me hubiera quedado. Y acaso me habría casado también con la Nardini. Pero se impuso en mi alma la nostalgia de la ausencia y súbitamente me sentí acuciado por el deseo de volver a ver a Elizabeth.

La voluminosa viuda tuvo que resignarse a lo inevitable y, contra todo lo esperado, no me hizo sentir su desilusión y su desengaño. Acaso me fue a mí más

penosa que a ella la despedida, pues dejaba en Asís mucho más de lo que iba a encontrar en la patria. Nunca me ha estrechado la mano tanta gente como en aquel momento de mi partida, ni jamás me despidió nadie con mayor efusión que aquellos sencillos campesinos italianos. Me dieron frutas, vino, pan y salchichas para el viaje y por vez primera tuve la sensación de que me separaba de unos amigos a los que no era indiferente mi marcha. Y la señora Annunziata Nardini llegó a besarme ambas mejillas, con lágrimas en los ojos grandes y negros y un temblor en sus manos gruesas llenas de hoyuelos y de anillos.

Tiempo atrás, llegué a creer que ser amado sin amar a nuestra vez, debía ser un goce especial y delicioso. Pero en aquel momento me di cuenta de la falsedad de mi pensamiento y sentí todo lo penoso que era saberme querido sin poder corresponder. Y tampoco sentí orgullo de que una mujer extranjera estuviera enamorada de mí y me deseara como marido.

Aquella pequeña vanidad constituyó para mi un verdadero paso hacia la curación. Me dolía la desilusión de la Nardini, pero en el fondo me alegraba de la ocasión que me había deparado para limpiar mi alma de una parte de sus impurezas. Y con ello me fui dando cada vez más cuenta de que la felicidad tiene muy poco que ver con la satisfacción de los deseos externos y que los dolores de los jovencillos enamorados, tan penosos y desoladores, están, sin embargo, desprovistos de toda tragedia. Era cierto que me dolía no poder alcanzar el amor de Elizabeth, pero mi vida, mi libertad, mi trabajo y mis convicciones permanecían enteras y podía seguir amándola a distancia como antes, tanto como quisiera. Estas reflexiones y aun más, la ingenua serenidad de mi existencia en las semanas anteriores fueron verdaderos antídotos contra la melancolía de mi alma.

Siempre tuve ojos para todo lo grotesco y lo irónico de la vida y siempre arruiné la alegría en el sarcasmo, pero a partir de aquel instante fui volviendo poco a poco la mirada hacia el humor de la existencia y me pareció mucho más posible y más sencillo reconciliarme con mis estrellas y alcanzar aun algunos apetitosos bocados del festín de la vida.

Por cierto que ocurre siempre igual cuando se regresa de Italia. Se desprecian los principios y las convicciones, se rechaza el hábito y se entra de nuevo en la existencia con la fuerza y despreocupación de un autentico artista y gustador de la vida. Después de estar sumergido una temporada en la cálida existencia popular, en las expansiones y la falta de prejuicios del Sur, se cree que va a poder seguir siendo igual en casa. También a mi me ocurrió siempre lo mismo a cada regreso de Italia y aquella vez lo sentí con mucha mayor intensidad. Cuando volví a Basilea y me encontré de nuevo con la antigua vida, siempre igual e inmutable, descendí unos cuantos escalones desde lo alto de mi serenidad y tuve la sensación de hundirme nuevamente en la irritable mezquindad de antes. Pero en el fondo de mi alma siguió latiendo algo

provechoso y a partir de entonces no atravesó la barquilla de mi ser, aguas turbias y oscuras sin que hiciera al menos ondear al viento, insolente y retador, un airón pequeño y colorido.

También me di cuenta entonces, de que mis puntos de vista habían variado lentamente. Me sentí alejado de los años juveniles y sin mucha lástima tuve la sensación de que había terminado para mí la época en que se aprende a contemplar la propia vida como un camino corto y llano. Había pasado él tiempo de llevar una meta, un ensueño favorito en los ojos y caminar hacia él sin llegar a alcanzarlo nunca, aquellos años en que la juventud gusta tenderse en la hierba, recitando cualquier verso en voz baja y sentirse inquieta, desasosegada por sus fantasías. Pero todo aquello había pasado ya. Me daba cuenta de que no existían fronteras serias y fuertes y que en el círculo de los pequeños, de los oprimidos y de los pobres, la existencia no es tan sólo más varia, sino también muchas veces más cálida, verdadera y ejemplar a la de los favorecidos y los rutilantes.

Llegué a Basilea con tiempo de asistir a la primera velada en los salones de Elizabeth, casada durante el tiempo que había durado mi ausencia. Me mostré alegre y gozoso y expliqué un montón de pequeños recuerdos del viaje. La hermosa dama me distinguió con su confianza y durante toda la noche me alegré de mi suerte que me había ahorrado a su tiempo del bochorno de una tardía petición de mano. Pero a pesar de mi experiencia italiana, seguía sintiendo un ligero recelo de las mujeres, seguro de su alegría y su regocijo por los sufrimientos desesperanzados de los hombres que se enamoran de ellas. No pretendo con ello hacer una apología de la crueldad de las mujeres y me limitaré a traer a cuento un pequeño sucedido de la vida escolar, que escuché de labios de un niño de cinco años y que vino a corroborar mis convicciones. En la escuela a la que asistía, existía la siguiente simbólica y curiosa costumbre. Cuando un niño hacía cualquier inconveniencia o travesura acreedora de castigo, eran seis niñas pequeñas las encargadas de mantenerle sujeto al banco mientras el maestro ejecutaba la ignominiosa sentencia. Como hacer estas funciones era tenido en la vida interna de la escuela por un alto honor y un valioso premio, se elegían para ello las seis niñas que más se habían distinguido durante la semana. La divertida historia me dio ocasión para reflexionar mucho rato e incluso le debo haber turbado mis sueños algunas veces. Pero gracias a ella llegué a saber, aunque sólo fuera en sueños, lo penoso que era estar en semejante situación.

VII

Mi profesión me inspiraba tan poco respeto como antes. El trabajo me daba para vivir y aun podía ir haciendo pequeños ahorros y mandar, de cuando en cuando, algún dinero a mi padre. Él se lo gastaba alegremente en la taberna, cantando allí alabanzas a mi persona y aun pensando en prestarme algún servicio a su vez. Yo le había confesado en alguna ocasión que ganaba mi pan diario con el producto de artículos periodísticos y me tenía por un redactor o un corresponsal como los de los periódicos cantonales. Eso le impulsó a escribirme cartas paternales comunicándome sucesos que creía importantes y que le parecían convenientes para darme lema y reportarme dinero. Unas veces era el incendio de unas chozas, otras la caída de dos alpinistas y otras los resultados de la votación para elegir alcalde. Todas estas noticias estaban, redactadas en un grotesco estilo periodístico y resultaban bastante ingenuas, pero a mí me alegraba recibirlas, pues eran la señal de un amistoso lazo entre los dos y las primeras cartas de la tierra natal que me llegaban desde hacía mucho tiempo. También me parecían algunas veces, involuntarias burlas de mi propia actividad, pues mes tras mes fui discutiendo cierto libro, cuyas páginas reflejaban un interés y una importancia que estaba muy por debajo de la que tenían los sucesos rurales de que hacían mención las cartas paternales.

Por aquella época aparecieron también dos libros cuyos autores no me eran desconocidos. Habían sido dos jovencitos extravagantes y líricos de las reuniones literarias de Zurich y el tiempo y sus artes les habían llevado a escribir las correspondientes obras. Uno de ellos vivía en Berlín y sabía describir bien todo el sucio ambiente de cafés y burdeles de la gran ciudad. El segundo se había construido en los alrededores, de Munich una especie de retiro lujurioso y titubeaba entre una neurasténica autocontemplación o unas veleidades espiritistas. Tuve que comentar ambos libros y, como es natural, mostré cierto sarcástico escepticismo sobre las posibilidades literarias de ambos autores. El neurasténico no tardó en contestarme con una carta llena de menosprecio y redactada en un verdadero estilo principesco. Pero el de Berlín no se contentó con eso y provocó un escándalo desde las columnas de una revista, trayendo y llevando a Zola, defendiendo su estilo y sus convicciones y poniendo en duda, no sólo mi capacidad para la crítica literaria, sino también la cultura de los suizos en general. La verdad era que quizás aquel hombre había hallado en Zurich la única época serena, sana y provechosa de toda su vida literaria.

Yo no había sido nunca un patriota excepcional, pero los gritos histéricos del berlinés me sacaron fuera de tino. Respondí al insatisfecho con una larga epístola en la que hacía gala de todo mi espíritu desdeñoso para despreciar a las grandes ciudades modernas, que al compararse, quedaban muy por debajo de las altas montañas y los

lagos azules de mi patria.

Esta querella me obligó a reflexionar nuevamente sobre mi interpretación de la vida cultural moderna. El trabajo fue fatigoso y aburrido y los resultados diarios poco satisfactorios. Mi librito no perderá nada si guardo el más absoluto silencio sobre él.

Pero al mismo tiempo me impulsaron esas meditaciones a pensar en mí mismo y en mi obra vital, largamente planeada, pero nunca llevada a cabo.

Como ya se sabrá, yo tenía el deseo de lograr un poema, una obra que acercara la vida sencilla y silenciosa de la Naturaleza al hombre actual y le hiciera amarla con toda intensidad. Yo deseaba enseñarles a escuchar el latido de la tierra, a tomar parte en la vida del todo y a recordarles que no somos dioses creados por nosotros mismos, sino criaturas y partes de la tierra, de la cósmica generalidad. Quería recordarles que tanto los cantos de los poetas como los sueños de nuestras noches, tanto los torrentes, los ríos y los mares, como las nubes y las tempestades, son símbolos y portadores de nuestros anhelos de inmortalidad. El más íntimo meollo de cada ser, de cada alma, es esa seguridad de ser inmortales que llevamos en nosotros. Sabemos que lo bueno, lo sano, lo luminoso, nos habla de Dios y la inmortalidad, mientras que lo malo, lo enfermo y lo horroroso, sólo acierta a expresarse y creer en la idea de la muerte.

Y yo quería enseñar a los hombres el modo de hallar en el fraterno amor a la Naturaleza, las fuentes de la alegría y de la vida; deseaba predicarles el arte de la contemplación, del caminar y del placer puro, la alegría en el presente. Quería hablarles con palabra pujante y poderosa de las montañas, de los mares y de las verdes islas, para obligarles a pensar en la vida múltiple y atractiva que florece diariamente fuera de sus casas y de sus ciudades. Deseaba lograr que se avergonzaran de saber más detalles y más cosas sobre las guerras extranjeras, sobre la moda, el arte y la literatura, que sobre la primavera, brillante con todo su esplendor fuera de sus ciudades, sobre el torrente que se desborda rugiente por las laderas de las montañas, sobre los bosques y las praderas que atraviesa el ferrocarril. Y quería sobre todo, posar en su corazón el dulce secreto del amor. Deseaba enseñarles a ser buenos hermanos de todo lo creado, de todo lo vivo y llegar a estar tan henchidos de amor, que incluso el dolor de la muerte no pudiera atemorizarlos y la recibieran como una hermana seria y mayor cuando fuera a buscarles.

Todo eso quería expresar en mi poema, en mi obra. Pero no en forma de himnos y cantos arrebatados y difíciles, sino en lenguaje sencillo y tierno, como la propia lengua de la Naturaleza o la que un caminante emplea para expresarse con su compañero.

Quería... deseaba... Esperaba... Todo eso me suena ahora demasiado grotesco. Pero entonces aguardaba con impaciencia el momento de ordenar todos mis impulsos en un plan y comenzar cuanto antes la tarea. Pasando revista a mis anotaciones y mis apuntes, vi que había reunido muy pocos. A partir de aquel momento, me proveí de

unas pequeñas libretas que llevé conmigo en todos los viajes y las marchas. Llenaba una cada dos semanas y de este modo reuní en poco tiempo una infinidad de pequeñas notas e impresiones sobre todo lo visible de este mundo. Las libretas eran cuadernos de bocetos como los de un dibujante y en pocas palabras sintetizaban todo un mundo de cosas, de sensaciones y de ideas: imágenes sobre las carreteras y las callejas de la ciudad, conversaciones de campesinos, de artesanos, de mujeres del mercado y de sencillos transeúntes, notas sobre la naturaleza de los vientos y de la lluvia, sobre los minerales, las plantas, el vuelo de los pájaros, el juego cambiante de colores de las aguas del mar y las formas de las nubes. Todo un mundo vario e informe encerrado en mis libretas. Ocasionalmente publiqué también pequeñas narraciones sobre aquellos temas y algunos estudios sobre la naturaleza y el espíritu del caminante.

Tenía el propósito de no sacar un solo hombre en toda mi obra y aunque algunas veces, parándome a considerar seriamente mi intención, llegué a pensar que no pasaba de ser una quimera, seguí, a pesar de ello, manteniendo mi ideal y acariciando la difusa esperanza de que quizá la inspiración me prestara fuerzas para lograr lo que parecía imposible. Pero luego cambié de idea y me apresuré a llenar con hombres los bellos paisajes. Antes tuve que entablar conocimiento con ellos, que analizarlos a fondo y que vencer el instintivo recelo que me causaba su proximidad. Hasta entonces habían sido los hombres un todo extraño y alejado para mí, pero a partir del momento en que decidí cambiar la orientación de mi obra, aprendí nuevamente las olvidadas artes de la conversación y la amabilidad, supe lo difícil que era juzgar y analizar a una alma humana y llené mis libretas de notas y mi imaginación con nuevas imágenes.

El comienzo de aquellos estudios fue muy regocijante. Salí de mi ingenua indiferencia y me tomé interés por ciertas personas.

Los primeros contactos me hicieron ver lo alejado que había permanecido de la realidad hasta entonces, pero también me dieron la seguridad de que el continuo caminar y observar habían dado sus frutos y me habían abierto mucho los ojos.

Siempre me fue más gozosa la contemplación de las nubes y de las aguas, al estudio de los hombres. Por eso fue grande mi sorpresa al darme cuenta de que el hombre se diferencia del resto de la Naturaleza por una capa de mentiras y falsedades que le cubre y le protege. En breve fui observando en todos mis conocidos igual fenómeno: el efecto de la circunstancia hacía que cada persona viera en los demás una clara figura, mientras nadie conocía bien su verdadero ser. En la mayoría era más importante esa capa, esa envoltura, que su propio interior. Existía en todos, incluso en los niños, quienes a menudo caían en una afectación, consciente o inconsciente, que les satisfacía mucho más que sus actos propios e instintivos.

Transcurrió algún tiempo y sólo entonces me di cuenta de que no hacía ningún

progreso y de que me estaba perdiendo en pasajeras frivolidades. Busqué el defecto en mí mismo y no pude ocultarme por más tiempo la realidad: estaba desengañado y a mí alrededor no existían los hombres que necesitaba. Yo no quería fenómenos interesantes, sino tipos tan sólo. Pero para eso no me servían los académicos ni los hombres de sociedad, las gentes comunes que consentían mi trato en la ciudad. Y entonces pensé con nostalgia en Italia y en los únicos amigos y acompañantes de mis muchas marchas a pie, de pueblo en pueblo: los, artesanos. Anduve mucho con ellos y entre sus componentes hallé hombres verdaderos.

Fue en vano la búsqueda por los mesones de las carreteras y la amistad con algunos empedernidos vagabundos. La mayoría de los caminantes no me servían para nada. Entonces permanecí suspenso e indeciso y me dediqué a recorrer de nuevo las tabernas, donde, como es natural, no hallé nada. Y así transcurrieron dos semanas. Me sentí de nuevo desengañado y melancólico, considerando ya irónicamente mis esperanzas y mis deseos, después de haber pasado muchos días a la intemperie, y de haberme entregado algunas noches a la bebida.

En mi mesa de trabajo estaban amontonados nuevamente dos rimeros de libros. Apenas me quedaba sitio para escribir, pero no me quería desprender de ellos y por otra parte tampoco me cabían en las abarrotadas estanterías. Uno de aquellos días me decidí por fin a encargarme de otra estantería y a tal efecto rogué al carpintero que pasase por mi casa para tomar medida a la pared.

Fue una mañana temprano y apenas tuve tiempo de levantarme de la cama para abrirle la puerta. Era un hombre de baja estatura, aspecto calmoso y maneras reposadas. Tomó la medida de las paredes, se arrodilló después en el suelo, extendió su metro por encima de la alfombra, sopló algunas motas de polvo y anotó una cifra en su libreta. Al levantarse, se apoyó casualmente en la estantería llena de libros e hizo caer algunos. Volvió a inclinarse calmosamente y los cogió uno a uno. Entre ellos había un pequeño diccionario de mano del léxico de los oficiales artesanos que podía hallarse en todas las librerías del país.

El carpintero contempló unos instantes las cubiertas del libro y luego volvió sus miradas hacia mí.

—¿Qué es? —pregunté.

—Con permiso. Aquí veo un libro que me es conocido. ¿Ha estudiado eso en serio?

—He estudiado el habla de los parroquianos, en las carreteras —respondí—, pero algunas veces se busca de buena gana alguna expresión.

—¡Estupendo! —exclamó—. ¿También ha tomado parte en el baile?

—No como usted cree, amigo. Aunque también he andado por muchas carreteras y pernoctado en algunas ventas.

Entretanto, él puso ya los libros en su sitio y quiso marcharse.

—¿Qué caminos recorrió en su tiempo? —le pregunté.

—Desde aquí a Coblenza y más tarde, por el Sur, hasta Ginebra. Fueron mis mejores tiempos.

—Algún día tendrá que contarme todas esas andanzas ¿Nos veremos alguna vez bajo un cobertizo?

—No lo creo, señor. Trabajo ahora aquí. Pero si durante las vacaciones se le ocurre venir a mi casa y preguntarme: ¿Cómo va? ¿Qué tal estamos?, nos pondremos de acuerdo. Claro está que sí no tiene inconveniente de hacer compañía a esta carroña... —dijo señalándose a sí mismo.

Unos días después —era el día de recibo de Elizabeth— me detuve en la calle y reflexioné unos instantes si no sería mejor ir a casa de mi carpintero. Di media vuelta y fui a visitar al artesano. El taller estaba ya a oscuras y cerrado y tuve necesidad de atravesar un patio interior, subir una escalera estrecha y empinada, deteniéndome por fin ante una puerta que tenía una pequeña placa con el nombre del maestro. La empujé y me metí hasta el interior de una cocina donde una mujer estaba haciendo la cena, sin apartar al mismo tiempo la mirada de tres niños que llenaban la estancia con sus juegos y sus risas. La mujer me condujo algo asombrada hasta el cuarto contiguo, donde el carpintero estaba sentado junto a la ventana, leyendo el periódico a la media luz del crepúsculo. Al principio también pareció asombrado de tener un visitante, pero luego me reconoció y estrechó mi mano con efusión.

Tras los saludos, me incliné hacia los niños que correteaban a mí alrededor. Pero mi atención les avergonzó y huyeron a la cocina. Les seguí y como viera allí que la mujer estaba preparando arroz, me acordé de la cocina de mi patrona en la Umbría y me interesé por el guiso. Entre nosotros es costumbre cocer el arroz hasta formar una especie de gachas insípidas que son un verdadero tormento para el paladar. También en la cocina del carpintero estaba a punto de acaecer tal desgracia, pero mi llegada providencial pudo evitarlo a tiempo. Pedí cuchara y tenedor, destapé la cazuela donde se cocía y me puse a prepararlo al modo italiano. La mujer me miraba sorprendida y curiosa, haciendo algunas preguntas de cuando en cuando. Cuando estuvo a punto el guiso, lo retiramos del fuego, lo dejamos sobre la mesa y yo mismo me coloqué un cubierto para mí.

La mujer del carpintero me atormentó todo el tiempo con preguntas culinarias, de tal modo que su marido apenas pudo dirigirme la palabra una o dos veces. Tuvimos que dejar para otra vez la narración de sus aventuras. Al poco de permanecer en la casa, ya había comprendido aquella gente que yo era tan sólo un caballero de ciudad en apariencia y que en realidad no pasaba de ser un campesino, hijo como ellos del pobre pueblo. Aquello les hizo perder el resto de su desconfianza y mostrarse conmigo tal como eran. Pasamos una velada agradable y al marcharme me hicieron prometer que volvería otro día.

Volví muchas veces y la compañía del carpintero y su familia me hizo olvidar no sólo el mezquino fárrago de la sociedad, sino también mi tristeza y mi desventura inquieta. Me parecía que encontraba bajo el techo de su pobre vivienda, un pedazo de mi propia niñez y que continuaba aquella existencia interrumpida cuando los monjes tomaron la decisión de mandarme a la escuela.

Sus hijos eran bulliciosos y juguetones. Mi preferida era una niña de cinco años, de aspecto delicado y maneras dulces. Se llamaba Agnes, pero acostumbraban a llamarla Agi, era pálida y muy rubia, con ojos grandes y azules en los que parecía reflejarse siempre algún temor. Un domingo, cuando fui a buscar a la familia para ir de paseo, encontré enferma a Agnes. La madre se quedó con ella, mientras los demás peregrinábamos despacio por la ciudad. Nos sentamos en un banco, detrás de Santa Margarita. Los niños correataron por el Césped, buscando piedrecillas, flores y escarabajos, mientras los hombres contemplábamos los prados bañados por el sol, el cementerio lejano y la silueta azulenca del Jura.

—¿Qué le sucede, maestro? —pregunté cuando los niños se alejaron y nos quedamos solos. Él me miró con una gran tristeza reflejada en el rostro.

—¿No lo está viendo? —preguntó—. Agi va a morir. Lo sé desde hace tiempo y me extraña que haya llegado a la edad que tiene. La muerte se refleja en sus ojos y no hay para ella ninguna salvación. Tenemos que ir acostumbrándonos a esa idea.

Intenté consolarle, pero a los pocos instantes me di cuenta de la inutilidad de mis esfuerzos.

—¡Ya lo ve! —me dijo el padre desesperado—. Tampoco usted cree que la niña pueda sobrevivir este trance. Yo no soy ningún impío, aunque sólo baya ido a la iglesia una vez en el año del jubileo y me parece que el Señor quiere ahora ajustar las cuentas conmigo. Ella es sólo una niña y ha estado siempre enfermiza, pero bien sabe Dios que me era más querida que todos los demás juntos.

Volvieron los niños con su algazara de siempre y sus mil pequeñas preguntas sobre las flores y las hierbas, sobre los escarabajos, las mariposas y las piedrecillas. Y yo las fui contestando todas, diciéndoles con leve sonrisa que también las flores, los árboles y los matorrales tenían su propia alma y su propio ángel como los niños. El padre me escuchaba con tristeza. Contemplamos cómo los montes lejanos se obscurecían poco a poco, escuchamos el tañido de las campanas vespertinas y regresamos a casa lentamente. Los pequeños parecían cansados, y andaban en completo silencio. Sin duda pensaban cada cual en su propio ángel y en los de las flores, los árboles y las piedras. Los mayores, en cambio, no podíamos apartar el pensamiento de la pobre Agi, cuya pobre alma estaba ya dispuesta a extender las alas y abandonar nuestra pequeña tropa.

Las dos semanas siguientes fueron buenas. La muchacha pareció entrar en vías de franca curación y pudo abandonar algunos ratos la cama y descansar al sol. Su rostro

había adquirido algunos colores y destacaba risueño sobre las almohadas donde apoyaba la cabeza. Pero a los quince días varió el curso de la enfermedad y siguieron dos noches terribles y febriles en las que la dolencia se recrudeció. Permanecimos al lado de su cama, inmóviles, silenciosos, sin decir nada los unos a los otros, pero con la seguridad de que la niña viviría apenas unos días o unas semanas. A los tres días se agravó tanto su estado que creí necesario advertir a su padre. Bajé al taller y te vi atareado en un trabajo. Sin que me lo dijera, tuve la seguridad de que estaba haciendo un ataúd para su hija.

—Tiene que suceder un día u otro —me dijo con una expresión inenarrable—. Prefiero aprovechar las vacaciones y terminarlo de una vez.

Me senté en un taburete viéndole trabajar. Cuando las tablas estuvieron pulimentadas me las enseñó con un cierto aire de orgullo.

—No quiero emplear un solo clavo. Las maderas ensambladas formarán una pieza única y resistente. Pero por hoy basta ya de trabajo. Volvamos arriba con mi mujer.

Le advertí de la gravedad de Agi, pero no pareció sorprenderse.

—¿Pasará de esta noche? —me preguntó—. Le respondí únicamente con un gesto de duda.

Transcurrieron los días y la pequeña Agi no murió. Yo me pasé las horas muertas al lado de su cama contándole cosas de los bosques y de las praderas, de las montañas altas y los valles verdes, con su diminuta mano entre las mías y la mirada atenta a sus menores gestos. A las dos semanas de la primera crisis, vimos cómo su cuerpo esmirriado hacía acopio de nuevas fuerzas para presentar la batalla definitiva a la muerte. La madre permanecía silenciosa el día entero, aunque sin dejarse llevar por el abatimiento. Llegó por fin la noche fatal, la muerte pudo más que el débil organismo y la pequeña Agi murió. El padre se arrodilló al lado de la cama, despidiéndose por centésima vez de la niña mientras acariciaba sus cabellos rubios, su pálido rostro, sus manos exangües. Y la madre permanecía a su lado, lívida y muda como una estatua petrificada por el dolor.

Y luego llegó la breve solemnidad del entierro y el regreso por los tristes senderos del cementerio. El carpintero y yo nos dejamos caer en el banco de costumbre, contemplando desde lejos la tierra donde estaba enterrada nuestra favorita y el vuelo de los pájaros sobre los árboles oscuros y tristes.

El tiempo fue borrando poco a poco las huellas de la herida. Volvió a escucharse el martilleo en el taller, volvieron los niños a reír, a cantar y a querer que les contara cuentos, y sin darnos cuenta, todos nos fuimos acostumbrando a no ver más a Agi en la tierra y a tener un ángel en el cielo.

Con todo aquello, yo no había vuelto a poner los pies en casa del erudito, ni en los salones de Elizabeth. Sentí deseos de conversar de nuevo, de volver a contemplar la

belleza imposible de mi amada y dejé que mis pasos me llevaran hasta ambas casas. Las hallé cerradas y con sus habitantes en el campo. Y sólo entonces me di cuenta de que la amistad con el artesano y las zozobras de la enfermedad de su hija me habían hecho olvidar que nos hallábamos en verano y que otros años me había sido completamente imposible permanecer en la ciudad durante los meses de julio y agosto...

Me despedí para una corta temporada y emprendí una marcha a pie a través de la Selva Negra y de Oden. Hice muchas paradas durante el camino y en cada una de ellas tomé por costumbre mandar postales y bellas vistas del viaje a los hijos del carpintero de Basilea, añadiendo unas breves palabras para acompañar el envío y renovar la promesa de contarles al regreso todas las incidencias del viaje.

Me detuve en Francfort unos días y en Aschaffenburg, en Nuremberg, en Munich y en Ulm hice también breves paradas para contemplar con nueva alegría las viejas obras de arte. De regreso, hice alto en Zurich. Volví a recorrer las conocidas calles, visité las viejas tabernas y cervecerías al aire libre y también pensé sin demasiado dolor en los años pasados y hermosos. Me dieron la dirección de la pintora Aglietti y tuve noticias de que se había casado. Al atardecer me acerqué a su casa, leí en la puerta el nombre de su marido, elevé la mirada hasta las ventanas y vacilé en entrar. Pero entonces comenzaron a animarse en mi interior los viejos tiempos y mi amor juvenil se despertó a medias de su sopor. Di media vuelta y regresé lentamente por el dédalo de calles, decidido a no hacer sangrar de nuevo la herida con una inútil contemplación de la italiana. Los pasos me llevaron hasta el jardín, a orillas del lago, donde se había celebrado aquella lejana fiesta nocturna. A la media luz del crepúsculo eché un mirada hacia la casita en cuya buhardilla viví tres años coitos y deliciosos y dominando todos los recuerdos de Zurich me vino a los labios el nombre de Elizabeth. El nuevo amor era más fuerte que todos los anteriores y también más silencioso, más recogido e impregnado de una mayor beatitud.

Sin poder contener mis impulsos, alquilé un bote y me alejé por las aguas cambiantes del lago. El cielo reflejaba las postreras tonalidades de la tarde y sobre las lejanas montañas estaba suspendida una única nube rosácea. Levanté la mirada y la fijé en ella, pensando en mis preferencias infantiles, en mis nostalgias juveniles y también en aquella nube del maravilloso Segantini, ante la que se había quedado suspensa la hermosa Elizabeth. Ni una palabra, ni un anhelo, ni un deseo de mi oculto amor me había dado tanta dicha como la muda contemplación de la nube. En ella volví a ver todas las locas ambiciones, todas las pasiones ardientes y los anhelos irrealizables de mi adolescencia, en ella contemplé la idealización de todos mis sueños de amor y de dominio, suspendidos en el cielo crepuscular de la vida.

El chapoteo regular de los remos en el agua me dio deseo de cantar. Comencé a hacerlo, casi maquinalmente, al principio muy bajo, luego más alto y más alto, hasta

llenar con mi voz las aguas quietas del lago. Luego dejé de cantar y me puse a recitar, otra vez en voz baja. Fui improvisando unos versos lentos y cadenciosos. El crepúsculo, el agua cambiante a los reflejos del cielo, los recuerdos... Todo eso contribuyó a mi canto. Los versos se quedaron en mi memoria y al llegar a casa los escribí como recuerdo de aquel hermoso atardecer.

*Como una nube tenue
Tendida por el cielo
Clara y rauda en su vuelo
Eres tú, Elizabeth.
La nube corre y corre,
Sin notar tu presencia
Y son sueños de ausencia
Los que la hacen volar
Y es su sueño tan alto
Que sin lograr descanso
Sientes por esa nube
Una nostalgia, azul.*

Regresé a Basilea con el corazón Heno de nostalgias. En mi casa encontré una carta. Era de la señora Annunziata Nardini y estaba repleta de gozosas noticias. ¡Por fin había encontrado un segundo marido! Pero será mucho mejor que transcriba por completo toda la misiva:

Querido señor Peter:

Permita usted a su fiel amiga la libertad de escribirle. Dios ha hecho posible mi gran felicidad y tengo el honor de invitarle a usted a mi boda, que se celebrará el 12 de octubre. Él se llama Menotti y no tiene mucho dinero, pero me quiere mucho y desde hace mucho tiempo trata en frutas y legumbres. Es lindo, aunque no tan corpulento y tan hermoso como usted, señor Peter. Se encargará de ir a la «piazza» a vender la fruta, mientras yo permanezco en casa. También la hermosa Marietta, nuestra vecina, está próxima al casamiento, aunque ella lo hace con un extranjero.

He pensado mucho en usted y no he parado de explicar a los demás cosas referentes a su persona. Tampoco he dejado un solo día de rogar a los santos que le concedieran su protección. Menotti se alegrará también mucho de que venga a la boda, a la que asistirá, como es natural, todo el pueblo. El pequeño Mateo Spinelli ha mostrado muy malas inclinaciones estos últimos tiempos.

Me roba limones con mucha frecuencia y ahora ha llegado a robarle también doce liras a su padre y a envenenar el perro del Giangiacomo, el mendigo.

Le deseo todas las bendiciones de Dios y de los santos, esperando su visita para el día de mi boda.

Su fiel amiga.

ANNUNZIATA NARDINI

Posdata: La cosecha fue regular. Las uvas se presentaron muy mal y las peras fueron insuficientes. Pero los limones llegaron a ser tan abundantes que los tuvimos que vender a muy bajos precios. En Spello sucedió una desgracia horrorosa. Un hombre joven asesinó con una hacha a su hermano. No se sabe la causa, aunque se cree que fue por celos. Es horrible.

Desgraciadamente, no pude asistir al casamiento de mi antigua patrona. Le escribí deseándole toda clase de venturas y anunciando mi visita para el año venidero, lamentando las ocupaciones que me retenían en Basilea. Una vez cumplido aquel deber de amistad, me dispuse a ejecutar el segundo. Cogí algunos juguetes comprados a mi paso por Nuremberg y me encaminé sin más dilación a casa del carpintero. Pero allí encontré una inesperada novedad que me causó al principio una penosa impresión. A un lado de la mesa, junto a la ventana, se alzaba una figura grotesca, sentada en una silla pequeña y con un travesaño apoyado en el pecho que le impedía caer. Era Boppi, el hermano de la mujer del artesano, un contrahecho medio paralítico al que la reciente muerte de la madre había dejado sin techo ni hogar. El carpintero no había tenido más remedio que recogerlo y la presencia del jorobado enfermo ponía cierto oculto horror en la vida antes tan plácida de la casa. Todavía no se habían acostumbrado a él; los niños le temían, la madre estaba confusa y como avergonzada, mientras que el padre no podía ocultar su visible enojo.

Boppi tenía encima de su doble joroba, una cabeza grande, de ancha frente y boca hermosa, plegada en un rictus de dolor. Sus ojos eran claros, pero apagados y algo temerosos y las manos blancas y alargadas descansaban lánguidas sobre el travesaño que le impedía caerse de la silla. Quedé desagradablemente sorprendido por su presencia y me fue penoso escuchar de labios del carpintero la corta historia de Boppi, mientras éste seguía sentado a nuestro lado, sin levantar la mirada de sus manos, como si no hablaran de él. Era jorobado de nacimiento, pero a pesar de ello había cursado los estudios primarios y secundarios y durante largos años había ganado algo tejiendo paja.

Todo el tiempo lo pasaba en la cama o sentado entre almohadones en su extraña silla. Su hermana decía que tenía buena voz y que antes cantaba con mucha

frecuencia, pero todavía no lo había hecho desde que estaba en su nueva casa. Y mientras el carpintero me explicaba todo eso, el pobre jorobado seguía mirando sus manos, sin levantar los ojos ni pronunciar una sola palabra. Permanecí poco rato en casa de mi buen artesano. La presencia del tullido parecía haber disipado la agradable atmósfera de antes. Pretexté unos asuntos importantes y me alejé presuroso, sin volver tampoco en los días siguientes.

Hasta entonces había estado durante toda mi vida fuerte y sano, no había tenido una sola enfermedad grave y los enfermos, especialmente los impedidos y jorobados, me habían dado siempre una extraña mezcla de compasión y repulsión al mismo tiempo. La estancia de aquél en casa de mis buenos artesanos fue causa de que no volviera a visitarles en muchos días. Yo mismo me avergoncé de mi fea acción y, poco a poco, fui aplazando indefinidamente una segunda visita, aunque el recuerdo de Boppi no dejó de atormentarme. Tenía que existir una posibilidad de poderle ingresar en un hospital o un asilo, con poco gasto para sus familias. Varias veces me sentí tentado de visitar al carpintero para tratar de aquello, pero otras tantas me arrepentí con temor completamente infantil. Me horrorizaba volver a ver al tullido, tener que hablarle, que estrechar su mano lánguida, que contemplar sus ojos grandes y doloridos.

Dejé pasar dos domingos. Pero al tercero me arrepentí de mi cobardía y abandonando el proyecto de escalar el Jura aquel día, me encaminé lentamente a casa del artesano.

No pude estrechar la mano de Boppi sin un estremecimiento. El carpintero lo notó y su irritación contra el pobre tullido fue en aumento. Tras varias vacilaciones propuso que saliéramos de paseo como de costumbre. Los niños asintieron alborozados y yo mismo me sentí satisfecho de poder salir de la casa. La mujer quiso quedarse para cuidar de su hermano, pero el jorobado le dijo que, podía muy bien quedarse solo y que sólo necesitaba un libro y un vaso de agua al alcance de la mano.

De modo que se quedó en casa, mientras nos fuimos de paseo. ¡Nosotros, que nos preciábamos de compasivos y honrados, accedimos a cerrarle y marcharnos! Y echamos a andar satisfechos, riéndonos con las gracias de los niños, empapándonos gozosos del tibio sol otoñal, pero sin que ninguno de nosotros se avergonzara siquiera, sin que ninguno sintiera la congoja del pobre tullido que habíamos dejado en casa. Estábamos alegres y satisfechos, respirábamos aliviados el aire libre y puro y éramos a los ojos de todos una alegre familia que disfrutaba del domingo en paz y gracia de Dios.

Cuando ya de regreso nos sentamos en una cervecería al aire libre, no puedo evitar el carpintero que la conversación recayera sobre Boppi. Se quejó del caro huésped, se lamentó de su intrusión en la casa y por fin suspiró aliviado, diciendo con una sonrisa:

—¡Al menos hemos podido pasarlo bien durante una hora, sin que nos haya molestado su presencia!

Estas palabras me hicieron imaginar el jorobado con sus grandes ojos, con sus manos lánguidas y su boca doliente. Lo vi sentado junto a la ventana, con el libro abierto y el vaso de agua al alcance de la mano. Así lo habíamos dejado. ¿Estaría aún en la misma posición? Había comenzado a anochecer y no tenía nadie que le acercara más a la ventana o le encendiera la luz. Y volví a imaginarlo, con el libro cerrado en las manos, los ojos medio entornados y la expresión pensativa. Estaría envuelto en la penumbra y el silencio, mientras nosotros bebíamos, reíamos y nos divertíamos. Recordé mis palabras en Asís, cuando comenté el amor de San Francisco por todos los hombres, por todos los animales y todas las cosas de la Creación. ¿De qué me había servido seguir las huellas del santo, llegar hasta su pequeño pueblo de Asís, hablar con sus habitantes, abismarme en sus lecturas y saberme de memoria sus cantos de amor, si dejaba que un hermano mío, que un desventurado tullido, se abandonara a sus pensamientos y a su dolor mientras yo me divertía en vez de consolarle?

Sentí una congoja en el corazón y el dolor y la vergüenza hicieron presa en mí, hasta hacerme temblar de excitación. Tuve la sensación de que Dios me hablaba y que su voz tonante decía:

—¡Oh, poeta! ¡Oh, alumno del santo de Umbría! ¡Oh profeta, que querías enseñar a los hombres el amor, soñador que creías escuchar mi voz en los vientos y en las aguas! ¡Sentías apego a una casa en la que pasabas a gusto las horas, te complacías en buscar los halagos de sus moradores, la alegría de sus niños, el gozo de todos. Y cuando esta casa se llena de dolor, de sufrimiento, de tristeza, huyes de ella y te repugna volver, oh, santo, oh, profeta, oh, soñador!

Así sonó la voz de Dios en el interior de mi alma. Sus palabras levantaron ronchas de dolor y de inquietud porque eran la verdad que yo mismo no me había atrevido a confesar: la verdad de mi cobardía.

Me despedí presuroso alegando una cita olvidada, dejé el vaso de vino a medio tomar y el pan sobre la mesa y regresé a la ciudad. La propia excitación me hizo temer que hubiera sucedido una desgracia. En vano intenté tranquilizarme, decirme a mí mismo que era imposible que hubiera ocurrido nada; una voz interior más fuerte que mi razón me decía que podía haberse prendido fuego a la casa o que el pobre jorobado podía haberse caído de la silla y estar herido o muerto en el suelo. Y de nuevo los ojos de la imaginación me lo mostraron. Pero aquella vez su inmovilidad no era la de la parálisis, sino la de la muerte y sus ojos no tenían atisbos de dolor, sino que estaban vidriosos, dilatados en un horror postrero.

Llegué sin aliento a la ciudad, alcancé la casa y subí las escaleras como una exhalación. Sólo ante la puerta cerrada, caí por vez primera en que no tenía llave.

Pero mi temor se disipó completamente al escuchar una canción en el interior. No cabía duda: era Boppi. Cantaba lentamente, con sentimiento y un poco de dolor la canción popular «Rosa blanca y roja». Me quedé inmóvil ante la puerta cerrada, conteniendo los latidos alborotados de mi corazón y escuchando atentamente la canción del jorobado. Su hermana había dicho que no cantaba desde que estaba en su nueva casa y ahora tenía yo la prueba de que sí lo hacía, aprovechando las horas solitarias para procurarse a su manera un poco de alegría.

Siempre gusta la vida poner lo cómico al lado de lo serio, lo risible junto a lo más grave y hondo. Así en aquella ocasión se complació en resaltar lo divertido y lo vergonzoso de mi situación. Tocado de una súbita explosión de amor y temor había abandonado a mi compañía, corriendo a través de la ciudad hasta llegar ante una puerta de la que carecía de llave para abrir. Permanecí largo rato indeciso. No me quedaba más opción que marcharme otra vez o gritar al jorobado mis buenos propósitos a través de la puerta. Pero él estaba tranquilo, no parecía necesitar nada y sus cantos, aunque tristes, eran serenos. Mis gritos y mis golpes en la puerta le habrían asustado sin duda y el efecto hubiera sido precisamente el contrario del que yo trataba de alcanzar.

No me quedó más remedio que marcharme. Deambulé una hora entera por las calles soleadas y endomingadas de la ciudad. Luego volví a encontrar a la familia del artesano que regresaba a su casa. Inventé una excusa y les acompañé a su casa a modo de desagravio. El jorobado había dejado de cantar y su rostro estaba pálido y triste como siempre. No me costó ningún esfuerzo estrechar su mano y me senté a su lado preguntándole qué era lo que había leído. Resultó bastante enterado de literatura y se sabía de memoria los títulos de las obras de Jeremías Gotthelf, que había leído casi en su totalidad. Gotffried Keller, en cambio, le era aún desconocido. Le prometí prestarle sus libros.

Al día siguiente, cuando le llevé los volúmenes, hallé la oportunidad de quedarme a solas con él, ya que el carpintero estaba en el taller y su mujer tuvo que marcharse a la compra. Aproveché el momento para decirle cuánto me había avergonzado de haberle dejado solo el día anterior y de la satisfacción que hallaría teniendo largas conversaciones con él y siendo su amigo.

El menudo jorobado volvió a medias su cabeza, me miró con sus ojos entornados y dijo únicamente:

—¡Muchas gracias!

Eso fue todo. Pero volver la cabeza le cansaba y el gesto era en él mucho más valioso que diez abrazos de un sano. También su mirada fue tan clara y tuvo un resplandor tan infantil, que la vergüenza me hizo ruborizar intensamente y por unos instantes permanecí con los ojos fijos en la ventana.

Sólo quedaba ya lo más difícil, que era hablar con el carpintero. Me pareció lo

más conveniente confesarle con franqueza mi vergüenza y mi temor por el jorobado. Desgraciadamente no lo comprendió, aunque me dejó hablar sobre ello tanto como quise. Decidimos considerar al enfermo como un huésped común y dividirnos por lo tanto los gastos de su manutención, quedándome a mí la libertad de entrar y salir en la casa cuando quisiera y de considerar al pobre Boppi como un hermano. Ni que decir tiene que utilicé esa libertad con prodigalidad. Como el otoño fue largo y soleado, lo primero que hice fue comprar al pobre Boppi una silla de ruedas y sacarlo a pasear diariamente, las más de las veces en compañía de los niños.

VIII

S IEMPRE fue mi destino recibir de la vida y de mis amigos mucho más de lo que yo podía darles. Así me sucedió con Richard, con Elizabeth, con la señora Nardini y con el carpintero. Y así pude llegar a ser alumno sorprendido y agradecido de un corcovado en los años de mi más completa madurez y suficiente estima en mí mismo. Si algún día llego a escribir esa obra que pugna por abrirse paso en mi imaginación y que los sentimientos se esfuerzan por imponer a la razón, habrá en ella muy poco bueno que no haya aprendido de Boppi. La temporada que siguió a mi trato con el carpintero fue alegre y dichosa. En ella me fue dado contemplar con claridad y hondura una alma humana, que ni la enfermedad, ni la soledad, la miseria y el desprecio, habían podido enturbiar más que con nubecillas pasajeras.

Todos los pequeños males que amargan y estropean la vida hermosa y corta: la cólera, la impaciencia, la melancolía y la mentira, todos esos abscesos dolorosos que brotan en nuestra alma, en nuestro espíritu o nuestro carácter, se habían consumido en la hoguera del sufrimiento y dolor que ardía en aquel hombre. No era ningún santo, ni ningún ángel, pero sí una persona llena de compasión y espíritu de sacrificio, que había aprendido en la escuela del dolor a mostrarse débil sin avergonzarse y a ponerse por entero en las manos de Dios.

En una ocasión le pregunté qué sentía al verse atado siempre a su enfermedad incurable y a su cuerpo contrahecho. Me miró fijamente antes de responder y luego una sonrisa un poco dolorosa se dibujó en sus labios:

—Es muy sencillo —respondió cordialmente—. La enfermedad y yo nos tenemos declarada guerra eterna. Tan pronto gano una batalla, como la gana ella. Esa sucesión de derrotas y victorias hace que a menudo lleguemos a concertar un armisticio, hasta que uno de nosotros lo rompe y vuelve a desencadenarse la lucha entre los dos.

Hasta entonces había creído yo tener un ojo seguro y ser un atento observador de todo lo que se ponía a mi alcance. Pero Boppi resultó ser un maestro consumado. Como le gustaba la Naturaleza y en especial los animales, le conduje frecuentemente al parque zoológico. Allí pasábamos las horas más deliciosas. Al poco tiempo conoció Boppi todos los animales y como acostumbrábamos a llevarles pan y azúcar, también nos conocieron ellos a nosotros. De modo que nos hicimos buenos amigos de todos los huéspedes del parque. Una especial debilidad sentíamos por el tapir, cuya única virtud no es más que una especial limpieza. En lo demás lo encontrábamos fanfarrón, poco inteligente y amistoso, desagradecido y comilón. Otros animales, en especial el elefante, los corzos, las gamuzas y hasta el peludo bisonte, mostraban gran agradecimiento por el azúcar que les dábamos, mirándonos fieles con sus grandes ojos y no apartándose de las rejas hasta que nos marchábamos. En el tapir no había ni

el más ligero rastro de tal comportamiento. Tan pronto como nos acercábamos a él, aparecía ante la reja, comía despacio lo que le dábamos y cuando dejábamos de echarle, se marchaba con su paso de siempre, sin dirigirnos siquiera una mirada. En todos sus movimientos encontrábamos la señal de su orgullo y de su carácter independiente e indiferente a la gratitud. Como Boppi no podía dar alimento a los animales por su propia mano, con frecuencia sosteníamos una discusión sobre si el tapir tenía bastante o no. Boppi aseguraba que no y yo sostenía siempre que sí. Ambos nos aferrábamos a nuestras diferentes opiniones con un encarnizamiento digno de mejor causa y muchas veces todavía duraba la discusión cuando llegábamos a casa. En una de aquellas ocasiones, defendió Boppi con tal ardor su negativa, que volvimos a la jaula del tapir. Llegamos hasta las mismas rejas, pero el animal no se levantó siquiera de su montón de paja. Pero Boppi no era capaz de guardar rencor a nadie y le gritó alegremente:

—¡Perdone usted, señor tapir! —y luego se disculpó brevemente conmigo, mientras nos acercábamos al elefante, que ya se movía inquieto de un lado a otro y nos alargaba su trompa movediza y tibia. Aquél era el único animal al que Boppi podía dar de comer y lo contemplaba siempre con admiración y respeto mientras cogía con la trompa el pan de su mano y le miraba a su vez con los ojillos brillantes y astutos.

Para que Boppi pudiera tomar el sol y ver los animales los días en que yo no tenía tiempo que dedicarle, contraté los servicios de un asistente para que empujara su silla de ruedas. Luego iba a verle y el jorobado me explicaba todo lo que había visto. Sus dotes de observación eran admirables y no se le escapaba un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor. También tenía una gran facilidad para explicarlo, pues mi cariño sincero había roto la capa de hielo interpuesta entre él y los hombres y su ser entero se expandía en las conversaciones que manteníamos.

Un hermoso día de aquel otoño conté a Boppi mis dos fracasadas historias de amor. Teníamos tanta confianza el uno en el otro que no pude callar por más tiempo las interioridades que guardaba mi corazón. Me escuchó cordial y gravemente, sin decir una sola palabra. Pero algunos días después me manifestó su deseo de ver a Elizabeth, la blanca nube, y me rogó que lo recordara si alguna vez tropezábamos en la calle con ella.

Pero como eso no sucedió y los días comenzaron a hacerse cada vez más fríos, fui a casa de Elizabeth y le rogué que hiciera posible aquella alegría del pobre jorobado. Ella se mostró bondadosa y accedió a mis súplicas permitiendo que fuera a buscarla un día y la acompañara hasta el parque zoológico, donde Boppi nos aguardaba sentado en su silla de ruedas. Cuando la hermosa y elegante dama dio la mano al corcovado y se inclinó ligeramente sobre él y cuando el pobre Boppi, con el rostro resplandeciente de gozo y los ojos muy abiertos, la estrechó entre la suya, no hubiera

podido distinguir cuál de los dos estaba en aquel momento más conmovedor y cercano a mi corazón. La dama dijo unas cuantas palabras amistosas, el tullido no apartó los ojos de ella y yo estuve al lado de ambos, contemplándolos a la vez y llenándome de su presencia. Boppi no habló durante toda la tarde más que de Elizabeth. Alabó su belleza, su distinción y su bondad. Todo lo que ella llevaba, fue objeto de su comentario favorable: su vestido, sus guantes amarillos, sus zapatos verdes y su bonito sombrero. Y tampoco en los días siguientes se cansó de encomiar su modo de andar y de mirar, su voz sugestiva y cálida, sus manos blancas y pequeñas: todos los encantos de su persona, que tan llena estaba de ellos. Yo no traté de poner freno a tal entusiasmo, pero me pareció doloroso y grotesco el que hubiera sido despertado tan sólo por una limosna de mi amada al amigo de mi corazón.

Boppi leía mucho. En el breve espacio de un mes se leyó «Gruñe Heinrich» y «Las gentes de Seldwyla»^[4] penetrando tan hondamente en el mundo de aquellos libros, que casi se puede decir que sus personajes fueron pronto los mejores de sus amigos. Cuando los hubo leído, quise dejarle algo de Conrad Ferdinand Meyer, pero me pareció que la apretada y enigmática prosa de este escritor no sería comprendida por el tullido y en vez de ello le expliqué algunas anécdotas y milagros de San Francisco y le presté las «Narraciones» de Mórike.

Era regocijante que hubiéramos llegado poco a poco a una amistad tan íntima. Yo nunca se lo propuse y él tampoco lo aceptó, pero el tuteo se estableció entre nosotros como algo natural y lógico. El día en que nos dimos cuenta de ello, nos echamos a reír y lo dejamos ya como costumbre.

Como los días primeros del invierno hicieron imposibles nuestros paseos, permanecíamos todas las tardes en su habitación o en la pequeña estancia donde cosía la mujer del carpintero y jugaban sus hijos. Y allí fue donde me di cuenta de que nuestra amistad no le había caído bien en el ánimo del artesano. Cuando Boppi estaba presente permanecía largo rato sin levantar los ojos del periódico, ni pronunciar palabra. No le molestaba tanto la carga que representaba el jorobado, como la estrecha amistad que nos unía a ambos y pude convencerme de ello el día en que intenté inútilmente hablar con él y hacerle nuevas propuestas para la manutención del tullido. No quiso siquiera escucharme y a partir de aquel instante su trato se hizo insoportable y sus esfuerzos tendieron únicamente a romper la fraternal amistad que me unía a Boppi. A tanto llegaron los malos tratos al enfermo, que se me impuso la necesidad de tomar una determinación. Pero como yo odiaba las decisiones apresuradas —ya en los lejanos tiempos de mi estancia en Zurich me había bautizado Richard con el nombre de Petnis Cunctator— aguardé, semanas enteras antes de hacerlo. Y aquel tiempo lo pasé sobre ascuas, temeroso a cada instante de perder la amistad del jorobado o el carpintero, o acaso ambas a la vez.

El cambiante malestar de aquellos turbios días me empujó con más frecuencia a la

taberna. Una noche, después de sostener otra fuerte discusión con el carpintero, entré en una de ellas y me bebí varios litros de vino vaudés. Por vez primera en dos años me costó bastante trabajo llegar derecho a casa. A la noche siguiente repetí la visita y durante varios días seguidos me dejé arrebatado nuevamente por el torbellino de la bebida. Pero aquella vez me sirvió de algo mi afición, pues el vino me dio una entereza que no tenía y me impulsó a ir a casa del carpintero y poner de una vez fin a aquella odiosa comedia. Mi aire decidido surtió, sin duda, su efecto, pues el artesano accedió inmediatamente a la propuesta que le hice para que me dejara a Boppi. Llegamos por fin a un acuerdo y en presencia de la mujer y de los hijos, anuncié a todos que el jorobado se iría a vivir conmigo.

Tuve que buscar una nueva vivienda para los dos y encargar algunas cosas que yo hasta entonces había juzgado superfluas, pero que eran necesarias para una vida en común. Fue para mí como si hubiera contraído matrimonio, ya que en vez del acostumbrado cuarto solitario de soltero pasé a habitar un pequeño piso de dos habitaciones. Los primeros experimentos de economía casera fueron desastrosos y tuve pronto que alquilar los servicios de una mujer que lavara la ropa y arreglara la casa. Nos hacíamos subir la comida de un restaurante vecino y muchos domingos íbamos a comer a cualquier lado. Pronto hallamos un remanso de paz y de felicidad en aquella existencia común y hasta en mi trabajo noté la influencia bienhechora del parálítico. Los pequeños cuidados al enfermo me parecieron algo enojosos al principio, pero mi amigo se mostró siempre tan paciente y tan agradecido que pronto me avergoncé de mi mala gana y procuré que tuviera todo lo que necesitaba.

*

Pasó el tiempo y poco a poco fui dejando de asistir a las reuniones en casa del erudito profesor. Con mayor frecuencia visité la casa de Elizabeth, que me atraía aun, con renovado entusiasmo. Mis visitas fueron breves, pero siempre me quedó el tiempo suficiente para tomar una taza de té o beber una copa de vino, contemplar a mi anfitriona y cambiar unas palabras con ella. Su contemplación renovaba mis ímpetus sentimentales y por unos instantes me sentía completamente desgraciado, aunque sin caer en los extremos *wertherianos* que siempre me habían parecido grotescos. Pero a pesar de esas súbitas explosiones, mi amor por Elizabeth fue cambiando y al egoísmo amoroso de la juventud sucedió una veneración silenciosa y llena de respeto. No ardía ya en mi corazón una hoguera avasalladora, sino una brasa constante, un fervor prolongado que mantenía vivos los anhelos de la juventud. Desde que Boppi estaba a mi lado y me rodeaba con su aprecio noble y fiel, podía permitir que el amor por Elizabeth alentara sin gran peligro en mi interior, como un nostálgico eco de juventud y poesía.

Nuestra existencia era placentera y reposada. Mis visitas a Elizabeth se fueron

espaciando cada vez más y supe del placer de quedarme en casa haciendo compañía a Boppi. Unas veces leíamos algún libro, otras hojeábamos un álbum o jugábamos al dominó. También en algunas ocasiones contemplábamos reposadamente la llegada del invierno desde la ventana y la misma placidez de nuestra existencia nos hacía agradable la contemplación. Cuando las nevadas se recrudecían y soplaba helado el viento del Norte, dejábamos nuestros puestos al lado de la ventana y nos sentábamos junto a la chimenea con infantil voluptuosidad. El enfermo tenía un juicio especial del mundo y contemplaba la vida desde un punto de vista completamente original. El arte de conocer a las personas, el modo de saber sus reacciones y distinguir sus caracteres era una habilidad constante de Boppi. Durante las largas veladas invernales me explicó su vida anterior y yo aprendí muchas cosas de él. El jorobado no había conocido apenas una docena de personas en toda su existencia, pero a pesar de ello sabía distinguir perfectamente los caracteres como el más perfecto conocedor del género humano. Le faltaba la experiencia, pero tenía la intuición. Estaba acostumbrado a fijarse aún en lo más ínfimo y a hallar en cada hombre un manantial de sucesos, de alegría y de conocimiento.

Nuestra diversión favorita consistía en recordar a los animales del parque zoológico que ya no podíamos visitar. Con ellos componíamos cuentos y fábulas de todas clases, que no escribíamos en su mayor parte, sino que improvisábamos en forma de diálogo. Una declaración amorosa entre dos papagayos, las desavenencias familiares de los bisontes y las aventuras de los jabalíes, eran motivo de regocijo y alborozo para nosotros.

—¿Cómo está usted, señor marta?^[5]

—Muy mal, señor zorro. Ya sabe usted que cuando intentaron apresarme, perdí a mi querida mujer. Se llamaba «Cola de pincel», como ya tuve el honor de comunicarle. Era una perla, se lo aseguro, una...

—¡Deje a un lado esas viejas historias, señor vecino! Si no me equivoco, me ha explicado usted muchas veces cosas de esa perla. Pero sólo se vive una vez, querido marta. Y no hay que perder nunca, ese poco de diversión que nos anima la vida.

—No hablaría usted así si hubiera conocido a mi mujer.

—Le comprendo bien, querido amigo. ¿Ella se llamaba «Cola de pincel»? ¡Un bello nombre, en verdad! ¿Pero qué iba yo a decirle...? ¿Ha visto usted la plaga de gorriones que ha invadido nuestros dominios? Tengo un pequeño plan...

—¿Contra los gorriones?

—Contra los gorriones. Verá usted: pongamos un poco de pan ante las rejas y esperemos que lleguen esos bribones. Tendremos que ser muy diestros si no conseguimos desembarazarnos de algunos. ¿Qué opina usted de mi idea?

—¡Magnífica, querido vecino!

—¿Tiene la bondad de poner un poco de pan? Así... perfectamente. ¿Quiere

empujarlo un poco más a la derecha y así podremos ver bien a nuestras presas? ¡Muchas gracias! ¡Atención! Echémonos en el suelo y cerremos los ojos... ¡Ahí viene el primero! (Pausa).

—¿Nada aún, señor zorro?

—¡Qué impaciente es usted! Parece que haya salido de caza por vez primera. Un buen cazador tiene que saber esperar, esperar siempre. ¡Otra vez vienen!

—¿Dónde ha ido a parar el pan?

—¿Decía...?

—Que el pan ya no está aquí.

—¡No es posible! ¿El pan? Ha desaparecido verdaderamente. Sin duda a causa de ese aire endemoniado...

—¡Tengo mis sospechas! Antes me pareció que estaba usted comiendo algo...

—¿Yo? ¿Comiendo algo? ¿Qué podía comer?

—El pan, sin duda.

—Está usted autorizado a pensar lo que crea, señor marta. Pero su sospecha me hiere en lo más íntimo de mí ser. ¡Es demasiado! ¡Es demasiado! ¿Me entiende bien...? Ahora resulta que me he comido el pan... Primero tengo que oír esa eterna historia de su perla y luego que soportar la peor de las humillaciones. Colocamos el pan, me quedo ojo avizor y cuando parece que todo va a salir a pedir de boca, se pone usted a hablar y lo estropea. Pero no se contenta con eso y me acusa de haberme comido el pan. ¡Puede esperar sentado a que salga de caza con usted!

Las tardes y las veladas de invierno iban transcurriendo con rapidez. Yo estaba de mejor humor, trabajaba de prisa y a gusto y me asombraba al pensar en mi pesimista y ahogada existencia anterior. Ni los mejores tiempos de mi amistad con Richard habían sido tan hermosos como aquellos días confortadores y agradables, pasados al amor de la lumbre, mientras los copos de nieve danzaban alocados en los cristales de la ventana.

Pero aquella misma felicidad me vendó los ojos. No me di cuenta de que el pobre Boppi sufría mucho más que antes y él tampoco se atrevió a decírmelo. De sus labios no salió ni una sola queja y aunque su tos fue de día en día más desgarradora, ni siquiera me prohibió fumar y procuró contenerla cuando yo estaba delante. Una noche estaba yo escribiendo en la estancia, cuando le oí gemir en la cama. Sin duda creía que yo estaba acostado desde hacía largo rato y quedó muy sorprendido y confuso al verme entrar. Dejé la lámpara encima de la mesilla, me senté en el borde de la cama y comencé a interrogarle. Al principio intentó disimular, pero luego confesó contrito que se encontraba peor.

—¡No es grave, te lo aseguro! —dijo con sonrisa ligera—. Sólo una sensación de angustia en el corazón al hacer algunos movimientos y al respirar.

Parecía que quisiera disculparse. Como si su enfermedad fuera un crimen y como

si a cada instante temiera que yo le abandonara. A pesar de sus protestas fui a visitar a un médico a la mañana siguiente. La mañana era fría y clara y un sol pálido brillaba en la nieve de las calles. Pensé en la próxima Navidad y en el regalo que le gustaría a Boppi. El médico atendió cortésmente mi perentoria llamada. Llegamos a casa, subimos las escaleras precipitadamente y entramos en el cuarto de Boppi.

El médico le auscultó con atención, luego reconoció el cuerpo y le hizo algunas preguntas. Su voz tuvo luego una grave entonación que dio al traste con todas mis esperanzas.

—Gota, debilidad cardíaca, bastante grave...

Escuché las palabras lacónicas y me asombré de no oponer resistencia cuando el médico aconsejó la conducción del enfermo al hospital.

Por la tarde se detuvo la ambulancia ante nuestra puerta y cuando al anochecer regresé del hospital me pareció la casa siniestramente vacía. Largo rato estuve midiendo la habitación con mis pasos, luego me dejé caer en un sillón y entorné los ojos cayendo en una especie de soñolencia turbada a ratos por horribles visiones de pesadilla.

El amor siempre es así. Va unido al dolor y tardé o temprano atormenta a los que se rinden a él. ¿Pero qué importa lo doloroso de toda nuestra existencia si al mismo tiempo nos sentimos unidos a nuestros semejantes, estrechamente ligados a todo lo que nos rodea y vive al mismo tiempo que nosotros? Yo cambiaría de buena gana todos los días alegres y risueños de mi existencia, todos mis enamoramientos y mis ambiciones de escritor por poder entrever el santo amor de la existencia como entonces. Cierto que duele el corazón y duelen los ojos, que el orgullo y la vanidad resultan heridos y que la propia personalidad parece abatirse por completo, pero luego el interior queda limpio, sereno y satisfecho hasta en las más íntimas fibras.

Ya con la muerte de la pequeña y rubia Agi, dejó de existir un pedazo de mi antigua alma. Y mi ser entero se estremeció nuevamente cuando vi a mi jorobado postrado en la cama, presa de la enfermedad que iba invadiendo poco a poco su cuerpo deformado. Boppi se moría sin remedio. Y yo, que apenas era un principiante en el *ars amandi*, tuve que comenzar asimismo el grave capítulo del *ars moriendi*. No callaré lo sucedido en esta época, como callé la temporada pasada en París. Hablaré de ella en voz muy alta, como una mujer en sus días nupciales y un hombre de sus años de muchacho.

Ante mis ojos fue muriendo poco a poco un hombre cuya vida sólo había sido un compendio de sufrimiento y amor. Tuve tiempo de escuchar de sus labios palabras consoladoras y animosas mientras la muerte iba haciendo su trabajo fatal. Vi cómo su mirada dolorosa buscaba mis ojos, no implorante ni acongojada, sino llena de entereza, firme y decidida como no lo había estado nunca.

—¿Puedo hacer algo por ti, Boppi?

—Cuéntame algo. Quizá sobre el tapir.

Le hablé del tapir y él cerró los ojos para escucharme. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que mi voz no temblara y para que las lágrimas no me rodaran por las mejillas. Cuando creí que se había dormido, callé y me quedé contemplándolo unos instantes.

Boppi volvió a abrir los ojos.

—¿Y después?

Seguí explicando cosas del tapir, de las montañas, de mi padre, del pequeño y malvado Mateo Spinelli, de Elizabeth.

—Se casó con un tonto y no apreció bien tus condiciones, Peter. ¡Así es la vida!

Bruscamente cambió de conversación y se puso a hablar de la muerte.

—No es ninguna broma, querido Peter. El trabajo más difícil no lo es tanto como morir. Y a pesar de todo, lo hacemos todos los hombres.

Calló unos instantes antes de proseguir:

—Cuando el tormento esté sufrido ya, podré reírme con toda libertad. La muerte no será penosa para mí y el alma abandonará satisfecha este cuerpo contrahecho. En cambio, será para ti una verdadera desgracia, con tus anchas espaldas y tus brazos y piemos fornidos, hechos a moverse y andar.

Y otra vez, ya en los últimos días, se despertó de su corta soñolencia y dijo en voz alta:

—El cielo es hermoso, mucho más hermoso de lo que todos podemos imaginarnos.

La mujer del carpintero visitaba también con mucha frecuencia el hospital. Se mostraba afectuosa con su hermano y le llevaba pequeños obsequios. Su marido, en cambio, no se acercaba una sola vez y en algunas ocasiones llegó incluso a reprender a su mujer por sus visitas.

—¿Qué crees? —pregunté un día a Boppi—. ¿Habrá también un tapir en el cielo?

—Estoy seguro —respondió él con ingenua confianza—. Allí habrá toda clase de animales. También gamuzas y elefantes.

Llegó Navidad y celebramos una pequeña fiesta junto a la cama de Boppi. Hacía mucho frío y nevaba copiosamente sobre la endurecida capa de hielo que cubría las calles y las plazas. Pero yo no me di cuenta siquiera de ello. Oí que Elizabeth había tenido un hijo y lo olvidé al poco rato. Llegó una carta de la señora Nardini y apenas pasé la vista por encima. Todo había dejado de existir para mí y hacía mi diario trabajo con rapidez para poder estar cada minuto con el enfermo. Desde mi casa corría al hospital y allí me dejaba caer junto a la cama de Boppi, sintiéndome inmerso en una paz honda y sedante.

Próximo el fin, tuvo unos días mejores. Era extraordinaria la claridad con que recordaba los menores actos de su vida pasada y los revivía con la memoria. Durante

dos largos días no habló de otra cosa más que de su madre. Le costaba bastante el pronunciar las palabras, pero, sus largos silencios dejaban traslucir que seguía pensando en ella.

—Te he hablado muy poco de mi madre —se lamentó— y no quiero pasar más tiempo sin hacerlo. No olvides nunca lo que hizo por mí y de ese modo parecerá que mi agradecimiento es imperecedero aunque yo muera. Yo quisiera que todos los hombres tuvieran una madre así, querido Peter. Fue buena, muy buena... nunca desmayó en su trabajo, ni me mandó al asilo cuando tuvo que dejar de trabajar.

Calló y respiró hondamente, como si le costara trabajo hablar. Logré que callara durante una hora, pero luego volvió a reanudar su interrumpida evocación:

—Fui el más querido de sus hijos y siempre me tuvo a su lado. Sólo la muerte fue capaz de apartarme de ella. Los demás hermanos emigraron y la hermana se casó con el carpintero; sólo yo me quedé en casa y a pesar de nuestra pobreza fuimos siempre felices. No debes olvidar nunca a mi madre, Peter. Era muy bajita, quizá mucho más que yo. Cuando me daba la mano era igual que si un pájaro se posara levemente en mi palma. Cuando murió, nuestro vecino Rütimann dijo que un ataúd de niño bastaría para enterrarla.

Pensé que también para él bastaría un ataúd de niño. Su cuerpo parecía mucho más menudo y contrahecho bajo las sábanas limpias de la cama del hospital y sus manos semejaban enfermas manos de mujer, largas, delgadas y muy blancas. Cuando dejó de soñar en su madre me tocó el turno a mí. Habló sobre mi persona como si yo no me hallara presente y al hacerlo se dibujó una sonrisa beatífica en su rostro sudoroso:

—Es un desdichado y sin duda ha sufrido mucho en esta vida. Su madre murió cuando él era aun muy joven.

—¿Me conoces aun, Boppi?

—Sí, señor Camenzind —respondió con entonación gozosa, riendo quedamente.

Pasaron varios días y el estado de Boppi siguió estacionario. Una mañana preguntó:

—¿Cuesta mucho el hospital? Te estoy saliendo muy caro. Supongo que ni él mismo aguardaba respuesta a sus palabras. Un súbito rubor le llenó el pálido rostro, cerró los ojos y durante unos segundos pareció que sus facciones se transfiguraban en un éxtasis feliz.

—Se acerca el final —dijo la hermana que le cuidaba. Pero Boppi volvió a abrir los ojos, me miró con expresión burlesca y parpadeó vivamente como si quisiera decirme algo. Me acerqué a él, pasé mi mano por su espalda y le incorporé con suavidad. Me lo agradeció con una sonrisa, transformada inmediatamente en una mueca de dolor. Luego inclinó levemente la cabeza y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Era el fin.

—¿Estás bien así, Boppi? —pregunté yo. Pero ya había terminado de sufrir y su mano izquierda se iba enfriando en mi diestra. Era el siete de enero, una hora después del mediodía. Al mediar la tarde quedó todo dispuesto para su entierro. El ataúd no era mayor que el de un niño y el contrahecho cuerpo de Boppi había adquirido una rigidez que no tuvo en vida. Aun ahora me asombro al recordar que su muerte no produjo en mí tristeza alguna y ni siquiera vertí unas lágrimas por el desgraciado tullido. Su larga enfermedad había hecho que me acostumbrara tanto a la idea de la despedida y la separación, que la muerte no pudo siquiera agudizarla. El alma de Boppi había abandonado su refugio contrahecho para ascender a las alturas, para escalar la cima de la bienaventuranza reportada por sus propios sufrimientos. ¿Cómo podía entristecerme aquello?

Pero estos sentimientos no variaron en nada mi propósito de abandonar la ciudad y refugiarme en cualquier lugar, a ser posible en el Sur, para hilar, por fin, la hebra de mi gran obra. Un poco de dinero ahorrado me sirvió para desatender mis perentorias obligaciones literarias y prepararme para la marcha en cuanto aparecieran los primeros atisbos de la primavera. Primeramente pensé dirigirme a Asís, donde la buena señora Nardini aguardaba mi visita y después buscar cualquier olvidado repliegue de la montaña y ponerme allí a trabajar. Me pareció que había experimentado en mi carne y mi alma los embates de la vida con demasiada frecuencia y que estaba autorizado a exigir a las demás gentes que me escucharan con un poco de razonable atención. Con verdadera impaciencia aguardé el mes de marzo, presintiendo ya en mi oído las palabras italianas y en mi olfato el aroma del *risotto*, las naranjas y el *chianti*.

El plan era perfecto y me satisfacía cada vez que pensaba en él. Pero entretanto hice bien en imaginar el *chianti* por anticipado, pues mis propósitos no se llevaron a cabo y todo ocurrió de un modo totalmente opuesto a como había previsto.

Una carta escrita en un fantástico estilo por el posadero Nyggeder me notificó a últimos de febrero que había demasiada nieve en la aldea, que ni el ganado ni las personas estaban como era de desear, que especialmente era inquietante el estado de mi señor padre y que sería muy bien acogido el envío de dinero o mi propia presencia. Como no me plació enviar dinero y el estado del viejo me inspiró serios cuidados, no dudé un solo instante en ponerme en camino hacia Nimikon. Llegué a la aldea un día horroroso, en el que el viento y la nieve no dejaban ver a dos pasos y las montañas y las casas estaban cubiertas por espesa niebla. Me vino muy bien conocer el camino a ciegas, pues tuve que andar un gran trecho envuelto en el vendaval. Contra mis previsiones, el viejo Camenzind no estaba en la cama, sino sentado junto a la estufa y cuidado por una vecina que le había llevado leche y que le estaba leyendo unos pasajes de un libro piadoso. Ni siquiera se dio cuenta de mi entrada y sólo pasados unos instantes volvió la cabeza hacia mí.

—¡Mira, Peter está aquí!^[6] —dijo el pecador guiñándome el ojo izquierdo.

Pero ella prosiguió inmutable su sermón. Me senté en una silla y aguardé a que la vecina terminara de leer, entreteniéndome en contemplar cómo la nieve que cubría mi abrigo y mis zapatos iba fundiéndose y formaba al principio una húmeda mancha en torno a mi silla, que se convirtió a poco en un reposado charco. Sólo cuando la mujer dio por terminada la lectura y sus comentarios, pudo celebrarse mi recibimiento oficial en el que ella también tomó parte alborozada.

Mi padre me pareció más abatido y consumido que la última vez que le vi. Pasadas las primeras efusiones mostró su verdadero carácter y vi que su humor se había hecho mucho más agrio y su aspereza más insoportable.

Claro está que no podía pedirse de un viejo labrador, que ni siquiera en sus buenos tiempos había sido modelo de virtudes y de amor paterno, que cambiara en sus días de enfermedad y de vejez, convirtiéndose en un modelo de ternezas y correspondiendo por entero al aprecio filial. Mi padre no hizo eso y conforme fue agravándose la enfermedad se fue haciendo mucho más fastidioso e irritante. Me hacía pagar con creces todo lo que yo le había hecho sufrir en mis tiempos de infancia y adolescencia, complaciéndose en manifestarlo en alta voz a cada instante. Sus palabras eran ásperas e hirientes y conocía una multitud de maneras de mostrarse rudo e intratable sin despegar para nada los labios. Seguía bebiendo con tanto gusto como antaño y acogía con maldiciones y mal humor el vaso de excelente vino del Sur con que le obsequiaba cada mañana, solamente porque volvía a encerrar la botella en la alacena vacía, cuya llave me cuidaba de no abandonar nunca en sus manos.

A finales de febrero hicieron su aparición los días claros que hacen tan bello el invierno de la alta montaña. Las altas cumbres se destacaban contra el cielo azul, muy próximas en la atmósfera clara. Los prados y las cañadas estaban cubiertos de nieve, de nieve de la montaña, nunca tan blanca, tan cristalina y tan esponjosa en los repliegues del valle. Los rayos del sol brillaban al mediodía con gran fiesta de resplandores sobre los cristales de hielo; en los barrancos y las pendientes se deslizaban las sombras azuladas y el aire era tan límpido, tras muchas semanas de continua nevada, que al sol era un goce cada aspiración. En las pequeñas pendientes disfrutaban los muchachos deslizándose cada vez con mayor rapidez sobre la helada nieve y en las horas reposadas del mediodía salían los viejos a tomar el sol. En medio del paisaje blanco destacaba sereno y azul el lago nunca helado, mucho más hermoso que en verano. Diariamente llevaba a mi padre hasta el borde mismo del embarcadero y contemplaba cómo sus manos heladas y sarmentosas se extendían al sol. Unos instantes después comenzaba a toser y a quejarse del frío. Pero yo sabía que eso no era más que una estratagema para solicitar luego un trago y que ni la tos ni el frío eran para tomarlo en serio. Le daba una copa de genciana o absenta, volvía a escuchar su fingida tos y leía en el brillo malicioso de sus ojos la satisfacción de haberme

engañado. Después de la comida dejaba solo al viejo y andaba durante dos horas siguiendo mi antigua costumbre. Los prados blancos y los barrancos helados parecían darme cada día la bienvenida y al abismarme en su contemplación me parecía revivir los días ya muy lejanos de mi adolescencia.

Llegó la época fijada para mi viaje a Asís y los caminos estaban aún cubiertos de nieve. A primeros de abril tuvo lugar un deshielo tan rápido como no se había visto nunca en el pueblo.

Día y noche se escucharon los aullidos del viento del Sur, unidos al crujido de las avalanchas lejanas y el rugido de los desbordados torrentes que arrastraban tierra y troncos de árboles y los lanzaban contra nuestras pobres huertas de árboles frutales. La fiebre del Sur no me dejó conciliar el sueño y noche tras noche escuché el gemido de la tempestad, el tronar de las avalanchas y el chocar del encrespado lago contra la orilla. En aquellos días febriles de lucha primaveral de los elementos, volvió a recrudecerse mi dolencia de amor con tanta fuerza, que me levantaba a medianoche, y apoyado en el alféizar de la ventana, con los cabellos revueltos por el viento y el rostro húmedo por el polvo de nieve, musitaba palabras de amor a Elizabeth. Desde aquella noche de Zurich en que la turbación y el naciente cariño a la pintora italiana me empujaron a llorar y reír, gritar y rezar en la colina que dominaba la ciudad, no había vuelto a sentir con tanto arrebató la fuerza de la pasión. A menudo me parecía que Elizabeth estaba a mi lado y otras veces sentía multiplicada su lejanía. Mis pensamientos y mis ideas fluían en desordenado torrente y sentía que me aprisionaban fuerzas desconocidas, ocultas y oscuras. Era el viento del Sur. Su misma influencia me poseyó en los años de la adolescencia cuando pensaba en la bella Rosi y sentí que me invadía la misma ola oscura que entonces.

Convencido que contra aquella dolencia no había ningún remedio, intenté trabajar un poco. Comencé a ordenar las notas para mi obra y llevé a cabo algunos estudios atrasados, pero pronto me di cuenta de que no era tiempo de hacer aquello. Mientras, llegaron a la aldea las graves noticias que seguían a cada deshielo. Los pequeños diques que contenían el torrente estaban medio destruidos, algunas casas, cabañas y establos habían sufrido graves daños y en los municipios vecinos había muchas personas sin techo ni hogar. Por doquier lamentos y miseria, sin que hubiera dinero con que poner remedio a tanta desolación. La situación fue tan precaria que el alcalde me llamó a su casa y me rogó que contribuyera con mi esfuerzo a remediar la necesidad. Se trataba de llevar la representación del municipio hasta las autoridades cantonales y emprender una campaña en los periódicos para solicitar auxilios. Comprendí que se me presentaba la ocasión de olvidar mis propias penalidades en aras de una causa elevada y acepté calurosamente la propuesta. Mis cartas despertaron algún eco en Basilea, pero el cantón, como ya suponíamos de antemano, no tenía dinero y sólo pudo mandar algunos trabajadores. Entonces dirigí mis súplicas

a los periódicos y llovieron las cartas, los donativos y las preguntas sobre el pobre escritorio aldeano del alcalde.

Las dos semanas de trabajo ininterrumpido me hicieron mucho bien. Cuando la cosa estuvo encarrilada y no fueron ya necesarios mis servicios, verdeaban ya los prados y las laderas limpias de nieve se reflejaban en las aguas del lago. Mi padre tenía unos días soportables y mis postreras irritaciones habían desaparecido al mismo tiempo que los sucios restos de las a va lanchas. Llegaron los días calurosos y con ellos la época en que mi progenitor acostumbraba, años atrás, a pintar y calafatear nuestra barca. Contemplando las aguas del lago, recordé que mi madre acostumbraba hacer una buena cena aquellos días y me volví a ver a mí mismo pendiente de las idas y venidas de mi padre, de las volutas de humo de su pipa y del revoloteo de las mariposas sobre el embarcadero. Todo aquello había pasado ya. La barca no existía, mi madre había muerto hacía mucho tiempo y mi padre estaba postrado en su silla. Pero aquella evocación de los viejos tiempos hizo que me acordara de mí tío Konrad. Acostumbraba a visitarnos con bastante frecuencia y valía la pena de oírle recordar sus proyectos con una sonrisa de orgullo, mientras bebía a pequeños tragos su vaso de vino. La edad le había obligado a no hacer otros nuevos y estaba ya desengañado de los viejos, pero a pesar de todo había en su sonrisa algo infantil que me atraía. A menudo era él mi único consuelo cuando las impertinencias y el mal humor del viejo habían llegado a su máxima expresión. Entonces bebíamos juntos un trago y su charla obraba el milagro de calmar mis nervios y disipar mi irritación.

Además de cuidar a mi padre, dediqué mis horas a la conservación de nuestra deteriorada casa. Las vigas estaban resquebrajadas en su mayoría, el fogón y la estufa eran defectuosos y humeaban continuamente; las puertas no cerraban y las escaleras que conducían al desván era peligrosas. Antes de poner manos a la obra, tuve que afilar el hacha, encajar el martillo y buscar los clavos. Después rebusqué entre las maderas medio podridas del jardín hasta hallar unas que fueran utilizables. En la reparación de la piedra de amolar y de las herramientas tuve que admitir la ayuda de tío Konrad, a pesar de que se había vuelto demasiado viejo y tardo para poder ayudar gran cosa. Una mañana soleada comencé la tarea y mis blancas manos de escritor empuñando el hacha y el martillo, accionaron la piedra de amolar y cogieron la madera sucia y áspera. Trepé luego al tejado y comencé a clavar, a martillear, a aserrar y a partir con tanto ímpetu que pronto estuvo mi frente completamente empapada en sudor. Conforme fueron pasando las horas y el sol se fue levantando, también aumentó mi fatiga. De cuando en cuando pasaba algún vecino, mujer, viejo o niño, y no dejaba de levantar la mirada. Al verme sonreían y saludaban cordiales. Yo correspondía con fervor, sintiéndome uno más entre dios y les dirigía la palabra, gozoso y satisfecho:

—¡Hace calor hoy, Isabel!

—Cierto, Peter. ¿Qué estás haciendo?

—Arreglar el tejado.

—Desde hace tiempo le hacía falta.

—Es verdad. Es verdad.

—¿Qué hace el viejo? Pronto cumplirá sus setenta.

—Ochenta, Isabel, ochenta. ¿Crees que nosotros llegaremos a esa edad? No me haría ninguna gracia.

—No, Peter. Pero ahora tengo que irme para dar la comida a mi marido. ¡Qué te salga bien!

—¡Adiós, Isabel!

Y mientras la vecina se alejaba, con la escudilla envuelta en un trapo, elevaba yo la mirada a las nubes y reflexionaba cómo era posible que todas las gentes hicieran su trabajo con tanta diligencia, mientras yo claveteaba la misma madera desde hacia ya dos días. Pero por fin estuvo arreglado el tejado. Mi padre se interesó vivamente por el trabajo y como no pude izarlo hasta el mismo tejado, hube de darle cuenta de cada madera puesta y de cada lata clavada para que gastara bromas a su entero gusto.

—Está bien —dijo con la malicia bailándole en los ojos—, está bien. Pero nunca creí que acabaras este año.

*

Cuando medito en mis sucesivas transformaciones y vuelvo a recordar todos mis vitales intentos, me alegra y me irrita a un tiempo haber dado cauce a mis impulsos más instintivos. Dice un viejo refrán que los peces pertenecen al agua y los campesinos a la tierra y la sentencia es cierta, así como que de un Camenzind de Nimikon no saldrá nunca un buen hombre de ciudad y de mundo. Pero pese a la leve nostalgia que ello me causa, no dejo de sentirme orgulloso de haber terminado mi peregrinación tras la felicidad en este viejo rincón, entre las montañas y el lago, donde pertenezco y donde mis virtudes y mis vicios, especialmente los vicios, son algo ordinario y tradicional. Afuera llegué a olvidar mi tierra natal y estuve a punto de creerme a mí mismo una planta rara y especial, pero ahora me doy cuenta de que era el espíritu de Nimikon el que alentaba en mi interior y me impedía asimilarme al resto del mundo. No se le ocurre aquí a nadie ver en mí un ente original y cuando contemplo a mi viejo padre o a tío Konrad, veo que soy su sobrino y su hijo normal. Mi par de vueltas por las regiones del espíritu y mi llamada ilustración pueden compararse muy bien a la travesía a vela de mi tío, con la diferencia de que la primera me costó dinero, esfuerzos y juventud. También cambié exteriormente desde que mi primo Kuoni me aconsejó que me dejara la barba y desde que me puse pantalones de cuero y me acostumbre a ir en mangas de camisa. Las gentes de la aldea saben que estuve mucho tiempo en la ciudad y la verdad es que me guardo

mucho de decirles la clase de individuo que fui allí.

Algunas veces explico algo referente a mis estancias en Alemania, en Italia o en París y entonces me avergüenzo un poco al ver un gesto de duda o una sonrisa de escepticismo.

¿Y qué quedó, de todos aquellos años pasados? La mujer que amé y que sigo amando está casada y tiene dos hermosos niños. La otra, que me amó y cuyo amor no correspondí, se consoló y sigue con su comercio de verduras y frutas. Mi padre, causa de mi regreso a este alejado nido, no se muere ni está sano, sino que se pasa los días sentado en su silla tratando de quitarme la llave de la alacena.

Pero eso no es todo. Aparte de mi madre y del ahogado Richard, tengo a la rubia Agi y al pequeño y contrahecho Boppi como ángeles en el cielo y gracias a mis esfuerzos se han reparado muchos tejados en el pueblo y se ha levantado de nuevo el dique que encauza las aguas del torrente. Si quisiera podría sentarme también en la asamblea municipal, pero creo que ya hay allí demasiados Camenzind.

Próximo ya el invierno, se me abrió otra amplia perspectiva. El posadero Nyggeder, en cuya sala se bebió mi padre tantos litros de vino Valtelina, vaudés o de Wallis, se sintió hastiado de su negocio y me propuso el traspaso. Desde que presté oído a sus palabras no tuve un instante más de reposo. En Basilea me quedaba aun un poco de dinero en el Banco y el viejo me prestó lo que faltaba para convertirme en sucesor de Nyggeder. Lo malo es que no puedo hacerme cargo de la hostería mientras viva mi padre, pues jamás podría soportar su aire de triunfo al ver que los latines y la ilustración no habían servido para otra cosa más que para hacerme posadero. Comprendí que no era posible tal humillación y comencé a aguardar la muerte del viejo, no con impaciencia, sino con la naciente esperanza de las cosas que aun están muy lejanas.

Tío Konrad ha vuelto a sentir la llamada de las grandes ambiciones y recorre a pequeños pasos la estancia con el índice apoyado en los labios y el ceño fruncido por la constante meditación. De cuando en cuando se llega hasta el embarcadero y clava su mirada en el agua.

—Creo que voy a construir barquillas de nuevo —me dijo en una ocasión. No pude evitar un gesto de disgusto, que se disipó prontamente al ver su expresión esperanzada y clara como la de un muchacho. Su cuerpo está viejo, pero su alma no. Sigue siendo el inquieto y el disconforme y lo seguirá siendo hasta el día de su muerte. Y entonces los habitantes de Nimikon verán algo extraordinario. Pues yo me he prometido a mí mismo hablar unas cuantas palabras al lado de su tumba, tras el corto responso del cura y después de las bendiciones de rigor. Recordaré a mi tío y proclamaré a los cuatro vientos la convicción de que era un favorito de Dios, pese a las burlas y las chanzas de sus vecinos que no supieron comprenderlo. Supongo que todos se ofenderán y que nadie me hará gran caso. Pero yo habré cumplido con un

deber sagrado y uno de mis más ardientes deseos es que viva aun mi padre para presenciarlo.

En el arca está el comienzo de mi gran obra literaria. «La obra de mi vida» podría llamarla. Pero el título suena demasiado patético y prefiero no ponerlo, pues tengo que reconocer que está aún muy lejos su final. Quizá llegue el tiempo en que reanude su escritura y lo termine. Entonces mis anhelos adolescentes se habrán cumplido y seré un escritor. Creo que con eso me quedaré más satisfecho que con la construcción de los diques o la asistencia a la asamblea municipal. Lo pasado y perdido de mi vida habrá reunido todas las imágenes que por ella transcurrieron, desde la esbelta Rosi Girtanner al pobre Boppi. Entonces podré morir en paz.

FIN